

LA
TIERRA
SILENCIADA

GRAHAM
JOYCE



Lectulandia

Jackie y Zoe quedan atrapados en un alud mientras estaban esquiando. Finalmente, consiguen salir y vuelven al hotel para olvidar el desagradable episodio. Después del descanso salen de la habitación y no hay nadie. Es extraño. En el pueblo tampoco queda nadie. ¿Habrán sido evacuados debido al alud? De vuelta al hotel, intentan telefonar pero no hay cobertura. Tratan de huir al pueblo más cercano pero de nuevo no llegan a ningún lugar: los caminos les devuelven siempre al mismo punto de partida. Por otro lado, y pese a que llevan días en el hotel, los alimentos de la cocina siguen teniendo el mismo aspecto. ¿Dónde están? ¿Por qué parece que se haya detenido todo?

Una sorprendente novela que mezcla narrativa, suspense y elementos sobrenaturales para construir una trama que atrapa desde su inquietante inicio.

Lectulandia

Graham Joyce

La tierra silenciada

ePUB v1.0

AlexAinhoa 20.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The silent land*
Graham Joyce, 02/2012 .
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.0

Para Sue, rescatadora

*Recuérdame después de haberme ido
cuando, bajo la tierra silenciosa,
no me alcance tu mano temblorosa
ni pueda desandar lo recorrido.
Recuérdame sin más cuando perdido>
el sueño que soñaste, cual la rosa,
se deshoje, pues ya ninguna cosa,
promesa o ruego, llegará a mi oído.
Mas si me olvidas por un tiempo, amado,
al reparar en ello no te aflijas.
Si la muerte y los vermes han dejado
algún vestigio de mi pensamiento,
prefiero que me olvides si contento
estás a que me evoques y te aflijas.*

CHRISTINA ROSSETTI,
«Recuerda»

Volvía a nevar: tenues copos de seis puntas, como los de un libro infantil, que se posaban en la manga de su chaqueta. El aire de la montaña, colmado de hielo y aroma a resina de pino, le aguijoneaba la piel. Zoe se llenó los pulmones y se deleitó con la tonificante frialdad de ese aire antes de exhalarlo. Y cuando la cresta de la montaña pareció asentir y contestarle a su vez con un suspiro, ella casi pensó que podría morir en aquel lugar, y sería una muerte feliz.

Si existen en la vida contados momentos que se nos presentan diáfanos y puros como el hielo, Zoe supo, cuando la montaña le devolvió el suspiro, que acababa de capturar uno de esos momentos y que ya nadie podría arrebatárselo jamás. Todo era nieve y silencio. Nieve y silencio. La detención absoluta de la vida: un ensayo y una anticipación de la muerte.

Pero su aliento caliente lo desmentía. Mientras aguardaba allí para iniciar el descenso, apuntó pendiente abajo los esquís, que sobre la nieve en polvo semejaban extrañas garras de intensos colores rojo y oro. «Estoy viva. Soy un águila.» A cientos de metros más abajo se desplegaba el perfil oscuro de Saint-Bernard-en-Haut, el pueblo y estación de esquí de los Pirineos donde se alojaban; al oeste se veían los irregulares picos y prominencias de la cordillera. El sol ya estaba alto; en cuestión de minutos llegarían otros esquiadores y romperían el misterioso embrujo de la mañana. Pero en ese momento tenían la nieve en polvo y la mañana solo para ellos.

Zoe oyó un murmullo a sus espaldas: era el avance sin esfuerzo de los esquís de Jake al coronar la montaña y alcanzarla a ella.

Jake se deslizó con un movimiento elegante hasta detenerse. En contraste con la indumentaria de Zoe —un traje de esquí lila y blanco a la última moda—, él vestía de negro, y el sol matutino reventaba con destellos iridiscentes en sus abultadas gafas negras. Se quedó inmóvil, compartiendo el instante con ella. En su imaginación, Zoe creyó ver elevarse el vaho de Jake como una tenue bruma nacarada. Él se quitó las gafas de sol y la miró con un parpadeo. Llevaba el pelo a cepillo y tenía unos ojazos azules que la habían encandilado en el acto, aunque bien era cierto que había tardado más en enamorarse de sus grandes orejas. Un único copo de nieve, enorme, flotó hasta prenderse de sus pestañas.

Jake quebró el silencio con un alarido de puro placer.

—¡Yuuujuuuuu!

Alzó los bastones y ofreció a la montaña un contoneo de culo. El eco de su grito reverberó en los cerros: una celebración y una violación de la naturaleza al mismo tiempo.

—Eso no está bien. Uno no va y le enseña el culo a la montaña así sin más, caraculo —reprochó Zoe.

—¿Por qué no, caraculo?

—No sé por qué no, caraculo. Yo solo te lo digo.

—No he podido contenerme. Esto es la perfección máxima.

Lo era. Era insuperable. Una perfección impoluta, como precintada y exhibida en un expositor.

—¿Listo? —preguntó Zoe.

—Sí. Vamos allá.

Zoe era la esquiadora más consumada de los dos. Jake podía ser más rápido, pero de un modo temerario, esquiando al límite mismo de su pericia. En distancias largas, ella lo ganaba de calle. Sin detenerse, tardarían quince minutos en bajar hasta el pueblo. Para subir, se necesitaba una hora y media con una combinación de telesilla y telearrastre, y luego bajaban en solo quince minutos. Habían madrugado para adelantarse en su primer descenso de la mañana a las hordas de esquiadores que estaban allí de vacaciones. Porque era precisamente aquello —la paz, el silencio, el polvo de nieve intacto y la sobrecogedora similitud con el vuelo del águila— la razón primordial para estar allí.

Jake emprendió el descenso por el lado oeste de la pista, empinada pero ancha, y ella la acometió por la franja este, trazando surcos paralelos en la nieve reciente. Mientras Zoe se precipitaba pendiente abajo, los esquís y la nieve se comunicaban entre sí en susurros, entablando una estremecedora intimidad. El mero sonido de sus propios esquís creaba la sensación de que un ser o una criatura sobrenatural la perseguía a toda velocidad contándole una historia al oído.

Pero en el borde de la pista, cerca de la hilera de árboles, percibió bajo sus pies el desplazamiento de una pequeña placa de nieve. Sintió una sacudida, como si un caballo intentara derribarla, y siguió adelante en línea recta por la línea de máxima pendiente para recobrar el equilibrio. Apenas había descendido trescientos metros cuando el susurro de los esquís dio paso a un retumbo.

En la periferia de su visión, Zoe vio que Jake se había detenido a un lado de la pista y miraba hacia arriba. Irritada por ese falso arranque, trazó varios giros hasta detenerse con un derrape y se volvió para mirar a su marido. El retumbo arreció. En lo alto de la montaña se elevaba algo semejante a una columna de humo gris, desplegándose en aterciopelados estandartes, como las divisas heráldicas de ejércitos de nieve. Era precioso. La imagen le arrancó una sonrisa.

De pronto la sonrisa se le heló en los labios. Jake descendía derecho hacia ella como una exhalación. En su rápido avance, tenía el rostro dilatado y movía los labios para decirle algo.

—¡Apártate! ¡Aparta!

Zoe supo entonces que era un alud. Jake, aminorando la marcha, blandió uno de los bastones en dirección a ella.

—¡Métete entre los árboles! ¡Agárrate a un árbol!

El retumbo, convertido ya en fragor, ahogó las palabras de Jake. Zoe enfiló la pista en línea recta, consiguiendo tracción a duras penas, intentando acelerar y alejarse de la fragorosa nube que rompía a sus espaldas como un tsunami en el mar. Aparecieron grietas quebradas en la nieve frente a ella. Inclino los esquís hacia el borde de la pista, camino de los árboles, pero ya era tarde. Vio pasar junto a ella el traje negro de Jake, arrollado por la masa de humo y nieve, dando tumbos como un fardo de ropa en la lavandería. Acto seguido también ella se vio levantada y voló por el aire, rodando, retorciéndose, girando en medio de aquella densidad blanca. Recordó vagamente que en tales circunstancias había que protegerse la cabeza con los brazos. Por unos momentos tuvo la sensación de que se agitaba en el tambor de una lavadora, dando vueltas y más vueltas hasta caer tan pesadamente como para romperse las costillas. A continuación se oyó una especie de castañeteo, como el ruido amplificado de los maxilares de un millón de termitas masticando madera. Ese sonido le llenó los oídos por completo y apagó todo lo demás, y a eso siguió el silencio, y la absoluta blancura se degradó, primero en gris y luego en negro.

Silencio absoluto, oscuridad absoluta.

Zoe intentó moverse pero no pudo. Enseguida notó que le faltaba el aire, porque tenía la boca y los orificios nasales repletos de nieve. Expectoró parte de la nieve acumulada en la garganta. Percibió el frío goteo de la nieve en el fondo del conducto nasal. Volvió a toser y logró aspirar una bocanada de aire.

Si esperaba recobrar el conocimiento en medio de la blancura de la nieve, no fue así: todo era negrura. Podía respirar, pero apenas moverse. Flexionó los dedos dentro de los guantes de piel. Conservaba solo un micromovimiento. Advirtió que tenía las manos aprisionadas a unos veinte o treinta centímetros por delante de la cara, y los dedos totalmente abiertos. Trató de doblarlos, pero dentro del guante nada se movió más allá de esas microflexiones. Sacó la lengua y percibió aire frío.

Intentó incorporarse, pero fue en vano, y de inmediato se sumió en un estado de pánico, empezando a hiperventilar y sentir los latidos atronadores de su propio corazón. De pronto cayó en la cuenta de que acaso su vida dependiese de una bolsa de aire atrapado, y enseguida procuró respirar más despacio. Se dijo que debía serenarse.

«Estás en una tumba de nieve, serénate.»

Respiró con calma. Notó que gradualmente el ritmo del corazón volvía a la normalidad.

«¿Una tumba de nieve? ¿Crees que eso es lo que te conviene pensar?»

Casi se produjo una escisión dentro de ella cuando la parte que deseaba abandonarse al pánico entró en conflicto con la parte que era muy consciente de que si pretendía sobrevivir, debía permanecer tranquila.

«¿Ya estás serena? ¿Lo estás? ¿Lo estás? Bien, pues cuando estés serena, llama a tu marido. Vendrá.»

—¡Jake!

Lo llamó a gritos, dos veces. Su voz le sonó extraña, lejana, amortiguada, como si le llegase a través de una línea telefónica de mala calidad. Dedujo que tenía los oídos taponados por la nieve.

Volvió a flexionar los dedos y nada cedió. Lo probó con cada articulación, como en un ejercicio de calentamiento en el gimnasio, empezando por los dedos de los pies y siguiendo con los tobillos, rodillas, caderas, codos, hombros. No había forma de liberarse. La nieve había quedado muy compacta en torno a ella.

Percibió una mínima movilidad en el cuello. Eso, unido al espacio despejado alrededor de la boca, la indujo a pensar que la reacción instintiva de cruzar los brazos ante la cara había sido su salvación. De momento. Dedujo que así había creado una bolsa de aire.

«Llámallo otra vez. Vendrá.»

—¡Jake!

«Vas a morir. En una tumba de nieve.»

Ni siquiera sabía en qué país iba a morir. Se hallaban justo en la frontera montañosa entre Francia y España, y los lugareños hablaban una lengua que no pertenecía ni a un estado ni al otro. Recordó que, según los antiguos griegos, los Pirineos eran piedras que sellaban una tumba.

«No, no estás en una tumba. Vas a salir. Vuelve a llamarlo.»

En lugar de llamarlo, intentó mover los dedos de la mano izquierda, uno por uno. Tenía paralizados el pulgar y el índice, igual que el dedo corazón, pero cuando empujó con el anular, notó en la yema una mínima disgregación y un leve movimiento. Algo infinitesimal cedió, y Zoe logró replegar el dedo quizá un centímetro. Ese movimiento llegó acompañado de un destello de estroncio en el fondo de sus retinas. A continuación un arco iris de chispas. Y otra vez negrura.

Pero el mensaje de ese leve movimiento voló desde los nervios de su dedo y le aceleró el corazón.

«Serénate. Serénate.»

Siguió accionando el dedo anular y al cabo de un rato descubrió que podía desplazarlo hacia el dedo medio en un movimiento de tijera. Repitió este movimiento entre los dedos cuarto y corazón. «Así es; estás abriéndote paso a golpe de tijera. Corta corta corta. Buena chica. Sal de aquí a tijeretazos.»

Ignoraba cuánto tiempo podría respirar aún, cuánto aire le quedaba. Se propuso economizarlo, tomarlo a sorbos, con inhalaciones poco profundas. Sentía un dolor palpitante en la cabeza.

Continuó recortando la nieve en torno a la mano hasta que se le agarrotaron los

músculos de los dedos. Descansó, los flexionó y empezó otra vez. «Corta corta corta. Buena chica.»

Y de pronto, sin aparente perspectiva de movimiento, algo se desprendió y le quedaron libres los otros dedos, tanto que consiguió flexionarlos todos, atrás y al frente. Percibió el roce de sus propios dedos a un lado de la cara.

Con el extremo de los dedos ahora flexibles, inició una sucesión de breves movimientos laterales, como pequeños golpes de kárate, buscándose la otra mano con la esperanza de tenerla también cerca de la cara. Consiguió introducirla en el mínimo espacio que había creado y volver a retirarla. Por fin, la mano libre entró en contacto con la otra. Excavó en la nieve hasta poder apoyar la palma del guante libre sobre el dorso del otro. Entonces empujó la nieve con todas sus fuerzas. Su conjetura inicial era acertada: había formado una reducida bolsa de aire frente a ella. Seguía sin saber cuánto duraría el aire. ¿Un minuto? ¿Tres? ¿Diez?

«No pienses en eso. Buena chica.»

Retorció la mano en un esfuerzo por sacarla del guante, sabiendo que las uñas serían la mejor herramienta para abrirse camino. Pero llevaba la correa del guante firmemente ceñida a la muñeca para impedir que entrase la nieve. En medio de aquella oscuridad inamovible, intentó aflojar la correa del guante derecho, pero con los dedos enguantados carecía de la sensibilidad necesaria para agarrarla.

Quizá Jake acudiese. A menos que también él hubiese quedado enterrado. O quizá acudiese alguna otra persona. Quizá los helicópteros sobrevolaban la zona en círculo mientras ella pensaba todo eso. Pero momentos antes no había nadie más en la pista. Cabía la posibilidad, si el alud había sido de poca importancia, de que nadie supiese siquiera que se había producido.

«Tumba. Griegos. *Pyr* en griego significa “fuego”. Ya lo sabes. Ya lo sabes. Pirineos. Calla calla.»

—¡Jake!

En esta ocasión su voz sonó con algo más de fuerza en sus oídos; pero también sonó a impotencia.

De nuevo intentó atrapar la correa de la muñeca con los dedos en la negrura. Oyó separarse el velcro, y la correa se aflojó. Tirando de la punta del guante derecho con la mano izquierda, consiguió extraerlo centímetro a centímetro. El guante permaneció allí inmóvil, rascándole la cara, pero se desprendió de él igualmente y empezó a hurgar con las uñas en la nieve por encima de la cabeza.

Le costaba más respirar. Escarbaba en la nieve compacta, pero no avanzaba. Aunque la nieve se disgregaba, no conseguía apartarla. No conseguía desalojarla. Escarbó con mayor ahínco.

Volvió a toser. Sentía un goteo en el fondo de la garganta, que era la causa de sus tos. Dejó de escarbar y se concentró en el goteo. El líquido, la nieve fundida o la

saliva o lo que fuese, le llegaba a la garganta desde la nariz. La mucosidad, en lugar de bajarle por la nariz, retrocedía hacia la garganta.

«Estás cabeza abajo.»

Sabía ya con total certeza que había quedado enterrada cabeza abajo, y en posición vertical. Eran los pies, no la cabeza, lo que tenía más cerca de la superficie de la nieve. Eso implicaba que, al escarbar, había estado horadando la nieve hacia abajo, ahondando en ella, no yendo hacia arriba, hacia el exterior. Por eso le era imposible desalojar la nieve. Cavaba en la dirección equivocada.

Intentó flexionar los dedos de un pie dentro de la bota. Percibió una mínima movilidad, pero la nieve en torno a la pierna estaba demasiado prieta y le impedía moverla. Poco a poco se llevó la mano sin guante hacia el cuello y descubrió que podía traspasar la nieve hasta llegarse al pecho. Hurgando, consiguió subir la mano hasta la cadera, y la nieve resbaló y le cayó en terrones en la cara. De pronto tocó un objeto sólido con la mano.

Era el bastón de esquí.

La empuñadura se hallaba a la altura de su cadera. La agarró y advirtió que el bastón había quedado paralelo al muslo. Al principio fue incapaz de moverlo, pero, mediante un suave movimiento de sierra, apartó un poco de nieve por encima de ella.

«Siérrala. Así es. Sierra sierra sierra. Buena chica. Sal de este ataúd a golpe de sierra.»

Se le acalambro el brazo y se le agarrotaron los músculos, pero prosiguió con su mínimo y gradual movimiento de sierra. Con creciente entusiasmo, notó el contacto del bastón en la bota de esquiar. Casi hiperventilando de nuevo, serró con el bastón hasta oír un ligero ruido, algo parecido a un reventón, cuando el bastón atravesó la superficie de la nieve. El bastón actuó como un conductor eléctrico y un fino rayo de intensa luz solar penetró en la tumba. Un sonido difícil de determinar, algo entre risa y llanto, surgió a borbotones de sus labios. Sus pulmones absorbieron el aire helado y un sollozo escapó de ella.

—¡Jake! ¡Quien sea! ¡Socorro!

Continuó serrando con el bastón, tratando de ensanchar el angosto canal para que entrase un poco de aire, un poco de sol, un poco de vida. Pero el esfuerzo la agotó. Cuando dejó de serrar, oyó solo la ventilación anhelante de sus pulmones, un sonido áspero, subacuático. El brazo se le había acalambrado, ya seriamente. Intentó relajarlo, pero el bastón giró y la roseta de plástico de la punta arrastró nieve hacia abajo, hacia la abertura, obstruyendo de nuevo el paso al fino rayo de luz.

Permaneció inmóvil, procurando respirar acompasadamente, pero notó que la bolsa de aire se calentaba y enrarecía otra vez. Sintió un mareo. De nuevo le costó respirar y la invadió una espantosa sensación de capitulación a la par que se le apagaba la conciencia.

En la distancia, oyó un leve sonido, como el que producirían unos dedos cerniendo harina en un cuenco. Era un ruido lejano. Luego se convirtió en una sucesión de arañazos, más cercanos.

Y de pronto oyó su voz.

—¡Zoe! ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Estoy aquí. Tranquila.

No lo veía, pero su voz fue como una luz a través del vitral de una catedral. Notó que Jake cavaba desesperadamente alrededor de su bota. Oyó su respiración entrecortada por el esfuerzo.

—¡Imposible! ¡Tendré que ir a buscar a alguien! —lo oyó exclamar.

—¡No, Jake! ¡Sácame! ¡Sácame ya! ¡No me dejes aquí! ¡Eso no!

Siguió un silencio.

—Bien. Intentaré sacarte.

—Cava por un lado.

—¿Cómo?

—¡Por un lado!

—No te oigo. Intentaré sacarte.

Jake tardó una hora en sacar a Zoe de la nieve. Nadie se acercó por allí. Primero le desenterró la pierna derecha y de inmediato abrió un canal hasta su cabeza, eliminando así todo riesgo de asfixia, por más que Zoe aún fuera incapaz de moverse. Por fin le liberó un brazo, y ella pudo ayudarlo.

Una vez retirada la nieve que la retenía, Jake apenas logró reunir fuerzas para extraerla del agujero. Pero juntos lo consiguieron.

De rodillas, se dieron un largo abrazo; se abrazaron casi hasta matarse.

—¡Tus ojos! —exclamó ella—. ¡Qué rojos los tienes!

—La nieve me ha dado de pleno en la cara. —Miró la pista arriba y abajo—. Cuando deseas que esto sea un hormiguero, no hay un alma a la vista. ¿Quieres esperar mientras voy a buscar a alguien?

—No quiero quedarme aquí, Jake.

—¿Puedes bajar esquiando?

—No, he perdido los esquís. Están en algún sitio bajo la nieve.

—Los míos también. Tendremos que ir a pie hasta la próxima parada del remonte. Estoy helado. Necesito moverme para entrar en calor. ¿Te ves en condiciones?

—Estoy bien. De verdad. Quizá sea por la adrenalina, pero estoy bien. Vamos, en marcha.

Se rodearon con los brazos y, andando trabajosamente por el borde de la pista, avanzaron despacio montaña abajo. Vivos. Vivos.

Bajo una ligera nevada, se abrieron camino poco a poco a través de la nieve

profunda con sus pesadas botas de esquí, pero por fin, al cabo de unos tres cuartos de hora, vieron los cables colgantes de un telearrastre, así como la cabina de una parada intermedia a unos trescientos metros más abajo. El telearrastre estaba detenido. Tampoco se veía la menor señal de actividad en las pistas, ni por encima ni por debajo de ellos.

Zoe temblaba, y Jake, más que nada por distraerla, hablaba sin cesar. Le contó que se había salvado gracias a los árboles. Arrojado contra un pino delgado, se aferró a él con los brazos y trepó por el tronco a medida que la nieve se acumulaba bajo sus pies. Zoe le sonreía y movía la cabeza en repetidos gestos de asentimiento mientras él, parloteando, recordaba cómo habían escapado del peligro. Comprendió que Jake se hallaba en estado de shock. Sabía que cuando llegasen a la cabina del telearrastre el operario avisaría por radio al personal de primeros auxilios y no tardarían en subir a recogerlos a la montaña.

Pero cuando llegaron a la cabina, la encontraron vacía. A través del cristal sucio vieron en una consola dos pilotos electrónicos verdes y uno rojo encendidos bajo una hilera de interruptores. Los motores que accionaban el telearrastre habían sido apagados. La puerta de cristal estaba entornada y salía calor de dentro. Jake empujó para abrirla.

—Vamos, cariño. Tienes que entrar en calor.

—¿Crees que han cortado el acceso a la montaña?

—Es probable. Puede que hayan visto el alud y obligado a bajar a todo el mundo. Sentémonos aquí un rato hasta que recuperes un poco el calor corporal.

Había un asiento de piel, con la tapicería rota, y Zoe se desplomó en él. Jake echó una ojeada alrededor.

—¡Eh! —Zoe había encontrado una petaca en la mesa junto a la consola.

—¡Dame eso! —Jake se la cogió, desenroscó el tapón y tomó un trago.

—¡No te la apropiés! ¿Qué es?

—Ni idea. Es asqueroso. Bebe un poco.

Zoe lo olisqueó y también echó un trago.

—No les importará. Mira, aquí hay chocolate. Yo me lo ventilo. ¿Quieres un poco?

—No, me conformo con la petaca.

Detrás de la puerta colgaba una chaqueta de esquí con un periódico enrollado en el bolsillo. Apoyadas contra una pared de la cabina, había dos palas anchas y una escoba para nieve. Aunque los motores estaban apagados, los pilotos luminosos inducían a pensar que toda la maquinaria permanecía conectada. Jake vio un receptor de radio antiguo, estilo walkie-talkie, colgado de un gancho. Lo cogió y pulsó los botones. Le llegó un sonido de interferencia estática, nada más. Después de varios intentos, la única recompensa fue más estática. En la cabina mugrienta apenas había

nada más, pero al menos el ambiente estaba caldeado. Fuera arreciaba la nevada. Decidieron sentarse y esperar a que apareciese alguien.

Jake dio otro tiento a la petaca e hizo una mueca.

—Ha estado cerca —comentó—. Muy cerca.

—Mucho, sí. Demasiado.

—Nos hemos librado de milagro.

Zoe miró a su marido y dijo:

—¿Sabes qué? Solo somos un copo de nieve en las pestañas de Dios. Nada más.

—¿Cómo? Si ahora, solo porque has sobrevivido a un alud, me sales con Dios, pido el divorcio por motivos religiosos.

—¿Me das un abrazo?

—Ven aquí. Te daré dos. Te daré tres. Caray, te daré todos los abrazos que quieras.

Al cabo de una hora aún no había aparecido nadie en la cabina. Apuraron el contenido de la petaca y dieron cuenta del chocolate. Volvieron a probar el walkie-talkie, pero una vez más la radio emitió solo interferencia estática. Jake empezó a accionar interruptores en la consola, y los motores, con un estruendo y un zumbido de turbinas, se pusieron en marcha a la vez que la enorme polea comenzaba a girar encima de ellos.

—¡Apágalo! —exclamó Zoe.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡Tú apágalo! ¡No sabes cómo funciona!

Jake apagó la maquinaria.

—Vamos, tendremos que bajar a pie desde aquí.

—¿Tú estás dispuesto?

—No quiero quedarme aquí cruzado de brazos por más tiempo.

Se subieron las cremalleras de las chaquetas, se calaron los gorros y se pusieron los guantes, decididos a iniciar el arduo descenso monte abajo. Ya fuera de la cabina, Zoe vio unos esquís apoyados en la pared.

—¿Te parece que podríamos llevárnoslos? ¿O querrá esto decir que todavía hay alguien aquí arriba?

—No lo sé. ¿Tú dirías que los han utilizado esta mañana?

Zoe examinó los esquís. Se había acumulado en ellos nieve reciente.

—Es imposible saberlo. Oye, acabo de tener un mal presentimiento. ¿No habrá quedado el operario del telearrastre atrapado por el alud?

—¿Cómo? ¿Dentro de la cabina?

—No. ¿Y si estaba inspeccionando las pistas? No sé cuáles serán exactamente las funciones de un operario de remonte, pero imaginemos que estaba fuera, retirando nieve con la pala o revisando el telearrastre o vete tú a saber, y de pronto lo ha

sorprendido el alud, como a nosotros.

—Abajo se habrían enterado —adujo Jake—. Estarían ya aquí. Habrían venido a buscarlo.

—¿Tú crees?

—Sí. Están en contacto por radio en todo momento. Por si surge algún problema. Seguro que han cortado los accesos a toda la montaña, y el operario se ha ido. Y nadie volverá aquí hasta que reabran las pistas. Cosa que quizá ocurra mañana.

—¿Y por qué están aquí estos esquís?

—A lo mejor dejan siempre un par de repuesto.

—No habrá alguien... en fin, ya me entiendes... enterrado en la nieve, ¿no?

Jake se tiró del lóbulo de la oreja.

—Sé realista. Si lo hay, está muerto. Ya llevamos aquí casi dos horas.

—Tendríamos que asegurarnos —insistió Zoe—. Si existe una remota posibilidad, debemos ayudar. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance.

Jake asintió.

—De acuerdo. De acuerdo. Verás, esto es lo que me propongo. Me pondré esos esquís. Es un ascenso corto. Subiré con el telearrastre hasta lo alto. Si el operario está por allí, si ha salido por alguna tarea de mantenimiento, no andará lejos del recorrido del telearrastre.

—¿Crees que es una pérdida de tiempo?

—No nos quedaremos tranquilos si no lo intentamos. Podría estar herido en algún sitio.

Zoe se quitó el gorro de lana de color azul lavanda y volvió a ponérselo.

—Vale. Te acompaño.

—No. Estás agotada. Y yo, con los esquís, iré más deprisa.

—Quiero ir.

—Zoe, te lo diré claramente: se te ve fatal. Tú también tienes los ojos rojos. No quería alarmarte. Quizá haya sido por la presión de la nieve. Pero te noto alterada. Solo quiero marcharme de aquí con la tranquilidad de que no hay nadie caído en la pista. Si está bajo la nieve, no habrá nada que hacer. ¿Conforme?

Zoe parpadeó. Se conocían de sobra. Los dos poseían un firme sentido de lo que era correcto hacer, y sabía que él lo haría.

Jake llevaba un pequeño destornillador en la riñonera para ajustar las fijaciones de los esquís y, valiéndose de él, adaptaba ya a sus propias botas los esquís que acababa de encontrar.

Jake pulsó varios interruptores hasta que la maquinaria arrancó de nuevo y la polea de acero empezó a girar sobre ellos. Zoe se acercó a la glisera, donde estaban aparcadas las perchas, separó una de ellas y aguardó a que Jake, ya con los esquís, se colocara en posición. Le entregó la percha, y él la cogió sin pronunciar palabra. De

pronto Zoe no quería que se marchara. Aun así, se quedó observando mientras el arrastre solitario tiraba de él pendiente arriba y se perdía de vista. Seguía nevando. Volvió a entrar en la cabina.

Pese a que dentro la temperatura era agradable, ella temblaba. Cerró los ojos, pero la asaltaron violentas imágenes del súbito impacto del alud, como serpientes sibilantes. Se le encogió el estómago.

Enseguida se arrepintió de haber dejado marchar a Jake. Pensó que fácilmente podía producirse otro alud. Se puso en pie y miró por la ventana sucia de la cabina. Luego volvió a sentarse.

Jake llevaba ya mucho tiempo fuera. Zoe estaba acalorada. Se tocó la frente, preguntándose si tenía fiebre. Se le escapó un sollozo, totalmente inesperado. Se levantó y se acercó de nuevo a la ventana, pero solo vio la vasta blancura de la montaña y los árboles colmados de nieve. Aguzó el oído. No oyó nada. Fuera, el mundo estaba sumido en el silencio. La cabina se le antojó minúscula y vulnerable.

Casi se había adormilado cuando una sombra gris se perfiló al otro lado de la ventana. Era Jake, que sacaba los pies de las fijaciones. Entró al calor de la cabina y, mientras se sacudía la nieve de las botas con fuertes pisadas, movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿No has visto nada?

—He mirado bien alrededor de todas las pilonas. Si hay alguien, está enterrado bajo la nieve a mucha profundidad.

—Da repelús solo pensarlo. —Zoe se echó a llorar.

Jake la rodeó con el brazo y la besó.

—Calla —dijo—. Calla. No sabes si hay alguien ahí fuera. Era únicamente una posibilidad remota.

—Ya lo sé. Déjame llorar. Lloro por nosotros. Podríamos haber sido nosotros. Lloro de alivio. —Se sorbió la nariz y se la limpió con el dorso del guante.

—Verás —dijo Jake después de estrecharla entre sus brazos por un momento—, he tenido otra de mis brillantes ideas. Podemos bajar los dos con los esquís. Hay una forma.

—¿Con un solo par de esquís?

—Tú te subes detrás y te agarras a mi cintura. Bajaremos en zigzag, con diagonales muy lentas. Quizá nos caigamos alguna que otra vez, pero será mejor que caminar por la nieve. En algunos sitios te llega hasta las ingles, en serio.

Así lo hicieron. Avanzaron muy despacio, pero no les costó demasiado y consiguieron descender. No había nadie en la ladera, en ningún punto del camino, y saltaba a la vista que las autoridades habían evacuado y cerrado las pistas por el riesgo de aludes.

Vieron el hotel justo enfrente. A pesar de que solo pasaba un poco de las doce del

mediodía, todas las luces estaban encendidas. Ofrecía un aspecto acogedor, y atrayente, y seguro.

—Voy a darme un baño caliente —anunció Zoe.

—Sí, apestas.

—Gracias. Y me quedaré un rato en la sauna, porque estoy muerta de frío. Pero no te dejes entrar conmigo.

—Y tomaremos una copa de vino. Tinto.

—Y un filete. Poco hecho.

—Rezumando sangre. Y con mostaza.

—Y un helado.

—¿Cómo? ¿Además del filete?

—Y vaciaremos el bar.

—Bueno. Déjame quitarme los esquís. Desde aquí podemos seguir a pie.

El hotel Varka se hallaba enclavado en la falda de la montaña, a cierta distancia del centro del pueblo, Saint-Bernard-en-Haut, pero cerca de las pistas para principiantes. En los anuncios presumía de estar «a pie de pista», lo cual era cierto si desplazarse unos doscientos metros por el lecho del valle arrastrando los esquís podía considerarse esquiar. El hotel ofrecía un servicio de cuatro estrellas, dos bares (uno con piano), un restaurante, spa con sauna, transporte a las pistas de la zona y wifi. Salía más caro de lo que en condiciones normales podían permitirse los Bennett, pero esas eran unas vacaciones especiales. Como hacía varios años que no esquiaban —y era en las pistas de Chamonix donde se habían conocido y enamorado—, habían decidido premiarse con unas vacaciones de más nivel.

Sin el menor respeto por la idea de vacaciones especiales, el alud, con sus feroces dientes blancos, había intentado morderles los tobillos en su segundo día allí.

Se accedía a la recepción del hotel por una puerta de cristal electrónica, que cuando se acercaron emitió un zumbido y se abrió con torturante lentitud. Dominaba el vestíbulo un árbol de Navidad gigantesco, quizá excesivo. Tenía una hermosa iluminación, con delicadas luces azules que titilaban entre las ramas como duendecillos allí suspendidos. Zoe y Jake fueron derechos a la recepción, deseosos de informar a alguien de su odisea, pero en ese momento no había nadie. Se encaminaron, pues, hacia el ascensor y subieron a la tercera planta, donde tenían la habitación.

Zoe abrió de inmediato los grifos para darse un baño de agua caliente y, mientras se llenaba la bañera, se quitó el traje de esquí. Jake se dejó caer en la cama, con los brazos por encima de la cabeza. Zoe se arrodilló a su lado, vestida aún con su ropa interior térmica.

—¿Te encuentras bien?

—Pues sí, la verdad —contestó él—. Me encuentro bien.

—Habrás que conseguir un colirio. Pareces un zombi. Tendría que verte un médico.

—No necesito a ningún médico. Tú también tienes los ojos rojos y eres quien ha acabado enterrada. Es a ti a quien tiene que verte un médico para asegurarnos de que no estás... ¿cómo se dice? En estado de shock.

—¿Y qué van a hacerme? ¿Un tratamiento psicológico? ¿Cogerme de la mano? Estoy bien, no necesito a ningún médico. Me ha caído encima un poco de nieve y he salido. Eso es todo. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Yo bien. Lo único distinto es que ahora estoy de un cachondo absurdo. Toca esto.

—Quita. Primero déjame darme un baño.

—¿Esto será como cuando la gente se pone cachonda en los funerales? ¿Será acaso por el silbido de la guadaña? ¿Eso lo pone a uno en celo? Ven aquí, *ma biche*.

—Quita, Jake, me muero de frío. Tú también debes de estar helado. Primero déjame darme un baño.

Jake cogió de pronto el auricular del teléfono.

—Voy a contarle a algún mamón lo que nos ha pasado.

—¿Y qué crees que harán? ¡Ni se te ocurra llamar a un médico para mí! Vamos, vente a la bañera conmigo. No quiero a ningún médico iluminándome los ojos con una linterna. Vamos. Después podrás hacer lo que quieras conmigo.

Así que Jake se quitó el traje de esquí y se apretujó con Zoe en el agua caliente de la bañera, gimiendo y suspirando. Permanecieron sentados cara a cara en medio del vapor, abrazándose las rodillas, dejando que el calor penetrara en sus cuerpos y disipara el frío.

Siguieron allí un rato en silencio. Con la cabeza apoyada en la rodilla de Zoe, Jake pareció adormecerse. Finalmente el agua empezó a enfriarse, y ella lo obligó a moverse, salió de la bañera y se envolvió en una toalla. Pensando que quizá como mínimo debía informar a alguien de su salvación, Zoe llamó a recepción. El teléfono sonó y sonó, pero nadie atendió la llamada. Se secó, se vistió y, dejando a Jake en remojo, bajó en el ascensor.

La recepción continuaba vacía. En el mostrador había una campanilla antigua, de esas que uno golpea con la palma de la mano, pero en esta ocasión no acudió nadie cuando Zoe la hizo sonar. Se inclinó sobre el mostrador y escrutó la oficina situada detrás de la recepción, y aunque todo estaba en orden, no vio a nadie. Sintió cierta inquietud.

Su primera reacción había sido intentar entrar en calor y cuidar de Jake, olvidando que su propia experiencia había sido peor que la de él. Si bien Jake también se había visto arrollado por el alud y depositado en la pendiente de la montaña, no había quedado enterrado vivo. Las imágenes de ese momento volvían a reproducirse en su cabeza por segunda vez desde que Jake la había sacado de la nieve. Le temblaban las manos. Entró de nuevo en el ascensor y regresó a la habitación.

Jake se había quedado dormido en la bañera de nuevo. Lo contempló desde el umbral de la puerta, y él pareció percibir su presencia. Abrió los ojos.

—No hay nadie.

—¿Dónde?

—En recepción. Acabo de bajar. No hay nadie.

—Bueno, a estas horas suele haber poca actividad en el hotel, ¿no? Todos los huéspedes están fuera.

—¿Y el personal?

—Habrán salido a fumar un cigarrillo.

Zoe no parecía muy convencida.

—Pero el hecho es que no están fuera, ¿verdad?

—¿Quiénes?

—Los huéspedes. No están todos fuera, ¿verdad que no? Las pistas están cerradas.

—Bueno, quizá el alud ha sido peor de lo que pensábamos. Quizá todo el mundo está en lo alto de la montaña. Ayudando.

—¿Tú crees? ¿En serio crees que ha sido un alud tan grande?

—Para nosotros lo ha sido. En fin, no tengo ni idea. A lo mejor a nosotros nos ha sorprendido solo una pequeña porción del alud principal. ¿Qué podemos hacer? —Jake salió de la bañera y cogió una toalla—. No nos queda más remedio que esperar a que vuelvan.

Zoe atravesó la habitación, se sentó en la cama y empezó a retorcerse los dedos.

Jake apareció envuelto en la toalla. Su piel rosada despedía aún vapor por el calor de la bañera.

—Tendría que haber una norma que prohibiese a un hombre ver a su mujer tan obscenamente sexy —dijo—. Y más después de una experiencia al borde de la muerte.

Echó a un lado la toalla y tumbó a Zoe en la cama a la vez que le levantaba las piernas. Ella soltó un chillido, y cuando él se abalanzó encima, se resistió. Jake hizo una mueca de dolor.

—¡Mis costillas!

—Te lo tienes bien merecido.

—¡Hemos estado a punto de morir! Los dos hemos estado a punto de morir. Quiero sentirme encima de ti. Como ese alud.

—Ven aquí.

—Empiezo a tener hambre. ¿Dónde está ese filete rezumando sangre? Pidámoslo al servicio de habitaciones, da igual lo que cueste. —Jake examinó la carta—. ¿Qué te apetece?

—Un filete poco hecho, sí. Vino tinto. Cualquiera cosa mala para la salud.

Jake marcó el número del servicio de habitaciones. Como no respondieron, llamó a recepción. Nadie descolgó el teléfono.

—¡Qué raro!

—Ya te lo he dicho, no hay nadie. No me escuchas.

Jake permaneció al aparato un rato más. Finalmente, con un suave chasquido, dejó el auricular en la horquilla.

—Vamos a vestirnos. Podemos comer algo en el restaurante.

De camino al restaurante, Zoe tuvo un ataque de risa. Aunque se llevó la mano a

la boca, se le escapó un ronquido porcino. Jake se detuvo en el pasillo y la miró. Ante su cómica expresión de desconcierto, Zoe sucumbió aún más al descontrol. Tal vez fuera la histeria posterior al roce con la muerte, pero algo la empujó a soltar una carcajada. No a sonreír o a dejar escapar una risita, sino a desternillarse. El deseo de reírse de nada era incontenible.

En la pared, cerca del ascensor, había una reproducción de un cuadro abstracto poco sugerente, y le dio ganas de reír. La absurda campanilla musical del ascensor al llegar a la tercera planta también le dio ganas de reír. Aquella decoración insípida resultaba un tanto ridícula por el vívido contraste con el lugar donde ella acababa de estar, cabeza abajo en medio de la nieve. Los espejos del ascensor le dieron ganas de reír. El cartel sobre el peso máximo permitido en el ascensor; la alfombra en el suelo; el botón de alarma. Todo se le antojaba irrisorio y le arrancaba carcajadas.

—¿Qué? —dijo Jake—. ¿Qué?

Zoe se dejó caer de espaldas contra el espejo del ascensor y, convulsionándose, sujetándose las costillas, soltó una gran risotada.

—En fin, me alegro de que lo encuentres tan gracioso —comentó Jake—. A mí me pasa lo mismo. Más o menos. Hemos estado a punto de morir. Eso es la mar de divertido. Estás como una cabra.

Casi para obligarla a callar, la comprimió contra la pared del ascensor y le metió la lengua en la boca. Ella sintió la descarga de sus propias convulsiones a través de Jake, como si fuera una fuente de energía eléctrica. Notó su erección. Acababan de follar y él ya quería más. También ella quería más.

El ascensor llegó a la recepción y las puertas se abrieron. Zoe lo apartó de un empujón, se sacudió el pelo y recobró la compostura antes de salir.

No tenía por qué haberse molestado. Seguía sin haber nadie.

Se acercaron al mostrador de recepción. Jake tocó la campanilla.

—¡Ha del castillo! —llamó a voz en cuello, dirigiendo una mueca burlona a Zoe.

—Probemos en el restaurante.

Pasaron por delante del atril de madera clara del portero, pulcro pero vacío, y atravesaron el vestíbulo hacia el restaurante del hotel. El comedor solía estar tranquilo durante el día, ya que la mayoría de los huéspedes solo cenaba allí, pero siempre había una o dos mesas ocupadas.

Ese día no.

Las luces estaban encendidas, pero todas las mesas permanecían vacías. Un cartel a la entrada del comedor indicaba a los huéspedes que esperasen a que el maître los acompañase a la mesa, pero no había ningún maître, ni camareros. El restaurante estaba plenamente preparado para servir el almuerzo: manteles y servilletas de hilo bien planchados, sólidas copas de cristal, cubiertos de plata, todo presentado impecablemente. El hilo musical ofrecía una suave melodía.

Jake se plantó en jarras. Miró al frente y atrás y luego se encaminó hacia la cocina. Cruzó las puertas de vaivén, seguido por Zoe.

No había personal en la cocina. Sobre las encimeras limpias de acero inoxidable, vieron verduras recién troceadas y carne roja cortada, como si todo estuviera ya listo para preparar el almuerzo. En el extremo opuesto de la cocina, un lavavajillas de acero inoxidable de tamaño industrial contenía los platos sucios del desayuno. Jake abrió la puerta de una enorme cámara frigorífica y lo azotó una ráfaga de aire frío. Después de echar un vistazo al interior, cerró la puerta.

Zoe le tocó el antebrazo.

—¿Crees que deberíamos marcharnos?

—¿Marcharnos?

—Irnos del hotel.

—¿Por qué vamos a irnos?

—Te diré lo que pienso: este hotel se encuentra al pie de la ladera donde se ha producido el alud, justo en plena trayectoria de la nieve. Después del alud de esta mañana, lo han evacuado. Mira alrededor: lo han abandonado en cinco minutos como mucho. Sospecho que aquí corremos peligro. Creo que lo mejor es que nos vayamos.

Jake parpadeó.

—Dios santo. Tienes razón. Vamos a buscar las chaquetas. Iremos al pueblo a pie.

—Y recemos para que no se nos venga todo encima justo ahora.

—Tú puedes rezar si quieres. Yo prefiero preocuparme.

—Calla ya.

Se marcharon, pues, del hotel y se acercaron a pie al pueblo de Saint-Bernard. Normalmente había un servicio de lanzadera: un minibús que salía cada media hora y cubría la distancia en seis o siete minutos. A pie se tardaba unos treinta.

La carretera estaba en silencio. Seguía nevando. La luz había cambiado y en el suelo la nieve presentaba una misteriosa coloración gris azulada. Casi toda huella de pisada o de rueda había quedado cubierta por la nieve reciente, blanda y ligera.

La tarde anterior habían ido a pie al pueblo desde el hotel. Había sido un paseo memorable. Píceas y abetos flanqueaban el camino nevado, exhalando un aroma a savia, y lo iluminaba el tenue resplandor anaranjado de elegantes farolas de hierro forjado, dispuestas a intervalos de cien metros. En el trayecto los había adelantado un trineo tirado por un enorme caballo negro en el que viajaba una pareja de turistas felices pero retraídos. Los flancos del gran caballo despedían vaho y de sus ollares se elevaban columnas de vapor mientras trotaba por la espesa nieve. La pareja del trineo los había saludado con la mano tímidamente.

Pero ese día el camino ofrecía un aspecto peligroso. Caminaron con paso enérgico, sin hablar, aguzando ambos el oído, atentos a los sonidos de la montaña. Porque se oían sonidos amenazadores: un estampido lejano, muy arriba, como la

detonación de un arma; un crujido; una especie de lamento, como si la propia montaña desplazara su enorme peso; una brisa que se convirtió en un suspiro a través de la mismísima nieve. Todo podían ser premoniciones de avalancha.

No cruzaron una sola palabra, pero Zoe cogió a Jake de la mano y avivaron el paso. Los chirridos de sus botas para nieve no los reconfortaban. Incluso ese mínimo sonido parecía una afrenta a la montaña, el chillido del ratón ante el elefante. Un desafío.

—¿No sientes la presión? —preguntó Zoe—. ¿En el aire? A mí me parece sentir el peso de la nieve en la montaña.

—Son imaginaciones tuyas. Sigue andando.

—No son imaginaciones mías. Noto el aire espeso. Como si fuera a ocurrir algo.

—No va a ocurrir nada.

—¿Y entonces por qué han evacuado el hotel? ¿Eh, capullo?

—Por precaución. Sería mala suerte, ¿no crees? Sobrevivir a un alud, y que luego te sorprenda otro.

—Sí. Pero la mala suerte existe.

—No, hoy no.

—¿Vas a protegerme, Jake?

—Con uñas y dientes.

De pronto llegó de lo alto un gemido inconfundible, el sonido de la nieve deslizándose, como el ruido de grandes planchas metálicas al plegarse.

Zoe se detuvo en seco.

—¡Santo Dios!

—Tranquila. Sigamos. Solo es un corrimiento de nieve.

—¿Ah sí? Eso es precisamente lo que temo: ¡un corrimiento de nieve! Cuando hay un corrimiento de nieve, se llama alud, ¿no?

—Chist. No levantes la voz. Lo que quiero decir es que la nieve se desplaza continuamente. Por eso pasan quitanieves por las pistas, porque la nieve se desplaza y se acumula. No es señal de que vaya a desprenderse ahora mismo.

—¿Ah, no? Y tú sabes mucho de eso, ¿verdad? Eres veterinario. ¿Cómo es que ahora, así de repente, te has convertido en experto en corrimientos de nieve? No dices más que tonterías.

—Exacto, digo tonterías.

—¿Por qué? ¿Por qué dices tonterías?

Jake se detuvo y se volvió hacia ella.

—Es lo que hago cuando estoy asustado, ¿vale? Digo tonterías. Es una buena manera de hacer ver que las cosas están mejor de lo que están. Ahí tienes: ya me has descubierto. ¿Estás contenta? Ahora que han quedado a la luz mis deficiencias como ser humano, ¿podemos seguir adelante? ¿Sí o no?

Por encima de ellos volvió a gemir la nieve en la ladera de la montaña. Siguió otro ruido inexplicable, como el de unas grandes redes de pesca al lanzarlas al mar. Zoe entrelazó su brazo con el de él y entraron en el pueblo bajo el tenue resplandor anaranjado de las farolas.

No se veía a nadie por las calles. Había bastantes coches aparcados cerca del centro del pueblo, pero estaban todos cubiertos por una capa de nieve endurecida y lisa a causa de las precipitaciones del día. Reinaba un silencio espeluznante. Llegaron a otro pequeño hotel, llamado Petit la Creu. La nieve se había amontonado ante la entrada.

Al empujar la puerta para entrar, oyeron el roce del grueso burlete en el suelo. En la recepción notaron el ambiente caldeado, casi sofocante. Todas las luces permanecían encendidas, pero no había nadie en recepción. Exactamente igual que en su hotel.

—¿Crees que han evacuado todo el pueblo? —preguntó Zoe.

—¿Tienes el número de aquella chica?

—¿Qué chica?

—Aquella mema.

—¿Qué mema?

—La representante. La representante de la agencia. La que estaba en el autobús del aeropuerto. La que no paraba de sonreír. ¿No te dio una tarjeta con su número?

Zoe descorrió la cremallera de su bolso y sacó el billetero. Buscó la tarjeta de la representante entre sus tarjetas de crédito y carnets de clubes.

—No la tengo. Debes de tenerla tú.

—Yo no. Te la dio a ti —insistió Jake.

—No me la dio a mí. Yo no la tengo. Recuerdo que le brillaron los ojos cuando te la entregó. Así que debes de tenerla tú.

—¿Le brillaron los ojos?

—¡La tenías tú!

—¡Vale! ¡No te sulfures! —Jack se desabrochó la chaqueta, descorrió la cremallera de su bolsillo interior y sacó el billetero. Allí, entre las tarjetas de crédito, encontró la tarjeta de la agencia con el número de móvil de la representante.

—¿Lo ves? La tenías tú, ya te lo he dicho. Esa chica te gustó.

—Sí, me encantan las mujeres sonrientes. Por aquí no abundan.

—Dámela.

ELFINDA CARTER, REPRESENTANTE TURÍSTICA

WINTERTOURS HOLIDAYS

TEL.: 07797 551737

—Además, ¿qué nombre es ese? ¿Elfinda? —dijo ella.

—Quizá viene de «elfo».

—Elfinda, el elfo de ojos brillantes, por lo visto.

—Nos abochornaste —recordó Jake.

Cuando Elfinda, la representante, ofreció su tarjeta, pidió a la vez el número de teléfono a Jake. Era simple rutina, por si la agencia necesitaba ponerse en contacto con ellos por alguna excursión o actividad. Zoe, harta de tanto brillo de ojos, se inclinó hacia la sorprendida representante y le colocó en las manos su propia tarjeta.

—¿Os abochorné? Tendría que haberle dado una patada en aquel culo flaco.

Zoe alargó el brazo por encima del mostrador de recepción y descolgó el auricular del teléfono. El tono se oía con toda claridad. Marcó el número impreso en la tarjeta. Sonó el timbre, y Zoe cruzó las piernas mientras esperaba a que alguien respondiera.

El teléfono sonó mucho rato, hasta que por fin dejó de sonar.

—¿No hay nadie?

—Nadie. Ni elfo ni no elfo.

—Hay una comisaría en el pueblo, detrás del supermercado. Deberíamos ir. Para averiguar qué pasa.

Se marcharon del Petit la Creu y atravesaron el pueblo trabajosamente, dejando atrás la preciosa iglesia con su estilizada torre, hasta girar a la derecha por una calle secundaria hacia el supermercado y la comisaría. No se cruzaron con nadie. Tampoco había actividad en ninguno de los comercios. Algunas tiendas estaban iluminadas, otras no. El supermercado tenía todas las luces encendidas, pero no se veía a nadie a través de las vidrieras, ni clientes ni empleados.

Aparcado en el patio había un todoterreno de la policía con cadenas en los neumáticos. La comisaría en sí era un edificio de hormigón pequeño y sin pretensiones, casi oculto detrás del supermercado. Abrieron la pesada puerta de cristal y acero y luego una segunda puerta, que les dio acceso a un reducido espacio sin más mobiliario que un mostrador de melamina blanca y tres sillas de plástico moldeado.

Jake alzó la voz. Esta vez no dijo «¡Ha del castillo!».

Zoe pasó por detrás del mostrador de melamina para acercarse a una puerta cubierta de carteles y avisos. Llamó con los nudillos y, viendo que nadie contestaba, abrió. Dentro encontró un exiguo despacho provisto de un par de escritorios, ordenadores, una impresora, varios archivadores juntos, una cafetera eléctrica. La luz roja de la cafetera estaba encendida, y la jarra, medio llena, seguía caliente. Se veía una antesala con un perchero y en uno de los ganchos el abrigo de un policía.

—¡Hola!

Se quedaron sentados durante media hora ante los escritorios de la comisaría, con las manos hundidas en los bolsillos de las chaquetas, preguntándose qué hacer.

—Bien —dijo Jake—. Han evacuado todo el pueblo. ¿Por qué? Riesgo de aludes. Esa es la explicación. A veces estos aludes... los aludes grandes, no como el que nos

ha sorprendido esta mañana... pueden llevarse por delante un pueblo entero de este tamaño. Hace unos años ocurrió cerca de Chamonix, y arrasó veinte chalets. Y con toda la nieve que ha caído, ahora el riesgo es mayor. Así que se ha marchado todo el mundo.

—¿Y cómo es que nos han dejado a nosotros?

—Quizá han pensado que hemos muerto en el alud de esta mañana.

—¿No tendrían que haber venido equipos de rescate?

—Y yo qué sé. Lo único que sé es que esto ha sido evacuado, y que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Ya. ¿Y cómo? —preguntó Zoe.

—Ahí está... esa es la cuestión. Podemos irnos a pie. Podríamos coger unos esquís de una tienda e intentar bajar por la montaña. Pero eso no me hace mucha gracia, en vista de lo que sabemos y de lo que ha pasado esta mañana.

—A mí tampoco.

—O podemos irnos en coche. Lo que implica coger uno de los coches aparcados en el pueblo. Y conducir despacio para no desencadenar nada.

—De acuerdo. Eso haremos.

—De acuerdo.

—Vamos, pues.

—¿A qué esperamos, Zoe?

—No lo sé. Tengo miedo.

—¿Miedo? No hay nada que temer, miedica. Nada de nada. La verdad es que yo también tengo miedo. Pero da igual. Oye, tenemos que encontrar un coche con las llaves puestas.

—De acuerdo —convino Zoe—. ¿Y no podríamos...?

—No podríamos ¿qué? ¿Hacer un puente en un coche como en las películas?

—Sí.

—¿Tú sabes hacerlo? —preguntó Jake.

—Aquí el que sabe de cuestiones técnicas eres tú. Eres el hombre.

—Bueno, te diré algo gratis, esposa mía. Verás, listilla, no sé hacer el puente a un coche. Como tú bien has señalado, soy veterinario, trabajo con perros y ratones blancos y periquitos, y a lo largo de mi formación y experiencia como veterinario, por alguna razón nunca me he visto en la necesidad de hacer el puente a un coche. Para salvar el pellejo, el tuyo y el mío. Nunca hasta ahora.

—No la tomes conmigo.

—Y te diré otra cosa, también gratis. ¿Has visto cómo lo hacen en las películas? Sencillamente arrancan unos cables debajo del salpicadero, los juntan, y el coche arranca. Un mecánico me dijo que eso es una fantasmada. Ya no funciona así. Me explicó que si haces eso, lo más probable es que te electrocutes.

—Entonces no lo haremos.

—Y él era mecánico de coches. Un mecánico en toda regla.

—Pues buscaremos un coche que tenga las llaves puestas, como tú has dicho. Y nos marcharemos. Con el motor en sordina.

—Eres muy sarcástica, ¿lo sabías?

—Por eso te casaste conmigo. Te encanta.

Pero antes de marcharse de la comisaría intentaron, una vez más, telefonar a Elfinda, la risueña representante de la agencia de viajes. Al igual que en el intento anterior, el teléfono dejó de sonar antes de que contestara nadie.

Fuera nevaba aún más intensamente. Yendo de coche en coche, probaron las puertas del conductor para ver si alguna se abría. Lo intentaron con cincuenta o sesenta vehículos, y encontraron abiertas las puertas de cuatro; pero ninguno tenía las llaves puestas.

Nevaba cada vez más y se había levantado una neblina de color nacarado. Empezaban a pesarles el frío y el cansancio.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Jake.

—¿Qué?

—En la comisaría... había un coche patrulla. A lo mejor las llaves están en la oficina.

—¡Cómo! ¿Robar un coche de la policía? Ni por asomo.

—Pero se trata de una situación excepcional, ¿no?

Zoe juntó las cejas pero lo siguió cuesta abajo hacia la comisaría. Allí encontraron las llaves del coche de policía, colgadas de un gancho junto a la puerta.

—¿Seguro que no hay problema en... cogerlo así sin más?

—No.

El coche patrulla arrancó a la primera, despidiendo una bocanada de humo de gasoil. Tuvieron que quitar la nieve del parabrisas y desprender el hielo del cristal. Jake maniobró en el patio de la comisaría para salir a la calle. Tocó el claxon unas cuantas veces; esperaba que una mano lo agarrara del cuello de la chaqueta en cualquier momento, y si la policía al final volvía y descubría que habían robado el coche, quería poder decir que no había actuado precisamente con sigilo.

No acostumbrado al peso del vehículo todoterreno, circuló despacio por delante del supermercado. Para salir del pueblo por el mismo camino que habían tomado al entrar desde el aeropuerto, tendrían que pasar ante su hotel. Zoe quería parar a recoger el equipaje; Jake prefería no hacerlo, porque nevaba aún más y el manto de niebla se espesaba por momentos. La visibilidad se reducía ya a menos de veinte metros.

—Necesitamos los pasaportes, cariño, y hay cosas que no quiero dejar aquí. Vamos, Jake. Serán solo dos minutos.

—Si acabamos muertos por esos dos minutos, te mataré.

—Me parece justo.

Se detuvieron ante el hotel vacío. Jake dejó el motor al ralentí, con los gases de escape formando una nube en el aire gélido, y se apearon. Callados, subieron en ascensor a la tercera planta, donde la campanilla anunció su llegada. Una vez en la habitación, abrieron las maletas encima de la cama, lo echaron todo dentro sin el menor cuidado y las cerraron. Acto seguido, las bajaron al coche y las cargaron en el asiento trasero.

Jake dejó escapar un gruñido. La niebla era más densa. Conservaba todavía el tono gris nacarado, y le pareció advertir un resplandor iridiscente allí donde se refractaba la luz eléctrica: en otro momento le habría parecido un espectáculo hermoso. La nevada no amainaba. Bajo los pies, la nieve se notaba espesa y blanda, como plumas de oca: la clase de nieve que haría las delicias de cualquier esquiador, pero en esos instantes era lo último que deseaban.

La visibilidad se había reducido a unos diez metros. Jake solo distinguía vagamente los contornos de los edificios situados frente al hotel. Peor aún, era ya media tarde. Incluso sin nieve, la claridad del día empezaba a menguar. El panorama no pintaba bien para conducir. Tenía que darse prisa si querían llegar a algún sitio antes de que la luz se apagara; y sin embargo Jake temía la sobrecogedora posibilidad de desencadenar el gran alud si no conducía a paso de tortuga.

Se pusieron en marcha con suma cautela. Enormes copos de nieve caían en el parabrisas mientras el vehículo avanzaba laboriosamente por la carretera de montaña. De pronto toparon con algo.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Creo que he dado con el bordillo.

—Mantente alejado del bordillo. Conduce por el medio de la carretera.

—¡Caray, no se me había ocurrido! Gracias por un consejo tan meditado. Conducir por el medio de la carretera es precisamente lo que intento.

Pero poco después tropezaron de nuevo con el bordillo. Conducir así era imposible. Jake se quejó de que no veía nada en la luz decreciente. Se plantearon dar media vuelta, pero decidieron perseverar. Alrededor de medio kilómetro más adelante el coche topó otra vez con algo, se sacudió y se estremeció. Se habían salido por completo de la carretera.

Jake frenó en seco. El coche derrapó y se detuvo con un temblor. Dejando el motor en marcha, salió del coche, pero como no veía el suelo bajo sus pies, pisó en falso y se torció el tobillo.

—¡Cuidado al bajar! —advirtió a Zoe a voz en grito.

Ella salió del coche y, rodeándolo, se reunió con él. La rueda delantera del lado del conductor se hallaba suspendida en el vacío. Las otras tres permanecían

firmente asentadas en el terreno rocoso y nevado. Jake miró hacia abajo. No había forma de saber si la altura bajo la rueda del lado del conductor era de un metro o de cien. La brumosa blancura del desconocimiento lo traspasó como la hoja de un cuchillo.

—¿Podemos echar marcha atrás? —preguntó Zoe.

—Es posible, pero no quiero conducir más con esta niebla.

—¿Cómo? ¡Tenemos que seguir, Jake!

Él señaló la rueda colgante del coche.

—¿Tú tienes idea de lo que hay ahí abajo? Yo no. No podemos continuar en coche. Recuerdo el camino de cuando vinimos en autocar: la mayor parte de la carretera tiene a un lado un precipicio cortado a pico. No hay valla que nos impida salirnos de la calzada, Zoe. Caes directamente por el precipicio.

—Entonces tendremos que ir a pie.

—De acuerdo. Podemos ir a pie.

Zoe conocía a Jake lo suficiente para oír un «pero» no pronunciado en una frase suya.

—Pero... —apuntó para inducirlo a hablar.

—Pero he aquí lo que opino. Si vamos a pie, enseguida se nos hará de noche, con temperaturas por debajo de cero. Quizá seamos capaces de seguir la carretera, si vamos con cuidado. Pero hay veinte kilómetros de aquí al próximo pueblo. No hemos comido en todo el día y yo sigo muerto de frío. Aparte del riesgo de morir congelados en la montaña, nos hallamos ante la seria amenaza de que un alud nos arrastre y se nos lleve de la carretera. Por otra parte, me consta que el hotel no es lugar seguro; pero sí es un sólido edificio de hormigón, y estar allí dentro tiene que ser más seguro que estar aquí fuera.

—¡Por Dios!

—Sabes que tengo razón.

—¿Volvemos en coche?

Jake contempló la rueda suspendida en el aire.

—No. Propongo que vengamos a echar un vistazo a esto por la mañana, cuando ya no nieve y podamos ver ante qué nos encontramos. No hemos recorrido una gran distancia. Podríamos estar de vuelta en el hotel en veinte minutos. Media hora como mucho.

Zoe no discutió. Jake apagó el motor y abrió la puerta de atrás. Antes de emprender el camino de regreso al hotel, metieron en una bolsa pequeña unas cuantas cosas básicas, abandonando allí el resto del equipaje.

—Menudas vacaciones estamos teniendo —comentó Jake.

—Sí, menudas vacaciones.

—A duras penas me veo la mano delante de la cara. No, no es verdad. Veo tu

cara. Resplandece.

—Lo creas o no, estoy sudando.

Y también ella veía la cara de él entre la nieve que caía y la niebla gris, cada vez más oscura; la veía con un tenue brillo, como si su piel estuviera iluminada desde atrás. Su piel, decidió Zoe, era como pergamino bajo esa luz, un pergamino sacro, y sus relucientes ojos azules y sus cejas castañas y el asomo de carmesí en sus labios eran como las ilustraciones de un monje en un manuscrito sagrado.

—¿Qué miras?

—A ti. Te quiero.

Jake se echó a reír.

—¿Cómo puedes pensar eso en un momento así? Me casé con una chiflada que me lleva a rastras hacia un alud.

—La chifladura es esta situación, y yo lo único que veo es tu cara adorable, y me alegro de verla. Me alegro muy sinceramente.

—Vamos. Dame la mano. Volvamos a ese hotel.

En una pared cerca de la recepción del hotel colgaba un tablón de anuncios donde se ofrecían excursiones, descensos con tobogán, paseos en trineo y fondues. Aparecían asimismo los números de contacto de todas las agencias de viajes representadas en la estación de esquí. También incluía, clavada con chinchetas, una lista de médicos, veterinarios, farmacias y todos los servicios de urgencias de Saint-Bernard. Jake arrancó la lista del tablón. Se la llevaron a la habitación, y él empezó a telefonar.

La línea daba un buen tono de marcado, nítido y grave. Llamó a todas las agencias una por una, y en ninguna le contestaron. Marcó el número de la comisaría local, donde habían cogido el coche. No hubo suerte. Marcó el número nacional de urgencias. Nadie le atendió.

—Telefonea a alguien en Inglaterra —propuso Zoe—. Telefonea a tu madre.

Zoe había perdido ya a sus padres. Su madre había muerto mucho antes de que Jake y Zoe se conociesen, pero Jake sí había conocido a su padre, Archie, un par de años antes de morir. Más adelante había fallecido el anciano padre de Jake, ya divorciado de su madre, la única superviviente entre los progenitores de ambos. Buena mujer, aunque muy quisquillosa y con unos horribles reflejos azules en el pelo, se había trasladado a Escocia poco después de un divorcio desagradable que tuvo lugar mientras Jake estudiaba en un internado. Si bien era una figura distante, tanto emocional como geográficamente, por suerte tenía un gran concepto de Zoe porque era «musical». Jake pensó que quizá su madre podría al menos ponerse en contacto con alguna autoridad e informar de que la pareja se había quedado allí aislada después de la evacuación.

—Se llevará un susto de muerte —dijo Jake mientras marcaba el número—. Ya sabes cómo es.

—Llámalas de todos modos.

Como Jake tampoco obtuvo respuesta, colgó el auricular.

—Esta es su noche de whist. Los viernes siempre va a la parroquia a jugar al whist.

—Estupendo. Espero que consiga nueve bazas o lo que sea mientras nosotros estamos aquí en la montaña a punto de ser devorados vivos por la nieve.

—Llamaré a Simon.

Simon era un viejo amigo de Jake, de sus tiempos universitarios. Trabajaba en el departamento de la vivienda de su ayuntamiento y había sido su padrino de boda; y a pesar de que Simon había intentado seducir a Zoe una vez, por algún motivo la relación entre ellos había sobrevivido. Jake telefoneó a Simon al móvil, pero la señal falló. Lo llamó, pues, al fijo, pero también este sonó y sonó hasta cortarse la línea.

—¿Qué hora es? Debe de haber ido directamente al Jolly Miller después del

trabajo. ¿A quién más podemos llamar?

La lista era breve. Mantenían buenas relaciones con sus vecinos, pero eran ya mayores y muy frágiles. Desecharon la idea de telefonarlos. Zoe intentó llamar a dos amigas íntimas, pero ninguna descolgó.

—Nadie contesta en ningún sitio. ¡No es posible que estén todos dándole a la cerveza en el Jolly Miller! Pongamos la tele, a ver si dan noticias en alguna emisora local.

Zoe abrió las puertas del armario de caoba del televisor y encendió el aparato. Pasó de un canal a otro pero la pantalla solo ofrecía nieve eléctrica y el zumbido de la interferencia estática. Jake se levantó y le quitó el mando a distancia, como si pulsando él los botones pudiera obtener mejores resultados. Fue en vano. El televisor también estaba programado para sintonizar emisoras de radio, pero no se oía nada en ninguna frecuencia. Solo estática. Ruido blanco.

—Oye —dijo Zoe—. Ya no consigo pensar con claridad. Es evidente que vamos a quedarnos aquí a pasar la noche. Necesitamos comer algo.

—Tendremos que cocinarlo nosotros.

—Eso no es problema. Veamos qué hay en la cocina.

Bajaron al restaurante y lo cruzaron para acceder a la cocina, donde habían estado un rato antes. Todo seguía tal como lo habían encontrado en su primera visita. Trozos magros de carne roja en la encimera, listos para asar, al igual que las diversas verduras cortadas y bien ordenadas. Decidieron prescindir de lo que había permanecido todo el día fuera de la nevera. En la cámara frigorífica encontraron filetes de carne fresca.

Zoe vertió aceite de oliva en una enorme sartén mientras Jake encendía los quemadores. Encontró un gorro de cocinero blanco, imaculado, y se lo puso. Estaba pasándoselo en grande.

—Todo funciona. El gas. La luz. Yo. Puede que estemos a punto de morir bajo un alud, pero estoy en la cocina y vamos a asar un filete.

Lo sirvió poco hecho, acompañado de cebolla y champiñones. Mientras tanto, Zoe colocó en unos platos judías verdes con mantequilla. También había descorchado una botella de tinto tras una incursión en la bodega.

—Pero ¿esto qué es? ¡Mira que eres tacaña! Vuelve y coge una botella de tinto de verdad, ¿quieres?

Zoe movió la cabeza en un gesto de negación.

—Quítate ese gorro. Estás ridículo. Todo esto nos lo cobrarán, ya lo sabes.

—Me da igual. Si esta va a ser mi última botella de vino, quiero que sea bueno.

Jake se levantó. Cuando volvió, Zoe había encendido una vela en la mesa. Él, aún con su gorro, sostenía una botella de Châteauneuf-du-Pape. Zoe hizo ademán de consultar la carta de vinos para ver cuánto podría haberles costado esa elección, pero

él se la arrancó de las manos y la lanzó por el aire hacia el extremo opuesto del restaurante vacío, diciéndole que se limitara a servirlo. Zoe, por su parte, le quitó el gorro de la cabeza y lo arrojó en la misma dirección que la carta de vinos.

—Al final nos echarán de aquí —dijo él a la vez que entrechocaban las copas.

—¡Por los supervivientes! —brindó ella.

—Por los supervivientes.

—Esto es surrealista.

—Pero no es un sueño —precisó Jake.

—Cuando piense en los sitios donde hemos cenado juntos... comidas en casa, cenas fuera, restaurantes de lujo, cafeterías baratas, picnics... este será el que recuerde por encima de todos los demás. Es como si fuéramos las últimas personas en el mundo.

—Y fuera sigue nevando. En compañía de la persona indicada, esto a ti incluso podría parecerte romántico.

La luz de la vela osciló un poco, y Zoe vio titilar el reflejo en los ojos enrojecidos de Jake, recordando que en esas vacaciones tenían una tarea pendiente. Algo que resolver. Algo de que hablar. Pero supo que no era el momento oportuno. Lo dejó correr.

—¿Qué tal el filete?

—Perfecto —contestó él—. ¿Sabes una cosa? En el fondo siempre me han dado miedo los aludes. ¿Cuántas veces me he tomado unos días para ir a esquiar? ¿Veinte? Y desde que era un principiante, siempre he sabido que el riesgo estaba ahí. Como algo presente en un sueño, esperando agazapado a tus espaldas, esperando para arrebatártelo todo.

—¿Y todavía te dan miedo? ¿Después de lo que ha pasado hoy?

—Digámoslo así: creo que deberíamos trasladarnos a una habitación al otro lado del pasillo. La verdad es que no creo que la nieve vaya a venírsenos encima. Pero si ocurriese, estaríamos más seguros en ese otro lado.

—Ya. El vino es excelente.

—¿Ah, sí? Yo apenas noto el sabor.

—Tonterías. Vayamos a por la segunda botella.

—¿Estás segura? No quiero que te emborraches.

—Sí quieres. Quieres que me emborrache.

Requisaron otra habitación, y allí se acostaron en la cama con las cortinas descorridas por si acaso había algún movimiento o actividad o patrulla durante la noche. Zoe se sobresaltaba a cada crujido del hotel, temiendo que pudiera ser el anuncio del gran corrimiento de nieve. A Jake se lo veía extrañamente resignado. No creía que eso fuese a suceder: no sabía por qué lo pensaba, pero tenía la sensación de que, pese a la evacuación, no era una amenaza.

Dos botellas de vino tinto bastaron para sedarlos, aunque les costó conciliar el sueño. Allí tumbados, se besaron durante horas. Solo se besaron, sin el menor deseo de hablar, sin el menor deseo de apartar los labios de la boca del otro, lo que, en realidad, era una manera de hablar. De pronto Jake hizo algo que no había hecho nunca: la cogió en brazos y la sacó de la cama para poder follar contra la pared, de pie, con Zoe de puntillas.

Luego se desplomaron otra vez en la cama y por fin los venció el sueño.

—¡Despierta!

Jake la miró con un parpadeo. Ya era de día. Zoe se quitó el gorro de lana y se desabrochó la chaqueta de esquí. Venía de la calle, de la farmacia, a donde había ido a por unas gotas para sus ojos enrojecidos.

—¿Has salido?

—Te he traído esto. Echa la cabeza atrás y abre los ojos. Oye, qué irritados los tienes, parecen dos meaderos en medio de la nieve. —Dejó caer tres gotas en cada ojo y volvió a enroscar el cuentagotas en el frasco.

—¿Hay alguien fuera?

—No.

—¿Qué hora es?

—No muy tarde.

Jake apartó la sábana.

—No deberías haberme dejado dormir.

—He pensado que lo necesitabas. Me da la impresión de que sigues en estado de shock.

—No es verdad.

—Yo creo que sí. Te comportas de una manera distinta.

—¿En qué sentido?

Zoe enarcó una ceja.

Jake se levantó.

—Tenemos que poner otra vez ese coche en la carretera y marcharnos de aquí.

—De acuerdo —convino Zoe—. Te he traído de la cocina algo para desayunar.

Había una bandeja en la mesa: café, zumo y huevos revueltos con pan tostado bajo una tapa de plata abovedada.

—¿Sabes una cosa? Si no fuera porque hay que escapar, uno acabaría encontrándole el gusto a esto —comentó Jake.

Desayunó sin pérdida de tiempo, se puso la ropa interior térmica, los pantalones de esquí y la chaqueta, y fueron los dos a echar un vistazo al coche. Aún nevaba, pero muy poco. Pequeños copos flotaban en el aire, apenas aumentando la gruesa y blanda capa que cubría la calle y la acera. Asomaban en el cielo numerosos retazos de color azul entre las bajas nubes grises. Manteniéndose en el centro de la calzada, avanzaron

laboriosamente por la densa nieve.

Al cabo de veinte minutos, encontraron el coche patrulla y Zoe ahogó una exclamación, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

—¡Cielo santo!

Jake se limitó a parpadear.

La rueda del coche en el lado del conductor se hallaba suspendida en el espacio, sobre una lisa pared de granito cortada a pico de unos quince metros de altura. Unos centímetros más, y el vehículo se habría estrellado contra las rocas al pie del precipicio, y desde allí habría seguido rodando por una escarpada pendiente salpicada de árboles. Quizá habría chocado frontalmente contra un tronco o quizá no. Un saliente redondeado de piedra caliza manchada de ámbar sobresalía de la nieve ante la rueda del lado del acompañante, y era eso lo que había impedido al coche continuar avanzando. La roca que frenaba la rueda parecía una lápida labrada, pero sus nombres no estaban cincelados en ella, porque había sido su salvación.

Zoe se arrodilló en la nieve y se tapó los oídos con las manos.

—No me lo puedo creer.

—Pues más vale que te lo creas.

—Debe de haber un ángel velando por nosotros. En serio.

—En fin, yo no creo en los ángeles. Pero tienes razón.

Zoe volvió a ponerse de pie y cogió a Jake del brazo. Contemplaron el coche, y el precipicio, sin pronunciar una sola palabra.

Jake se planteó si sería posible echar marcha atrás para devolver el coche patrulla a la carretera. La rueda delantera del lado del acompañante estaba firmemente trabada, eso desde luego, pero el vehículo apuntaba hacia abajo y parecía a punto de resbalar lateralmente. La idea de subirse al coche, ponerlo en marcha e intentar retroceder le resultó aterradora.

Vio a Zoe dar la vuelta en dirección a la puerta del conductor.

—No —ordenó.

—Quizá sea posible.

—Ni se te ocurra.

Regresaron a pie al pueblo estudiando las alternativas. Podían buscar otro vehículo. Era muy probable que hubiera otras llaves colgadas en alguna de las muchas tiendas que seguían abiertas. O podían marcharse a pie, sin más, y seguir la carretera a través de la montaña.

Había coches aparcados cerca del hotel. Los comprobaron todos. Todos estaban cerrados con llave. Sabían que las probabilidades de encontrar un coche abierto con las llaves en el contacto eran escasas, pero no nulas.

Aun así, al cabo de veinte minutos encontraron un coche con las llaves destellando en el contacto. Jake se sentó al volante y accionó la llave, pero no

quedaba batería. Trataron de arrancar el coche en una pequeña cuesta, pero no lo consiguieron. Lo abandonaron al pie de la pendiente y reanudaron la búsqueda.

Jake dejó escapar una exclamación cuando se tropezaron con un aparcamiento en el que había dieciocho motonieves idénticas.

—¡He aquí nuestra escapatoria! —vociferó—. Elige la que quieras, parecen todas iguales.

Pero su entusiasmo fue prematuro. Las dieciocho motonieves estaban inmovilizadas por una gruesa cadena y un descomunal candado. No encontraron ni las llaves de las motonieves ni la del candado. En plena búsqueda se plantearon por un momento usar una cizalla, pero descartaron la idea al caer en la cuenta de que aun si encontraban una cizalla, seguirían sin tener las llaves de encendido.

Transcurridas tres horas, estaban dispuestos a admitir la derrota, al menos por ese día.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Zoe.

—¿Hacer? Volveremos a la habitación del hotel a pasar otra noche. Beberemos un poco más de ese puto vino, extraordinario pero sin sabor, y mañana nos levantaremos muy temprano y nos marcharemos de aquí a pie de una vez por todas siguiendo la carretera.

Entrelazaron los brazos y, sumidos en una especie de trance neurasténico, regresaron cansinamente al hotel.

Volvieron a entrar en calor en la sauna y luego nadaron en la piscina del spa. En ausencia de los demás huéspedes, el chapoteo en el agua sonaba a hueco; en los vestuarios reverberaba un eco extraño; las pisadas de sus pies descalzos en las baldosas producían un sonido solitario.

Después pasaron una hora ante los ordenadores del hotel con la idea de acceder a internet. No lograron conectarse. Mientras Zoe perseveraba en sus intentos, Jake volvió a probar la serie completa de números telefónicos. Una tras otra, las líneas sonaron y sonaron y nadie atendió. Nadie atendió en ninguna parte.

—Eso es por la centralita local. La culpa tiene que ser de la centralita —comentó Jake—. Debe de estar fuera de servicio, o si no, alguien contestaría.

No tuvieron más suerte con los móviles.

Esa noche Jake buscó el gorro de cocinero que Zoe había tirado al suelo y volvió a preparar la cena. Descongeló pollo y descubrió especias para improvisar un salteado agridulce. Encontró un reproductor de cedé y subió el volumen al máximo. A continuación, para animarse, empezó a golpear ollas y sartenes y a dar coscorriones en las cabezas imaginarias de pobres pinches de cocina. En el aparato había ya puesto un cedé de ópera, en el que una diva, una mezzosoprano, elevando gradualmente la voz, vocalizaba bellos versos que él no entendía. Encendió los quemadores de la cocina y dejó llamear el aceite en la sartén como si todo fuera puro teatro.

En la encimera de acero inoxidable seguían la carne magra cortada y las verduras troceadas, allí dispuestas desde el día anterior. Todo ofrecía un aspecto y un olor tan fresco como si acabara de prepararse minutos antes, pero Jake no tocó nada de eso y despejó una encimera al otro lado de la cocina.

Zoe se había sentado a una mesa del restaurante; la mesa estaba puesta, con el mantel y las servilletas bien planchados y los cubiertos de plata en su sitio. Tenía las manos cruzadas bajo la barbilla. Había encontrado una botella de champán.

—No preguntes el precio. Esconderemos la botella vacía. Nadie se enterará nunca.

Con los cantos operísticos flotando en el aire sobre su mesa iluminada por una vela y la oscuridad cada vez más densa en el exterior, iniciaron su segunda cena en el restaurante vacío. La música, de una belleza fantasmagórica, se abatía entre las hileras de mesas vacías. Sin pronunciar palabra, Zoe se levantó y la cambió, muy intencionadamente, por animadas melodías de los Pixies.

—¿Por qué no ha venido nadie a buscarnos? —preguntó.

—No lo sé. No lo sé.

A Zoe se le subió el champán a la cabeza. Lo apuraron en un santiamén, y ella fue a por una segunda botella.

—Disfrútalo —dijo, sirviendo una generosa copa a Jake—, porque estas dos botellas cuestan poco más o menos lo mismo que nuestras vacaciones completas.

—¿No lo dirás en serio?

—Pues sí. Están incluidas en lo que llaman la «carta de reservas».

—¿Qué es la «carta de reservas»?

—Verás, por un lado está la carta de vinos y por otro la carta de reservas. Esta es para las ocasiones especiales. Si no encuentras algo lo bastante caro en la carta de vinos, pides la carta de reservas. Es para las personas especiales con un paladar exigente y un culo grande.

—¿Eres consciente de que nos lo endosarán en la cuenta?

—No nos lo endosarán. Lo negaremos todo. Y te diré otra cosa. Durante estas dos noches he tenido la sensación de que tú y yo somos las dos únicas personas en el mundo. Te tengo para mí sola, sin que te distraiga siquiera una camarera. Y una parte perversa de mí lo ha disfrutado de verdad. Mañana esto se habrá acabado y me quedarán cosas que desearía haberte dicho cuando te tenía para mí sola.

—¿Como por ejemplo?

—Como, por ejemplo: ¿cuánto hace desde el alud?

—¿Qué? Ah, fue ayer por la mañana. Parece increíble.

—Exacto. Ayer por la mañana. Y da la impresión de que ha pasado muchísimo tiempo.

—Tienes razón, sí. Así es.

—De que ha pasado mucho tiempo desde que casi nos perdimos el uno al otro. Estuvimos a punto de morir, Jake, y cada segundo desde entonces parece haberse dilatado, y eso es porque estamos solos tú... —levantó la copa, con un ademán un poco vacilante, para chocarla con la de él—... y yo. —Eché una ojeada al restaurante vacío—. Los demás nos roban tiempo. Casi podría quedarme aquí unos días más, por pura obstinación.

—¿Crees que estamos en una carta de reservas?

—¿Cómo dices?

—La carta de reservas de Dios. La carta de reservas de la naturaleza. O sea, que todos los demás están en la carta normal y a nosotros nos han dejado aquí porque estamos en la carta de reservas.

—¡Pero qué ideas son esas!

Jake le dirigió una media sonrisa.

—Los demás pronto volverán.

—Lo sé. Y nosotros nos marcharemos mañana a primera hora. Venga, vámonos a la cama.

—Estás borracha.

—Con lo cara que es la botella, trae lo que queda.

Ciertamente estaba borracha. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, obligó a entrar a Jake de un empujón y se abalanzó hacia él. Con las puertas del ascensor cerradas, le echó los brazos al cuello y le mordió el labio, a la vez que forcejeaba torpemente con su cinturón y le bajaba los pantalones. Dejándose caer de rodillas, empezó a hacerle una felación. Jake, sin querer, tocó los botones del ascensor con el codo y se abrieron las puertas.

Se quedó helado.

—Disculpe, caballero —dijo—, mi mujer terminará enseguida.

Zoe se interrumpió y alzó la vista como si medio esperara ver a un huésped conmocionado en el vestíbulo. Echó un trago de champán burbujeante de la botella y volvió a meterse la polla en la boca.

La campanilla del ascensor tintineó y la puerta volvió a cerrarse.

—Despierta.

Zoe gimió. Tenía la cabeza como si se la hubieran partido de un golpe de piolet. Jake estaba de pie a su lado, ya vestido, sosteniéndole bajo la nariz un tazón de café humeante.

—¿Qué hora es?

—Hora de irse.

—¿En serio?

—Vuelve a nevar. No nos conviene marcharnos muy tarde. Tendremos que caminar quizá unas cuatro horas hasta llegar al próximo pueblo. Nieva mucho, y con

la cantidad de nieve que está cayendo, cuanto más tiempo pasemos aquí, mayor es el riesgo de alud. Te ruego, pues, que muevas ese culo lustroso y encantador y salgas de la cama.

—Ese champán barato se me subió a la cabeza —se quejó ella mientras se arrastraba hacia la ducha.

Para el desayuno, Jake había subido tostadas y bollos con queso y embutidos. Tenía ya preparada una mochila. Mientras ella dormía, él había ido a buscar a una tienda la mochila, una linterna y una brújula.

Antes de marcharse, Zoe lo obligó a sentarse y echar atrás la cabeza para aplicarle el colirio.

—Todavía pareces un zombi. Rojo por fuera, azul en medio y negro por dentro. Como una diana para el tiro con arco.

—Una diana para el tiro con arco no es así.

—Bah, calla. Ahora ponme tú a mí.

A las siete y media de la mañana estaban ya en la carretera. La nieve se había espesado. En el cielo las nubes parecían acero alabeado y los copos, aunque ligeros, caían profusamente, acompañados de una tenue neblina.

Siguieron la carretera. Pronto dejaron atrás el coche patrulla con la rueda suspendida sobre el precipicio. La nieve había formado una gruesa costra en el parabrisas y el capó. Jake se detuvo y miró el vehículo con expresión melancólica. La neblina era cada vez más densa, y Zoe le advirtió que ni se lo planteara.

La carretera era una empinada cuesta. Después de ascender durante otra media hora por la montaña, la combinación de nieve y neblina les resultaba ya impenetrable. Presentaba la misma tonalidad gris nacarada de dos días antes, con destellos iridiscentes allí donde se reflejaba la luz. Avanzaron con paso uniforme, pero no veían hacia dónde iban.

Jake se salió de la carretera y se torció el tobillo.

—Esto no me gusta —comentó Zoe—. Vamos a ciegas.

—No pasa nada. Estoy bien. Solo tenemos que seguir el asfalto.

—Ni siquiera veo el asfalto. Ni lo noto bajo los pies.

Jake sacó la brújula de la mochila. Se acuclilló y se la colocó en la rodilla.

—El norte está por ahí, y nosotros queremos ir hacia el oeste. Vamos bien. Sigamos.

Su voz traslucía seguridad, pero Zoe no la compartía ni le inspiraba mucha confianza. Jake era muy distinto de ella. Lo habían criado enseñándole a simular aplomo cuando en el fondo no lo sentía, y Zoe sabía ver la diferencia. Por su parte, había aprendido a confiar en la intuición y a dejarse guiar por ella. Pensaba que su sistema era tan certero o falible como el de él.

Avanzaron despacio, cogidos de la mano, a veces ciñéndose a la curva exterior

del asfalto. Era una carretera muy tortuosa, un continuo zigzag por la montaña, y la seguían casi a ciegas, a paso de tortuga. De pronto Zoe debió de pisar fuera de la calzada, porque la pierna se le hundió en la nieve hasta el muslo.

—Esto me da miedo, Jake. Me da miedo. Tengo la sensación de que podríamos salirnos fácilmente de la carretera. ¿Por qué no nos refugiamos en algún sitio durante media hora? ¿A ver si la niebla se levanta un poco?

—No va a levantarse.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Durará todo el día. Salta a la vista. Si paramos, nos enfriaremos. Tenemos que seguir.

Y eso hicieron. Al cabo de otros diez minutos sopló una ráfaga de viento que por un momento hipnótico les reveló un cruce, donde la carretera se bifurcaba en direcciones opuestas. Al instante la espesa niebla engulló la imagen del desvío. La nevada arreció.

Jake se acuclilló de nuevo en la carretera y sacó la brújula.

—¿Qué pasa aquí?

Zoe se agachó a su lado y miró la brújula con atención. La aguja giraba, buscando el norte.

—No está plana. Apóyala bien.

Jake apartó un poco de nieve de la carretera con el guante de esquí y colocó la brújula en la nieve. La aguja seguía buscando, desplazándose uniformemente sobre la esfera en el sentido de las agujas del reloj. De repente se detuvo. Casi de inmediato reanudó la búsqueda del norte, ahora en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Zoe.

Jake no contestó.

Ella la cogió; la sacudió; volvió a dejarla en la nieve. La aguja continuó buscando el polo magnético, sin interrupción.

—Está estropeada.

—Funcionaba a la perfección cuando la he cogido —aseguró Jake—. Funcionaba a la perfección.

—Ya.

—De verdad. Funcionaba a la perfección.

—Igualmente.

—¿Igualmente? ¿Qué quieres decir con igualmente?

—Quiero decir que nos volvemos.

—¡Ni hablar!

—Jake, llevamos caminando... ¿cuánto? ¿Una hora? No hemos recorrido más de uno o dos kilómetros. Si piensas que vamos a llegar a algún sitio en estas condiciones, eres tonto. Yo así no sigo. Y como tú dices, no podemos quedarnos aquí.

Se apartó de él y empezó a desandar el camino. Al cabo de unos segundos, ya no se veían. Poco después Jake la llamó a gritos.

—¡Estoy aquí mismo! —vociferó ella en respuesta.

Él salió de la niebla y la agarró de la chaqueta.

—¡No hagas eso, Zoe!

—Que no haga ¿qué?

—¡No te vayas así, sin más! Debemos permanecer juntos. Parece que no te das cuenta de que podría perderte en medio de todo esto. ¡Podría perderte en cuestión de segundos! ¡Esto es una montaña y no hay nadie cerca! ¡Nadie! ¡Esto no es un paseo, no vamos de tiendas!

—Vale.

—Debes respetar la montaña.

—He dicho que vale, ¿no?

Se quedaron quietos bajo la nieve en movimiento, y pese a que solo los separaban unos quince centímetros, apenas podían distinguir la expresión en el rostro del otro. En la niebla, cada uno veía al otro como una fotografía gris descolorida, cada vez más descolorida.

—Volvemos —dijo Zoe.

—Ahora este trasto sí funciona.

Ya en la habitación del hotel, Jake, sentado a la mesa, jugueteaba con la brújula. Cada vez que la movía, la aguja oscilaba y volvía a dirigir la punta hacia el norte magnético.

Zoe miraba por la ventana, como en trance.

—Se está despejando. Un poco.

—No me lo explico. ¿Cómo es que ahora funciona?

Zoe deseó que se olvidase ya de la brújula. A su juicio, para seguir el rumbo fijado incluso por una brújula precisa, era necesario ver por dónde pisaba uno.

—Es como si hubiera una conspiración para obligarnos a quedarnos aquí —prosiguió Jake—. Fíjate: este trasto funciona perfectamente.

Zoe se levantó de un salto.

—¡Hay que ver qué caos de habitación! ¿Dónde está la camarera cuando la necesitas? Venga, ayúdame a limpiar un poco.

—¿Para qué? No vamos a quedarnos.

—Es posible que no tengamos más remedio, aunque sea solo una noche más.

Él echó una ojeada por la ventana.

—Tú misma has dicho que se está despejando. E incluso si tenemos que quedarnos, podríamos usar otra habitación.

—Tú haz lo que quieras. Yo voy a limpiar.

Zoe empezó a apilar los platos sucios, todavía en las bandejas que habían subido de la cocina. Echó las sobras a la papelería y, con toda intención, puso las fuentes y los platos vacíos en una de las bandejas en medio de la mesa, donde la brújula de Jake apuntaba claramente hacia su polo magnético. Jake guardó el instrumento.

Zoe empezó a quitar el edredón y las sábanas de la cama.

—Ayúdame a hacer la cama.

—No sé por qué tenemos que hacer la cama si...

No acabó la frase porque se produjo un leve movimiento en el aire, y a continuación un temblor empezó a sacudir el hotel. Las puertas del armario y del mueble del televisor vibraron en sus bisagras de latón. Zoe se quedó inmóvil y miró a Jake.

Siguió un gemido colosal y hueco que no auguraba nada bueno, procedente de algún lugar por encima de ellos, en lo alto de la montaña. Se estremecieron los cimientos del hotel, y les llegó un ruido atronador, y la sacudida de un impacto, como si alguien aporreara no ya el muro del hotel sino el mismísimo cielo, o acaso el muro de la vida.

—¡Ven! —exclamó Jake—. ¡Ven!

Zoe saltó como pudo por encima de la cama. Él la rodeó con los brazos y la obligó a echarse cuerpo a tierra, lo más cerca posible de la cama. Todo el hotel tembló por efecto de aquel estruendo ensordecedor, hasta que de pronto cesó.

Respiraban agitadamente el uno en brazos del otro.

—¿Ya ha pasado? —preguntó ella en susurros.

—Creo que sí.

—¿Podemos levantarnos?

—Es posible.

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella sin hacer ademán de moverse.

—Un alud. Uno enorme. Levantémonos.

Vacilantes, se pusieron en pie y se dieron otro largo abrazo.

—Bueno, ahora sabemos por qué lo han evacuado todo —comentó Jake.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no?

—Sí, ya lo sabíamos. Sencillamente hemos confirmado lo que ya sabíamos.

—Creo que el día se ha despejado lo suficiente para volver a intentarlo —anunció Zoe.

Jake miró por la ventana.

—No sé qué decirte.

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados hasta que la nieve se lleve el pueblo. Eso ni hablar. Tú espera aquí.

—¿Adónde vas? —preguntó Jake.

—Enseguida vuelvo. Relájate.

—Ya estoy relajado —contestó Jake—. Si estuviera más relajado, me dormiría. Joder, no sabes lo relajado que estoy. —Cogió de nuevo la brújula.

Zoe salió de la habitación y se metió en el ascensor. Llevándose la mano al bolsillo, jugueteó con las llaves del coche patrulla. Sabía que debía ir a recuperar el vehículo ella sola y sin decírselo a Jake; él jamás le permitiría correr semejante riesgo.

Era cierto que la niebla se había disipado y no nevaba tanto. La visibilidad ya permitía conducir —al menos relativamente—, y en todo caso era poco probable que encontraran tráfico de camino al pueblo más cercano. Solo quedaba un pequeño problema: recuperar el vehículo de la cuneta.

Aligeró el paso. Recordaba el lugar exacto donde el coche se había salido de la carretera porque había pasado por allí dos veces esa misma mañana: una en su fallido intento de abandonar el pueblo, otra a la vuelta. En menos de veinte minutos avistó, cuesta arriba, los contornos del vehículo cubierto de nieve.

Pero ahora había algo más aparte del coche, algo que al principio no reconoció. Sobre el techo se recortaban dos siluetas negras cilíndricas, de un negro azabache en marcado contraste con la blancura de la nieve. Zoe se detuvo por un instante,

escrutando con los ojos entrecerrados aquellas formas irreconocibles. Incapaz de identificarlas, avivó el paso hacia el coche.

Cuando se acercó, una de las siluetas se movió mínimamente, o al menos pareció moverse. Fue un leve cambio de posición a la derecha. Zoe aminoró la marcha al aproximarse y de repente, para su asombro, cayó en la cuenta de que tenía ante sus ojos dos enormes cuervos negros y lustrosos, posados en el techo del coche.

Quizá debería haberle complacido ver esas aves. Eran los primeros seres vivos que veía, aparte de Jake y ella misma, desde que los había sorprendido el alud. Pero aquellas dos criaturas parecían indiferentes a ella y a la vez vagamente amenazadoras. Zoe sabía que si iba derecho hacia esas aves oscuras, alzarían el vuelo de inmediato. Pero se le antojaron anormalmente grandes.

Experimentó una sensación de repugnancia y al mismo tiempo un amago de miedo.

Dio una palmada para espantar a los cuervos. Los guantes de esquí amortiguaron el sonido. Se los quitó y probó de nuevo, batiendo las palmas sonoramente a la vez que daba un paso vacilante hacia el automóvil. Observó un ligero estremecimiento en las plumas oscuras de una de las aves negras encapuchadas, y la criatura pareció picotear algo que se movía bajo sus plumas. Los cuervos no dieron la menor señal de temor.

Zoe no estaba a más de cuatro o cinco metros del coche, pero se había detenido. La verdad era que aquellas aves la aterrorizaban. Los cuervos la miraban atentamente desde su posición en el techo del coche patrulla. Uno de ellos se había vuelto hacia Zoe y abría el pico amarillo, como si esperase que le diesen de comer. La imagen de la criatura con el pico abierto presentaba la nitidez de una alucinación. El buche a la vista semejaba una pequeña caverna, y dentro de la caverna discurría un río de plata, serpenteando en la oscuridad. El ave dejó escapar una extraña tos.

Zoe dio una patada en el suelo y echó a correr hacia los cuervos agitando los brazos. Renunciando a su posición casi a regañadientes, las aves abandonaron el techo del coche y emprendieron un vuelo torpe y circular. Planearon valle abajo y no tardaron en perderse de vista entre la niebla.

Zoe los observó alejarse. Tuvo que sacudir la cabeza, casi como para salir de un trance.

Recordó que había visto una pala en el maletero del coche. Cogió las llaves y abrió el maletero, encontró la pala y la usó para retirar la nieve del parabrisas, el capó y la ventana trasera. Después volvió a echar la pala al maletero y lo cerró. Rodeó el coche para acercarse a la parte delantera y apoyó su peso en el lado del conductor, sobre la rueda suspendida en el aire. El vehículo se balanceó un poco pero no demasiado. Repitió la maniobra, esta vez cargando más peso. Decidió que podía entrar en el coche y arrancarlo sin peligro. Se dijo que todo iría bien si no cometía

ningún error estúpido con las marchas.

Deslizándose de medio lado, ocupó el asiento del conductor y aguardó un momento. El coche se mantenía estable. El freno de mano estaba echado, la palanca del cambio permanecía en punto muerto. Introdujo la llave en el contacto y la giró.

El motor diésel petardeó y se ahogó. Después de varios intentos, por fin arrancó. Zoe lo revolucionó un poco y vio por el espejo retrovisor gases de escape grises y sucios, grandes nubes que contaminaban la neblina blanca y pura. Esperó a que las revoluciones se ralentizaran. La luz verde de la tracción a las cuatro ruedas iluminó el salpicadero. Zoe respiró hondo, pisó el embrague y puso la marcha atrás.

Las ruedas posteriores giraron pero no encontraron tracción. Zoe redujo las revoluciones y volvió a intentarlo. Esta vez el coche rodó fácilmente hacia atrás por la roca cubierta de nieve y pasó por encima del bordillo. Detuvo el coche en medio de la carretera y dejó escapar un profundo suspiro. Procurando moderar su euforia, maniobró y enfiló la carretera de regreso al hotel.

Frente al hotel, dejó el motor al ralentí y la puerta abierta y subió en busca de Jake. En lugar de explicarle lo que había hecho, esperó a que él bajara y lo viera con sus propios ojos.

Jake se quedó allí cruzado de brazos, sonriendo con cara de tonto.

—¡No me lo puedo creer!

Zoe le aseguró que no había sido muy difícil.

Omitió el episodio de los cuervos.

—No sé si matarte o besarte. ¿Hay visibilidad suficiente para conducir?

—Más o menos.

—¿Quieres que conduzca yo?

—Hasta ahora me las he arreglado razonablemente bien. ¿No te parece?

—Sí. Te las has arreglado bien, eso sin duda.

Subieron al coche y salieron otra vez a la carretera.

Se quedaron inmóviles, sumidos en un silencio de estupefacción e incredulidad.

El coche patrulla se había parado justo allí donde esa mañana se habían dado media vuelta en plena ventisca. Veían el cruce en la carretera. Era el mismo lugar.

Zoe intentó ponerlo de nuevo en marcha. El estérter respondió, pero el motor se negó obstinadamente a encenderse.

—Déjame intentarlo.

Zoe parpadeó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Girar la llave de otra manera?

—Déjame intentarlo, ¿quieres?

Zoe soltó un suspiro, pero se apeó del asiento del conductor para que Jake probase.

En tales situaciones Jake seguía una especie de ritual. Removía el trasero en el

asiento, flexionaba los dedos como un concertista de piano, giraba un poco el volante, pisaba a fondo el pedal del embrague y accionaba la llave de contacto. Nada. Dio una sacudida para balancear un poco el coche y repitió el ritual. Nada.

—¿Será la gasolina?

—¡Cómo va a ser la gasolina! —exclamó Zoe—. Queda medio depósito.

—No te crispes. ¿Qué has hecho justo antes de que se parara?

—¿Qué he hecho? ¡Nada! Conducir con toda normalidad, conducir de una manera normal y corriente, sin ninguna de esas florituras típicamente femeninas, ¿vale?

—Cálmate.

—No he cantado, ni he escupido en el volante ni he respirado demasiado hondo al cambiar de marcha... ¡Deja ya de insinuar que ha sido culpa mía!

—Bueno, siempre estás cargándote el DVD y el Mac y el...

—¡Capullo!

—Vale, ¿has cambiado de marcha mientras subíamos la cuesta?

—¡No!

—Solo intento determinar...

—Pues no determines nada.

Jake probó el contacto una vez más. Falló de nuevo. Casi sentía agotarse la batería un poco más cada vez que giraba la llave.

—Estamos en una cuesta, y eso es bueno. Arrancaremos marcha atrás. Yo quitaré el freno de mano y tú le darás un pequeño empujón.

Zoe se situó delante del coche. Jake pisó el embrague y puso la marcha atrás. Dirigió una señal con la cabeza a Zoe. Ella no reaccionó. Él asomó la cabeza por la ventanilla.

—Eh, que es para hoy, como dicen en la MTV.

Zoe le lanzó una mirada iracunda pero no dijo nada. Apretó los labios y empujó el coche desde delante. Cuando el vehículo rodó hacia atrás, ella resbaló y cayó de rodillas. Jake dejó que el coche retrocediera varios metros antes de quitar el embrague. Los engranajes de la caja de cambios chirriaron y el coche se detuvo con una sacudida. El motor no emitió siquiera un ronroneo.

Jake puso el freno de mano, salió del coche y se encaminó hacia Zoe. Esta permanecía en medio de la carretera, ya de pie, frotándose las rodillas despellejadas, con los copos arremolinándose alrededor, posándose en su gorro, en su bufanda.

—¿Y ahora qué?

De espaldas a la carretera que subía desde el pueblo, Jake se plantó en el cruce y miró al este y al oeste. Esta vez al menos distinguían la carretera. Tenían muchas posibilidades de recorrerla sin despeñarse. Todo se reducía a decidir en qué dirección ir. Sacó la brújula, se acuclilló y la puso en el suelo. Al cabo de un momento se la

guardó cuidadosamente en el bolsillo.

—¡Vaya mierda! —musitó, enrojecido.

Zoe sintió que se le encogía el corazón de pena por Jake: el pobre allí con su brújula inútil.

—Tú decides.

—No —contestó él—. Tú tienes mejor sentido de la orientación. Siempre lo has tenido.

—Vale. Pero nada de reproches si me equivoco, eh. Yo digo que... por ahí.

Entrelazaron los brazos y enfilaron la carretera. Ni siquiera se molestaron en volver la vista atrás para echar una última ojeada al vehículo de la policía abandonado. Este se quedó medio atravesado en la carretera, con la puerta del conductor abierta, como la secuela de un secuestro.

Transcurrida poco más de una hora, estaban de vuelta en Saint-Bernard. El familiar campanario de la iglesia lo confirmó mucho antes de que llegaran al centro.

—Lo siento —dijo Zoe, aún en la carretera.

—No —respondió él—, no lo sientas. Yo también habría elegido esa dirección.

Poco después a Zoe se le ocurrió otra idea.

—Sígueme.

—Tengo la impresión de que cada vez que te sigo acabamos en apuros.

Sin hacerle el menor caso, Zoe lo llevó de regreso al hotel y entraron en el cuarto guardaesquí: un vestuario revestido de madera de pino en una de cuyas paredes colgaba un enorme mapa de pistas protegido por una lámina de plexiglás. Mostraba que Saint-Bernard se hallaba enclavado en un valle con pistas de esquí a ambos lados del pueblo, tanto al norte como al sur del valle. El lado sur era el menos frecuentado porque el sol fundía la nieve a primera hora, pero después de la reciente nevada, las pistas estarían en buenas condiciones en todas partes. El plan de Zoe consistía en apropiarse de unos esquís, ascender por la pendiente sur del valle y bajar esquiando por el otro lado hasta la estación más cercana.

Señaló el recorrido en el mapa.

—El telesilla llega hasta arriba. Sabemos que aún hay suministro eléctrico, así que podemos subir en telesilla. Al otro lado existe al menos una pista marcada, con un gran telearrastre para volver a subir. Aquí estamos a mil novecientos metros de altura, ¿no es así? Hay otra estación al otro lado a mil seiscientos metros, y solo a unos kilómetros de aquí cruzando la montaña. Más allá de esa zona no se ve ninguna pista trazada, pero podemos atravesar en diagonal. La nieve está bien.

Jake soltó un resoplido.

—Eso podría no estar al alcance de nuestras aptitudes como esquiadores. No conoces el terreno. No sabes si hay rocas, árboles, nieve profunda. No conoces la inclinación. No sabes nada, de hecho.

—Tú eres buen esquiador. Yo soy buena esquiadora.

—¿Y por qué no lo intentamos otra vez a pie? ¿Por qué no seguimos la carretera de la montaña? —propuso Jake—. Es mucho más sencillo.

—Sí, es una posibilidad. Pero... y se trata de un pero muy grande... como tú mismo has dicho, es una caminata de cuatro o cinco horas. Se ha hecho ya demasiado tarde con todo lo que ha pasado. Otra vez se nos echaría la noche encima. Si vamos a marcharnos de aquí a pie, tenemos que pasar otra noche en el hotel y salir mañana a primera hora. O la otra posibilidad es coger unos esquís, subir por la montaña y desde lo alto descender hasta ese pueblo a mil seiscientos metros de altitud, en... ¿cuánto tiempo? ¿Veinte minutos?

—¿Veinte minutos? Imposible.

—Media hora como mucho para recorrer esa distancia en bajada con unos esquís. No más. Media hora, Jake.

—No sé. No me entusiasma la idea. ¿Crees que nos queda luz de día suficiente?

—Nos quedará si nos dejamos de charla y nos ponemos en marcha de inmediato. ¿De verdad quieres pasar aquí otra noche?

—No.

—Vamos allá, pues.

—Mírate. ¿En serio te crees que es tan fácil?

Zoe se frotó las manos, como para mostrarle lo fácil que sería.

Entraron en una tienda de material de esquí y se dispusieron a elegir un buen par de esquís para cada uno entre los expuestos en el soporte. Se dijeron que ya los devolverían, y que, dadas las circunstancias, nadie les reprocharía que se llevaran «prestados» unos esquís, aunque Jake bromeó acerca de sus crecientes gastos hipotéticos.

—Siempre he querido unos como estos —señaló Zoe—. Naranja fuego. De lo más espectaculares.

—Muy propio. ¿Quieres unas botas nuevas?

—Claro. ¿Qué tal estas?

—Coloca aquí tus esquís, pues, y pásame una de tus botas.

Mientras Jake ajustaba las fijaciones, Zoe echó un vistazo a la tienda. Los dueños se habían marchado a toda prisa. Un reproductor de cedé seguía encendido y había un tazón de café medio lleno. Alguien incluso había dejado un billetero bajo el mostrador. Lo abrió. Contenía tarjetas de crédito y un fajo de billetes.

Lo agitó en dirección a Jake.

—Mira.

—Déjalo ahí.

—Claro que voy a dejarlo. ¿Te has pensado que iba a robarlo?

—Yo solo digo que lo dejes todo tal como estaba, excepto lo que tengamos que llevarnos por fuerza.

—¿Como si yo fuera a hacer otra cosa?

—Yo solo lo digo.

—Pues no lo digas. No tenía intención de afanar unos pocos euros de una cartera ajena, maldita sea. —Dejó el billetero donde lo había encontrado y, para mayor seguridad, lo escondió bajo un par de guantes de esquí viejos abandonados en el mostrador—. Se marcharon deprisa. Mejor dicho, muy, muy deprisa.

—Eso es lo que me preocupa. Toma, estos esquís ya están listos. Coge un buen par de bastones y vámonos.

Con sus esquís nuevos al hombro, caminaron dificultosamente por la nieve hasta llegar a la iglesia, en lo alto de la cuesta. Como no habían retirado la nieve de las calles desde la evacuación, una vez allí encajaron los pies en las fijaciones y, sin mayor problema, se deslizaron por la calle principal, atravesando el pueblo en dirección a los telesillas de las pistas orientadas al sur. Al final del pueblo tuvieron que recorrer a pie unos cien metros para llegar a la estación del remonte.

En la estación reinaba un silencio absoluto, ahogado todo sonido por la reciente nevada. Incluso en ese momento, pese a que la ventisca había amainado hacía rato, caían en torno a ellos copos pequeños, sumándose a las anteriores capas de nieve

depositadas en el tejado de la cabina. Jake sacó los pies de las fijaciones y abrió la puerta.

Estaba atascada a causa del hielo. Empujó con el hombro y la puerta se abrió de par en par. Dentro el aire seguía caldeado, como si hubieran dejado encendida la calefacción. Junto a la ventana manchada, en una consola sucia, brillaban levemente varios pilotos verdes y rojos, al lado de una serie de interruptores. Alguien había dejado un paquete de tabaco y un encendedor de plástico en la mesa de la consola.

—¿Sabes ponerlo en marcha? —preguntó Zoe.

—Se parece mucho al equipo del telearrastre. Allí había un botón enorme, pero aquí no lo veo.

Jake salió de la cabina y entró en el cobertizo de pino donde las gigantescas poleas y los cables de acero relucían por efecto de la grasa negra. Miró fijamente la hilera inmóvil de sombrías sillas que aguardaban para iniciar su movimiento bajo la tenue luz en su recorrido sin fin. Mientras rodeaba la maquinaria, vio lo que buscaba: una fila de botones y un gran interruptor para el apagado de emergencia. Esperanzado, pulsó los botones, pero fue en vano. Cuando uno de los botones desencadenó el sonido de arranque de un motor y el inmediato tableteo de piezas móviles, se sobresaltó. Aun así, el telesilla no se movió. Con el estridente zumbido del motor en los oídos, buscó la manera de enviar las sillas montaña arriba. Descubrió el freno que las retenía y lo soltó. A continuación vio una palanca que accionaba la enorme polea sobre él. Cuando la polea empezó a girar, las sillas se movieron.

Zoe había salido de la cabina del operario y volvía a ponerse los esquís. Jake quería esperar a que las sillas diesen una vuelta completa, para asegurarse de que no corrían peligro. Ella tenía menos paciencia. Él propuso entonces que subieran a sillas distintas.

—¿Y eso por qué?

—Porque si el remonte se detiene —respondió él con toda calma— y hay entre nosotros una distancia prudencial, al menos uno de los dos podrá bajar y hacer algo para ayudar al otro. Mientras que si nos quedamos los dos atrapados ahí arriba, meciéndonos en el viento, no podremos hacer nada.

—No veo la lógica. O sea, si por casualidad el telesilla se para ya cerca del final y los dos conseguimos bajarnos, estaremos en mejor situación que si uno está a salvo y el otro queda aislado en el aire.

—Eso es absurdo.

—No más absurdo que tu idea. Es pura cuestión de azar. Azar juntos o azar por separado. En cualquier caso estaremos sujetos al azar. Preferiría que afrontáramos juntos ese azar.

Nada menos que allí, en aquel pueblo abandonado, con el motor del telesilla zumbando encima de ellos y las sillas vacías, heladas y cubiertas de nieve subiendo

una por una montaña arriba, no se les ocurría otra cosa que discutir sobre el azar.

—Después de todo lo que nos ha pasado, preferiría que subiéramos en la misma silla —insistió Zoe—. ¡Joder, no entiendo que estemos discutiendo por esto!

Jake suspiró y, lentamente, fue a calzarse los esquís. Permanecieron uno al lado del otro esperando la siguiente silla, con capacidad para seis personas, y tan pronto como les tocó las corvas, se dejaron caer hacia atrás para quedar en posición. Jake agarró la barra de seguridad y la bajó.

Ascendieron en silencio.

Era un recorrido largo, y los dos, para sus adentros, se preguntaban qué harían exactamente si la silla se detenía. En la mayor parte del trayecto se hallaban a quince metros del suelo. El mecanismo del cable emitía un uniforme piñoneo y el viento producía silbidos y espectrales lamentos en torno a las pilonas dispuestas a intervalos regulares. Las sillas que regresaban al otro lado de las pilonas, tras permanecer a la intemperie en la ladera de la montaña sin que nadie las utilizara, estaban tapadas de nieve y colgaban de ellas carámbanos de hielo: lúgubres y siniestros carros de guerra, pensó Zoe, que volvían después de depositar su carga en un lugar de muerte.

Mientras ascendían, de vez en cuando la nieve acumulada en la rama de un pino rebasaba su límite y se producía una repentina caída de nieve debajo de ellos. Aparte de eso, no se percibía allí el menor movimiento.

—Qué silencio —comentó Zoe, aunque solo fuera para sobrellevar el funesto murmullo del viento en las pilonas.

Cuando se aproximaban a la penúltima piona, la silla se sacudió y se ladeó para iniciar el descenso. Jake levantó la barra de seguridad. Adelantaron el trasero en el asiento y prepararon los esquís para apearse al llegar a la terminal del remonte. Al bajarse, cayeron en nieve profunda y quedaron clavados en ella. Normalmente el lugar de apeo estaba bien apisonado y mantenido por los operarios del telesilla.

—En la pista habrá nieve muy profunda —comentó Jake.

—Nos lo tomaremos con calma. ¿Vas a parar el telesilla?

—Lo dejaré en marcha.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Vas a contradecirme cada vez que hable? —protestó Jake, pero al menos ahora sonreía—. ¿Por qué he de aguantar una vida entera oyendo por qué, por qué, por qué?

—Es solo que me parece... un derroche de energía. Deberíamos pararlo.

—Quiero que siga en marcha. Quiero que la gente sepa que estamos aquí, ¿vale? Deja ya de creerte la reina del mambo, ¿quieres?

—Eres tú el que va de rey del mambo.

—¡Ahí tienes! Ese es un comentario típico de reina del mambo. ¿Lo ves?

—¿Podemos consultar el mapa, por favor? —dijo Zoe. Jake se acercó a ella, que

examinaba ya su plano. Sin alzar la vista, añadió—: No es muy complicado. Bajamos hasta media pista, luego atajamos por este sendero del bosque. Al cabo de un rato deberíamos toparnos con una carretera muy tortuosa, probablemente una vía de arrastre para el transporte de madera, que atraviesa el bosque, y si la seguimos, nos llevará hasta el próximo pueblo. No tendremos que preocuparnos por el tráfico.

Jake se ajustó las dragoneras de los bastones en las muñecas.

—Espera, Jake —dijo Zoe—. Quedémonos un momento a contemplar el paisaje. La gente pagaría lo que fuera por estar aquí, con toda esta nieve virgen y sin nadie alrededor. En realidad, no tiene precio. Nadie podría pagarlo. Fíjate: es una maravilla.

Jake soltó un resoplido. En fin, cómo eran las cosas: allí estaban, intentando salir con vida de aquel lugar, y sin embargo ella tenía razón. No se veía una sola marca en la nieve ligera y en polvo. Los colmados nubarrones pendían amenazadores sobre ellos, pero en el cielo, aquí y allá, asomaban manchurroneos azules. Una fuerza transformadora había echado su aliento sobre la tierra y la había convertido en una tarta nupcial perfecta, y ahora ellos dos se hallaban encaramados en lo alto, como novios de mazapán.

—Bésame —dijo Zoe.

Jake tenía los labios fríos, pero ella deseó deshélárselos con su beso. No quería apartarse, pero al final fue Jake quien se retiró. Ella lo miró con un parpadeo. Por un momento le pareció advertir algo extraño reflejado en el cristal negro de sus pupilas.

—¿Qué pasa?

—Nada. Vamos. Es una pista negra, pero no parece muy escarpada —comentó Zoe—. Eso sí, asegúrate de no saltarte el desvío.

—Sospecho que una vez más tendré que ir detrás de ti, condenada reina del mambo.

Se lanzaron pendiente abajo. En la pista sin preparar, la nieve estaba espesa y crujía, pero no representaba el menor desafío a las aptitudes de ambos. Se deslizaban un poco más despacio, pero la nieve se apartaba de las hojas de los esquís con un susurro suave y sensual. En la pendiente desierta, era posible trazar curvas amplias y veloces, dejando surcos paralelos perfectos a sus espaldas. En cuestión de un par de minutos cubrieron la mitad del descenso. Zoe se detuvo a un lado de la pista.

Jake se deslizó hasta ella y paró.

—¿Te ha gustado? —preguntó Zoe.

—Mucho.

—Este ha sido el tramo fácil. Ahora tenemos que bajar por ahí.

Un claro entre los árboles a un lado de la pista conducía a una pendiente densamente poblada de árboles y mucho más escarpada. Asomaban entre la nieve afloramientos de angulosas rocas de piedra caliza. Aunque los dos eran esquiadores consumados, siempre habían esquiado en recorridos cortos, aparte de algún descenso

fuera de pista por laderas despejadas. Aquello iba a ser una experiencia nueva para ellos.

Advirtiendo la inquietud de Jake, Zoe dijo:

—Solo esquiamos donde podamos, bajaremos de lado cuando no podamos, y allí donde no nos quede más remedio, daremos algún rodeo o nos quitaremos los esquís y seguiremos a pie. ¿Listo?

No esperó la respuesta. Dirigió los esquís hacia los árboles y se deslizó hasta la abertura del oscuro bosque.

Al cabo de diez minutos estaban en apuros. El terreno era abrupto y desigual. Serrados dientes de ámbar traspasaban la nieve a intervalos irregulares; los pinos ocultaban sus hostiles raíces bajo la engañosa lisura de la alfombra blanca y extendían gruesas ramas a la altura del hombro. Encontrar un camino entre los troncos no era tarea fácil. Complicó aún más el descenso la presencia de torrenteras, canales semihelados por los que descendía agua de deshielo montaña abajo. Algunas quedaban escondidas bajo puentes de nieve; otras estaban a la vista y su anchura no permitía atravesarlas. Perdieron mucho tiempo buscando la forma de salvarlas y en algún caso, cuando era absolutamente imposible avanzar en línea recta, se vieron obligados a retroceder cuesta arriba.

Zoe fue la primera en caerse, y se golpeó un brazo contra una roca. Jake también acabó tendido de espaldas dos veces, al enredársele los esquís en raíces negras o trampas ocultas bajo la nieve. Se le salió un esquí y tardaron mucho en encontrarlo y desenterrarlo. Siguieron adelante ayudándose mutuamente cuando era posible. Probaron a quitarse los esquís y acarrearlos al hombro; pero con las pesadas botas moldeadas a veces se hundían en la nieve a la altura del muslo, así que desecharon la idea.

Cuando se presentaba la oportunidad de avanzar esquiando, era en trechos de no más de quince o veinte metros. Necesitaron dos horas para recorrer una distancia equivalente a la que habían cubierto en la pista en dos o tres minutos.

Hicieron un alto, despejaron un hueco en la nieve y descansaron. Pese a que los dos sabían que la luz declinaba. En modo alguno podían permitir que la noche los sorprendiera en el bosque con los esquís.

—No esperaba que fuera tan difícil —comentó Zoe.

—¿Cuánto crees que falta?

—Siempre y cuando sigamos bajando en diagonal, debemos llegar a aquella carretera a través del bosque. No puede estar a más de una hora. O dos al paso que vamos.

—¿Una hora o dos hasta el siguiente pueblo? ¿O una hora o dos hasta la carretera?

—Lo uno o lo otro.

Permanecieron sentados en el profundo silencio de la nieve y el bosque. Zoe deseó que Jake dijera algo.

—Siento mucho haberte traído por aquí —se disculpó—. Puedes echarme un rapapolvo si quieres.

—La idea era buena.

—No, no lo era.

—Al menos era una idea valiente.

Zoe deseó que él hiciera algún comentario jocoso. Cuando no se lanzaban pullas en broma, la cosa pintaba mal. Zoe contempló el cielo gris a través de los árboles. Albergó la esperanza de que la luz decreciente durara aún el tiempo que necesitaban.

—¿Listo para seguir?

—Listo.

De hecho, llegaron a la carretera solo media hora después de reanudar la marcha. No era más que una vía de arrastre que discurría tortuosamente entre los árboles, pero la pendiente era pronunciada y Zoe experimentó una sensación de euforia al comprobar que su interpretación del mapa había sido correcta. Había sido un descenso difícil, pero lo habían conseguido.

Fue un gran alivio volver a esquiar sin obstáculos. La carretera presentaba una profunda capa de nieve y era un poco estrecha, pero no implicaba mayor desafío para su pericia como esquiadores. La luz menguaba ya rápidamente. A veces encontraban hondonadas en el camino, y si no conseguían generar impulso suficiente para llegar al lado opuesto, tenían que subir la cuesta avanzando con pasos laterales; pero ese esfuerzo se veía recompensado invariablemente con un descenso rápido en la penumbra una vez superada la elevación.

Finalmente los abetos y píceas se espaciaron y les permitieron ver el parpadeo de luces en el pequeño pueblo más abajo. Conforme se acercaban, vieron hoteles y casas iluminados, y coches aparcados en los arcones de la carretera de acceso al pueblo.

Se abrazaron y rieron, y admitieron que poco antes, arriba en el bosque, los dos tenían demasiado miedo para reconocer que se veían desbordados por la situación. Pero ahora podían deslizarse por la carretera, aunque un poco más despacio por miedo a encontrar tráfico.

Pero no había tráfico. Y cuando entraron en el pueblo, tampoco se veía un alma. Estaba tan vacío como el pueblo del que procedían.

Jake fue el primero en hablar.

—Esto no va a gustarte.

—¿Qué?

—Creo que también han evacuado este pueblo.

Zoe lanzó un gemido.

Habían llegado a un tramo llano y tuvieron que quitarse los esquís y llevarlos al

hombro. Continuaron hasta el centro del pueblo vacío, escrutando las casas en busca de la menor señal de actividad, como soldados en una conflagración, pero cargados con esquís en lugar de armas.

A Zoe se le ensombreció el rostro.

—Esto no puede ser. Sencillamente no puede ser.

—¿Qué?

—Para. Para. Mira ese hotel. Y mira la iglesia en lo alto de la cuesta.

—¿Qué pasa?

—Ese campanario. Es el mismo. El mismo que el de nuestro pueblo.

—Se parece.

—No es que se parezca, Jake. No es solo que se parezca. Es el mismo. Como también lo es ese hotel. Hemos vuelto a Saint-Bernard. ¡No hemos ido a ninguna parte!

Jake esbozó una media sonrisa, una mueca atormentada de incredulidad. Mirando cuesta arriba, observó la iglesia con los ojos entornados. Luego se volvió y examinó la carretera por la que habían llegado. Torció el cuello hacia todos los puntos cardinales. Por último, lanzó los esquís y los bastones al suelo ruidosamente y echó a correr, lastrado por las pesadas botas de esquí, en dirección a la iglesia.

Zoe tenía razón. Eran la misma iglesia, el mismo hotel, las mismas casas y calles. El mismo supermercado, con la comisaría al lado.

Habían recorrido un círculo y llegado al punto de partida.

Jake se arrancó el gorro de lana y se pasó los dedos entre los mechones de pelo empapados en sudor. Luego se acercó a Zoe. Esta, en cuclillas, con los puños enguantados bajo la nariz, lo observaba.

—¿Cómo es posible? —preguntó él.

—No es posible.

—Debemos habernos equivocado en algún desvío. —No podía evitar cierto tono acusador en su voz. Al fin y al cabo, ella había asumido el papel de guía.

—Sencillamente no es posible.

—Claro que es posible, joder. Acabamos de demostrar que es posible. Estamos aquí, joder. *Quod erat demonstrandum*.

—No. Te equivocas. Hemos subido por esa montaña y por esa ladera.

—¡Tiene que haber un paso! —exclamó Jake—. ¡Tiene que haber un paso en la montaña que gira y vuelve hacia aquí! Sin darnos cuenta, hemos seguido ese paso.

—¡Lo siento, Jake! ¡Lo siento de verdad!

Daba la impresión de que él quería enfurecerse con ella pero no era capaz. Al fin y al cabo, él le había pedido que encabezara la marcha. No tenía el menor sentido de la orientación, y se había dejado guiar por ella.

—¡Mieeeeeeeeeerda! ¡Esto parece una broma! ¡Tengo la sensación de que alguien

se está riendo de nosotros!

—¡Jake!

La carretera los había conducido al otro extremo del pueblo, el mismo lugar donde habían acabado al intentar irse a pie. Tuvieron que volver a pasar ante la iglesia. Jake sacó la brújula del bolsillo y, en su frustración, la arrojó contra el campanario plateado.

—No hagas eso.

—¿Adónde vas?

Zoe se acercó a la puerta de la iglesia y la abrió. Como correspondía a un templo católico, era una cueva de sombras y ecos e imágenes de sufrimiento, aligerada por entrantes donde ardían numerosas velas. Jake entró en la iglesia detrás de ella. Sus pasos resonaron en las baldosas de piedra. Dentro el aire era frío. Se les condensaba el aliento.

—Casi da la impresión de que algo nos retiene en este pueblo —dijo Zoe, mirando alrededor y también al techo—. De que algo no quiere dejarnos marchar.

—Esa misma sensación tengo yo. Ya la he tenido antes hoy. Pero no quería decírtelo. —Jake contempló el techo abovedado de la iglesia, y sus paredes y puertas, como si buscara algo que pudiera indicarles el camino de salida, o darles una pista, pero no había nada. Fijó la mirada por un momento en las estables llamas de las velas.

—Vámonos.

Jake parecía agotado, así que Zoe lo condujo de regreso al hotel y le preparó de inmediato un baño caliente. Localizó el cuarto del material y se pertrechó de espuma de baño y toallas limpias. Pensaba que Jake estaba extenuado a causa de la angustia. Sabía que él, movido por un profundo sentido masculino de la obligación, tenía la necesidad de sacarlos de ese atolladero y le pesaba no conseguirlo, aun siendo ella una mujer a quien eso no le hacía falta, aun siendo alguien que asumía la responsabilidad en igual medida que él. Era una debilidad de Jake, algo heredado de su padre, cierto afán de control. Cierta instinto protector, que ella podía perdonarle fácilmente. Pero ahora la naturaleza no parecía atenerse a las reglas, y eso estaba acabando con él.

Después del baño, lo ayudó a secarse y lo obligó a meterse en la cama. En cuestión de minutos lo había vencido el sueño.

Zoe se quedó allí sentada, mirándolo mientras dormía. Era imposible dejar de querer a Jake. Rebosaba pasión y espíritu de lucha y bondad, y sin embargo era muy vulnerable cuando estaba cansado. Llevaban más de diez años juntos, y durante todo ese tiempo había mantenido encendida una vela inextinguible por él. Se dijo que ese era un pensamiento manido y que a la vez no lo era. Se lo había inspirado el vivo resplandor de las velas en la iglesia de Saint-Bernard.

Algo en la iglesia, y concretamente en las velas, la inquietaba sobremanera.

Se preguntaba quién habría encendido esas velas.

Aunque no sabía nada al respecto, supuso que las velas —ya fueran velas de iglesia de buena calidad, o cualquier clase de vela— no ardían días y días. Dedujo, pues, que alguien las encendía: que era tarea de algún acólito de la iglesia.

Se quedó de pie junto a Jake, oyéndolo respirar, asegurándose de que dormía profundamente. Al cabo de un momento abandonó la habitación y cerró la puerta con un leve chasquido. Bajó en ascensor al vestíbulo y entró en el comedor.

Fue derecha a la mesa en la que habían cenado y bebido champán la noche anterior. Los platos y los restos de la comida seguían exactamente tal como los habían dejado cuando ella arrastró a Jake ávidamente a la cama. Y en el centro de la mesa ardía una vela, la vela que había encendido ella misma.

Aún ardía.

Recordaba claramente el momento en que había encendido la vela. Era una vela nueva, de mecha blanca y limpia. Eso significaba que había ardido toda la noche y también todo el día, mientras ellos estaban fuera. Pero no se había consumido. Ni un centímetro. Ni medio centímetro. La llama no había provocado el menor goteo de cera. Daba la impresión de que acabaran de encenderla.

Sopló la vela y la llama se apagó, despidiendo olor a cera y una voluta de humo gris que se elevó en el aire. La encendió de nuevo, y ardió con llama viva.

A continuación entró en la cocina. Los cazos y sartenes sin lavar, utilizados por Jake en sus aventuras culinarias de la noche anterior, habían quedado desperdigados sin ningún orden. Pero al otro lado de la cocina, sobre una encimera limpia, seguían la carne y las verduras troceadas, intactas, tal como las habían encontrado cuando entraron allí la primera tarde después del alud.

Lo inspeccionó todo detenidamente. La carne rosada, con delicadas vetas de grasa blanca, relucía como recién cortada. También las verduras presentaban una tonalidad fresca y lozana. Ni en la carne ni en la verdura se advertía el menor indicio de descomposición.

Tuvo que esforzarse, una vez más, para calcular el tiempo transcurrido desde que los sorprendió el alud. Curiosamente, tenía la sensación de llevar semanas en aquel lugar, pero solo hacía tres días que estaba allí. Así y todo, eso implicaba que la carne y las verduras habían pasado entre cincuenta y sesenta horas en la encimera de aquella cocina caldeada. Cogió una tira de carne y la olfateó. Olía a carne de lo más fresca. Mordisqueó una rodaja de zanahoria crujiente. Se acercó un trozo de apio a la nariz. Olía de maravilla, a huerto. No estaba en absoluto marchito. Partió el apio por la mitad: se rompió limpiamente, con un chasquido.

Velas que no se consumían. Carne que no se descomponía. Verduras que no se mustiaban. Fijó la mirada en la carne de la encimera durante largo rato.

Una mano le tocó el hombro desde atrás. Lanzó un grito.

Era Jake. Iba en albornoz.

—¡No hagas eso!

—Yo he pensado lo mismo —dijo él—. Las velas. La comida. Me fijé en todo eso anoche. Prefería no decírtelo.

—Pero ¿qué significa?

Jake se volvió y buscó entre diversos utensilios de cocina. Encontró un cuchillo muy afilado. Lo blandió en dirección a ella y luego se remangó.

—¿Qué haces, Jake?

Con la mirada en Zoe, se abrió un tajo de un par de centímetros en la cara interna del antebrazo. La carne se separó y él reaccionó con una mueca de dolor. Pero no brotó sangre. Ni una gota.

—¡Jake! ¡Basta ya!

Él se realizó otro corte más pequeño en la yema del dedo anular de la mano izquierda. Hizo otra mueca al hincarse el cuchillo, pero tampoco brotó ni una pizca de sangre, nada. Dejó el cuchillo y se bajó la manga.

—Anoche, mientras cocinaba y hacía el tonto, me corté. Fue un corte profundo. Pero no sangré. Decidí no decírtelo. Dios mío. Te quiero, Zoe.

Se le habían empañado los ojos.

Ella lo miró con un parpadeo.

—Yo también te quiero, Jake. Explícame qué está pasando aquí, por favor.

—¿No sabes qué significa esto?

—¡No! ¡Dímelo, por favor! ¡Y, por favor, deja de hacerte daño, amor mío!

—Significa que estamos muertos —respondió Jake.

Paró de nevar. Los hinchados nubarrones siguieron su curso y asomó el sol en la bóveda celeste, azul como el hielo. Sus rayos reverberaban en la nieve, obligándolos a llevar las gafas de sol en todo momento. Unas buenas gafas de sol, de las caras, y les bastaba con entrar en una tienda y coger las mejores gafas de diseño al alcance de su mano.

Naturalmente Zoe no aceptó de inmediato que hubieran muerto en el alud. No era fácil digerir algo así.

Porque ¿quién podía admitir una cosa semejante? Pero fue como si al enunciar Jake el hecho, y aceptar así la lógica de la situación y proclamarla abiertamente, la meteorología hubiera cambiado en consonancia. No había ya necesidad —o eso parecía— de que el mundo permaneciera envuelto en una bruma espectral de nieve; a partir de ese momento, el mejor de todos los mundos posibles podía quedar a la vista.

Zoe, por supuesto, rechazó la idea. Insistió en volver a marcharse del pueblo, esta vez por carreteras con buena visibilidad. Jake no se resistió, salvo por el comentario de que en realidad daba igual. Tenía razón: incluso con el día despejado, sin la menor confusión en cuanto al rumbo que seguían, las carreteras los devolvieron inexplicablemente a Saint-Bernard-en-Haut. Se apropiaron otra vez del coche patrulla y consiguieron arrancarlo; pero fuera cual fuese la ruta elegida, era como si una mano gigante y delicada curvase la carretera y los guiase de regreso al punto de partida.

—¿Cómo es posible? —se lamentó ella—. ¿Cómo es posible que suceda esto?

Jake se limitó a parpadear con sus ojos de color azul claro.

—Ya te lo he explicado. No hay nada más que decir.

Cuatro días así. Era imposible; no podía ser; no tenía sentido; desafiaba las leyes naturales. Pero así era. Y en todo ese tiempo las velas encendidas no se consumieron, la carne y las verduras en la encimera no presentaron indicios de descomposición, la sangre no manó.

Mientras el cerebro de Zoe se resistía y razonaba, pugnaba y ponía a prueba esa lógica enigmática e innegable, su corazón no lo aceptó en ningún momento.

—No puedo estar muerta. Siento dolor. Siento placer.

—Lo sé. Lo sé.

—Sé que te quiero. Eso no puede ser la muerte, ¿no?

—Yo no digo que lo entienda.

—Estar aquí no es estar en el infierno. Tampoco es el cielo, porque a todas horas vivo con el temor de que el alud se nos eche encima.

—El alud ya se nos vino encima, cariño. Eso es lo que te niegas a aceptar. Morimos en el alud.

—No, me refiero al siguiente, el grande. Ahí arriba hay un gran alud esperando.

Lo presiento. Percibo la tensión en el aire. Quizá con este sol la nieve se funda y nos aplaste. ¿Crees que es así para todo el mundo?

Estaban sentados en la escalinata alfombrada de nieve de la iglesia, estupefactos, exhaustos y perplejos por los reducidos límites de su nueva existencia.

Jake se quitó las gafas de sol y se restregó los ojos aún enrojecidos con los pulgares. Zoe siguió haciéndole preguntas, como si él supiese las respuestas, como si tuviese la menor idea de algo. Si eso era una forma de vida después de la muerte, ¿duraría eternamente? ¿Se extinguiría? ¿Llegarían allí otras personas? ¿Podían morir dentro de esa muerte? ¿Por qué se medía el tiempo por el movimiento del sol y la luna pero no por la cera derretida de una vela? Zoe tenía un centenar de preguntas como esas, y Jake decía: «Yo solo sé que hay sol y cielo y nieve, y aquí estamos tú y yo, solo sé eso». Y ella arremetía contra él, hasta que no le quedaba más remedio que intentar responder a sus preguntas, pese a que ahora reconocía haberse pasado la vida fingiendo saber lo incognoscible, fingiendo ser capaz de mirar fijamente al hombre de la capucha hasta obligarlo a apartar la vista.

—¿Qué hombre de la capucha?

—El que nos observa a todos.

—¿Te refieres a la Muerte? ¿A eso te refieres?

Si Jake estaba en lo cierto, pensó Zoe, y habían muerto en el alud, todas las grandes religiones del mundo se equivocaban, eso era obvio. El templo sagrado que tenían a sus espaldas era un frío cascarón, poblado por titilantes puntos de esperanza, y nada más. Solo quedaba una pregunta: ¿qué debían hacer? ¿Qué iban a hacer?

—Dime una cosa —preguntó él—. ¿En algún momento has sentido frío de verdad? Desde que esto empezó, quiero decir. Desde el día del alud.

—No lo sé.

—Te lo creas o no, solo han pasado tres días, no... cuatro.

—¿Ah, sí? Parece... mucho más. Mucho más.

—Semanas, sí. Pero no. Y la pregunta es: ¿has sentido frío? Fíjate, llevamos una hora aquí sentados. Y yo no tengo nada de frío.

—Desnúdate —propuso ella—. Ya verás como enseguida notarás el frío.

Jake eso hizo. Se quitó la chaqueta de esquí y el jersey. Luego las botas y el pantalón, y por último se despojó de la ropa interior térmica y los gruesos calcetines. Sin ropa, acomodó el trasero desnudo en el peldaño cubierto de nieve.

Zoe esperó, con los ojos fijos en los de Jake. Él le sostuvo la mirada.

«No diré nada —pensó ella—. Si quiere jugar...»

Pero pasaron los minutos. Quizá diez, quizá quince. No, quizá dos minutos.

—Reconócelo —dijo ella por fin—. Estás pelándote de frío.

Jake negó con la cabeza.

Zoe se puso en pie, se quitó la chaqueta y se desabrochó el cinturón. Se desvistió

por completo y se sentó junto a él, también con el trasero desnudo en la nieve helada. Lo cogió del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Sabes qué te digo? Aunque no necesitemos ropa, no pienso ir desnuda de aquí para allá.

—Yo tampoco.

—Tal vez lo haría si esto fuese una isla tropical.

—Pero no lo es.

—¿Crees que el lugar donde uno muere es siempre el lugar adonde va después? Es decir, el que murió en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, ¿se ha quedado allí para toda la eternidad?

—¿Quién dice que vamos a quedarnos aquí para toda la eternidad? —preguntó él—. Ahora debería tener el culo azul. No siento el frío en absoluto. ¿Tú te acuerdas de cómo era?

Zoe se esforzó en recordar.

—Recuérdamelo tú.

—Era como pillarse un dedo con un martillo —contestó Jake—. Era como una quemadura. Era como una boca sorbiéndote, aguijoneándote mientras te sorbía. Era como un cuchillo afilándose en ti, sacándose filo para cortarte.

Zoe hizo una mueca.

—¡Dios mío, estoy helada! ¡Mira, estoy temblando! —Se levantó de un salto y empezó a vestirse. Le castañeteaban los dientes—. No sé si acabo de recordarlo o si lo he sentido, pero voy a vestirme. ¿Tú no tienes frío?

Jake se encogió de hombros.

—Me vestiré. ¿Volvemos al hotel?

Aterida de frío, Zoe esperó a que Jake acabara de ponerse la ropa. Con la montaña bañada por la luz invernal, y precedidos por sus sombras proyectadas sobre la nieve blanca, regresaron. Al pasar por delante de unas tiendas, Zoe se separó de él.

—Ya te alcanzaré. Quiero coger unas cuantas cosas.

—Te acompaño.

—No te preocupes, ya te alcanzaré.

—Te espero.

—Jake, ¿tienes miedo de que nos perdamos y no volvamos a encontrarnos? Solo quiero coger unas cuantas cosas.

—¿Qué?

—Un poco de colirio en la farmacia, y tal. ¡Será solo un par de minutos!

Jake movió la cabeza y siguió adelante.

Zoe abrió la puerta de la farmacia. Las luces estaban encendidas, como siempre. Sabía dónde encontrar los colirios, porque ya había cogido uno el primer día. Pero no era eso lo que había entrado a buscar. Había algo más.

—No estoy muerta —dijo mientras se movía entre los pasillos de la farmacia—. No estoy muerta.

—¿Qué quieres cenar esta noche? —preguntó Jake cuando Zoe entró en la habitación del hotel—. ¿Qué cenan los muertos?

—Deja eso.

—Pues algo tenemos que cenar.

—¿Tú crees? ¿De verdad tienes hambre? ¿Has tenido hambre realmente en los últimos días? ¿O solo comemos por costumbre?

Jake abrió la boca como para decir algo pero volvió a cerrarla. Tenía que pensárselo. Ella lo apartó de un empujón para entrar en el baño y cerró la puerta.

Abrió la pequeña caja de cartón y sacó la tira de plástico del envoltorio de papel de aluminio. Se bajó el pantalón y las bragas y, sujetando la tira bajo el trasero, intentó orinar sobre el material absorbente de medio centímetro de ancho por tres centímetros de largo sin mojarse la mano. Al principio fue incapaz de echar una sola gota. Por un momento pensó que se le había olvidado cómo hacerlo. Luego, en cambio, tuvo la impresión de que no iba a parar nunca. En todo caso, mojó la tira durante más de los cinco segundos necesarios. Volvió a cubrirla, se sentó en la taza del inodoro y esperó.

Al cabo de un minuto Jake llamó a la puerta.

—¿Es que no puedo usar el váter en paz, Jake? —dijo Zoe. Lo oyó mascullar—. Por el amor de Dios, en el pasillo hay muchas habitaciones, cada una con su propio váter. Ve a buscarte uno para ti.

Lo oyó mascullar otra vez y a continuación le llegó el ruido de la puerta de la habitación al abrirse y cerrarse.

Cuando Zoe examinó la tira, habían aparecido dos nítidas rayas azules. Aún estaba embarazada, no cabía duda.

Jake no sabía nada de eso. Era la pregunta del millón que ella quería hacerle desde hacía días y para la que esperaba el momento oportuno. El momento en que se alineasen los astros.

Durante todo el tiempo que llevaban juntos ninguno de los dos había mostrado mucho interés en tener hijos. Un día los sentimientos de ella empezaron a cambiar. La cuestión era que deseaba que los sentimientos de Jake cambiaran junto con los suyos, que coincidieran, que engranaran; y sospechaba que eso era improbable. Habían hablado del asunto un par de veces, y todo había quedado en nada. No flotaba en el aire un no, pero tampoco un sí.

Con envidia, recelo u horror, habían presenciado el salto a la paternidad de sus amigos. Habían visto vidas cambiadas, para bien y para mal. En algunos casos ser padre o madre había representado una emocionante y vertiginosa elevación de la vida a un estado superior; en otros había sido una caótica inmersión en el desastre y el

divorcio. Para algunos, la paternidad era la manera de canalizar una energía y un júbilo exultantes; otros, por el contrario, se convertían en zánganos agotados, deprimidos y desbordados por la experiencia. No parecía existir una única pauta para el cariz que aquello adquiriría en la vida de cada cual.

Sin embargo, cuando Zoe quedó embarazada poco antes de aquellas vacaciones en la nieve, supo que deseaba tener el niño. Pero no era la clase de mujer capaz de arrastrar a un hombre a la paternidad entre gritos y pataleos. Su plan era esperar el momento mágico para sondearlo, quizá en lo alto de una montaña o durante un paseo por la nieve perfecta del final del día, durante el crepúsculo; y si los augurios eran propicios, daría a conocer la sensacional noticia.

Pero entonces sobrevino el alud.

Y ahora, pese a que cada tendón y cada nervio de su cuerpo se resistía a aceptarlo, estaba muerta.

Embarazada y muerta.

La nueva pregunta, naturalmente, atañía al carácter de su embarazo. ¿Era la clase de embarazo que seguía un proceso de gestación y cambio conforme el sol se desplazaba por el cielo? ¿O era un embarazo que permanecía estancado, un embrión paralizado, suspendido dentro de ella, como la llama de una vela que no consumía la cera? Si se trataba de lo primero, ¿se lo diría a Jake? ¿Y se lo diría si se trataba de lo segundo? Quizá si estaban allí atrapados para toda la eternidad, seguiría eternamente embarazada, sin llegar nunca al parto.

Oyó abrirse y cerrarse la puerta cuando Jake volvió a la habitación. Se subió el pantalón, tiró de la cadena y ocultó cuidadosamente la tira de la prueba en el fondo de la papelería del baño. Cuando salió, Jake, apoyado en la pared con los brazos cruzados, la miraba con una expresión extraña.

—¿Cuándo has hecho de vientre por última vez?

—¿Cómo dices?

—¿Cuándo? Porque yo desde el alud no he hecho de vientre hasta ahora. Y solo he sentido la necesidad cuando tú has mencionado lo del apetito. Lo he pensado y me ha entrado el apetito. Eso me ha recordado que no había hecho de vientre. Y recordar que no había hecho de vientre me ha despertado de pronto la necesidad de hacer de vientre.

—Jake, ¿tú qué crees, que estamos atrapados aquí o que esto es una liberación?

—Si piensas en ello con la debida convicción, también a ti te entrarán ganas de hacer de vientre.

—¿Puedes dejar de hablar de eso?

—Solo te informo.

—Es una pregunta importante: si estamos atrapados aquí, o si estamos aquí porque nos han liberado. Nuestra actitud aquí dependerá de eso, ¿no crees?

—Esto parece un diálogo de sordos. Hablamos a distintos niveles.

—Es posible.

—Hacer de vientre es un asunto muy importante.

—Bueno, tú ganas. Supongo que no he hecho de vientre desde el alud. Será por el trauma. Ya me entiendes. Una reacción. Ahora que estoy pensando en ello, me han entrado ganas.

—A eso me refiero —dijo él.

Ella se volvió, entró de nuevo en el cuarto de baño y cerró la puerta.

—Siempre es bueno cagar a gusto —añadió Jake levantando la voz desde el otro lado de la puerta cerrada.

—¡Calla!

Jake se alejó de la puerta.

—Siempre es bueno cagar a gusto —repitió en voz baja.

Por la noche la despertó un brillante disco blanco suspendido en el aire a corta distancia de su cara. Una voz susurró claramente su nombre.

—¡Zoe! ¡Zoe! ¡Acércate a la luz! Ven a la luz.

Zoe se incorporó en la cama y miró la fuente de luz con los ojos entornados por entre los dedos abiertos.

—¿Sabes qué te digo? —repuso—. Incluso muerto puedes ser un gran capullo.

Jake apagó la lámpara que sostenía a pocos centímetros de la cara de Zoe y volvió a dejarla en la mesilla de noche.

—No podía dormir. No paro de pensar en nuestra situación.

Una rendija de luz se filtraba entre las cortinas. Zoe se levantó y las descorrió. Un espectacular claro de luna inundó la habitación. Se reflejaba en la nieve con un intenso resplandor. Proporcionaba una visibilidad perfecta.

—Sirve un coñac para los dos. Hablemos.

Jake vertió el líquido ambarino en un par de vasos anchos y entregó uno a Zoe. Bebió un trago y olisqueó el licor.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo Zoe—. Es algo que ya te pregunté ayer, pero quiero que te lo pienses bien antes de contestar.

—Adelante. —Jake tomó otro sorbo—. ¿Sabes qué? Este coñac no sabe a coñac.

—Te pregunté si creías que estábamos aquí atrapados o si esto es una liberación.

—Eso es según se mire.

—Exacto. No hay una única respuesta correcta, ¿verdad que no? Depende de cómo queramos verlo. Si preferimos pensar que estamos atrapados, nuestra situación es trágica. Si preferimos pensar que es una liberación, es todo lo contrario.

—¿Cómica?

—Lo cómico no es lo contrario de lo trágico.

—No.

—O sea, lo que quiero decir es que si optáramos por verlo desde un punto de vista positivo, casi podríamos disfrutar de momentos mágicos aquí. Tú y yo. Juntos y solos. Tenemos calor, cobijo, comida, el mejor vino, pistas maravillosas donde esquiar juntos. Es el paraíso si decidimos aceptarlo. Si decidimos llamarlo así.

—Supongo.

—¿Supones?

—Bueno, sí. Puede que tengas razón.

Zoe percibió el lado sombrío de sus palabras.

—Pero. Hay un pero, ¿eh que sí? Siempre hay un pero.

—No, tienes razón —convino Jake—. Podemos ser libres, los dos juntos, quedándonos aquí, jugando en la nieve como niños, con todas nuestras necesidades cubiertas.

—Pero. Dime el pero.

—De acuerdo. Es este. Aunque aquí no hay descomposición, aunque la carne permanece fresca y las velas no se consumen, el tiempo sí pasa a otro nivel. El sol se pone y sale. Dormimos, orinamos, hacemos de vientre. Hay energía, para mantener las luces encendidas, para impulsar el telesilla. Y el consumo de energía es un suceso. Y un suceso debe producirse en el transcurso del tiempo.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Lo he estado pensando. En todas nuestras visiones tradicionales de la muerte, siempre viene alguien a recogernos. Ya sabes, el tío Derek con su bata de cirujano te dice que vayas hacia la luz. El diablo te echa en una caldera. Caronte se te lleva en barca por la laguna Estigia. No puedo evitar la sensación de que alguien o algo... va a venir.

—¿Va a venir?

—Sí... va a venir. A recogernos.

Zoe se estremeció.

—Preferiría que no hubieras dicho eso.

Jake se acercó a la ventana y contempló la resplandeciente nieve iluminada por la luna.

—Yo también. También preferiría no haberlo dicho. Pero... ese es mi pero respecto a esto. Lo presiento. Presiento que algo va a venir.

—¡Tú no crees en nada de eso! ¡Caronte, el diablo, el tío Derek! Quizá esto sea la otra vida de un ateo. Tú eres ateo hasta la médula, como yo.

—Lo soy. Y no estoy renegando. Solo presiento que algo o alguien viene hacia aquí. —Apuró su vaso—. ¿A ti a qué te sabe este coñac?

Salieron a esquiar. Zoe dijo que ella había ido allí a esquiar y eso pensaba hacer, así que salieron. Propuso seguir la misma ruta por la que habían tratado de marcharse del pueblo después del alud. Jake sabía que ella pretendería atajar de nuevo por el

bosque, para encontrar una salida, pero calló. Parecía resignado a dejarla intentarlo, como si ya supiera el resultado. Daba igual si lo intentaban o no.

El telesilla que ascendía por el lado sur del valle seguía en movimiento, tal como lo habían dejado. El motor emitía un leve zumbido y la maquinaria traqueteaba mientras las sillas vacías giraban con una sacudida al pie del remonte y reiniciaban el inútil ascenso; en el lado opuesto, las sillas regresaban en orden, con cierto aspecto de haber pasado a través del fuego, o a través de una guerra, o de haber sobrevivido a una experiencia amarga ante la que, a pesar de todo, permanecían estoicas e imperturbables. Aunque no eran más que sillas vacías, la repetición de esa trillada existencia a lo largo de los cables generaba una horrible sensación de sinsentido. Como si hubiesen tenido la oportunidad de aprender algo pero hubiesen fracasado.

Ocuparon juntos una silla. Jake rodeó a Zoe con el brazo. Ella se acurrucó contra él mientras se elevaban por encima de los árboles. Lo vio escudriñar la naturaleza blanca bajo ellos.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Huellas.

—¿Huellas de qué?

—De cualquier cosa viva. Un zorro. Una liebre. Una gamuza. Una marta. Cualquier cosa. Aunque solo sean huellas de pájaro. —Se inclinó hacia el otro lado de la silla, escrutando la nieve inmaculada entre los árboles—. No he visto un solo ser vivo desde el día del alud.

—Yo sí.

—Ya.

—Dos cuervos.

—¿Ah, sí?

—No he vuelto a verlos.

Zoe quedó en silencio, pensando en los cuervos. Solo se oía el zumbido del cable, y de pronto un tableteo al pasar la silla por encima de una piona, seguido de un chacoloteo del propio cable semejante al batir de unas enormes alas de cuero. Luego volvió el silencio, apagándose todos los sonidos excepto el lamento del viento en los cables tensados.

—¿Eso qué significa? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Los cuervos.

—No lo sé. No sé si significa algo. Solo eran dos cuervos. ¿Es que todo ha de tener un significado?

A eso no hubo respuesta, salvo el tableteo de la silla. En lo alto del remonte se aparearon con facilidad. Jake se caló mejor el gorro y se ajustó las dragoneras a las muñecas.

—Es hermoso, francamente hermoso. Jake, ¿podemos...?

—Sí.

—¿Sí a qué? No sabes qué voy a preguntar.

—Hacia la mitad de la pista. Podemos desviarnos y entrar en el bosque. Intentarlo otra vez. Sí.

—El otro día esquié fatal por allí. Solo quiero ver si soy capaz de hacerlo mejor. Jake sonrió.

—Esa es una buena razón. Esta vez estaremos un poco más relajados.

—Eso seguro. Pararemos en el mismo sitio.

Jake se impulsó y dejó que los esquís se deslizaran. La calidad de la nieve había cambiado. Aun era profunda e inmaculada, sin la preparación previa de las máquinas, pero el sol la había reblandecido y los esquís avanzaban un poco más despacio, con un silbido más sonoro.

Zoe iba detrás. El cielo era de un azul asombroso y a los lados de la nacarada pista, los alerces, los pinos y las píceas se entretejían para formar espectaculares paredes de terciopelo verde. Zoe sabía que dejarse llevar por los esquís era lo más cerca que se sentiría de volar.

«Estoy cayendo a través de los círculos del Paraíso.»

La nieve virgen se separaba ante las puntas flotantes de sus esquís. Ya muy abajo, se volvió y vio a Jake detrás de ella, que bajaba por la pista con su traje negro como un hermoso cuervo, trazando una leve curva, aumentando el giro solo cuando se acercó a Zoe para poder mantenerse a su lado.

—No sabía que te había adelantado —dijo ella.

—Estabas absorta en tu mundo.

—Así es. Por un momento he sido un pájaro. Y tú también.

—¿Seguimos ahora a través de los árboles?

—Sí, a través de los árboles.

En esta ocasión avanzaron de manera más eficaz, y allí donde no lo conseguían, se echaban a reír y sus risas unidas traspasaban los árboles silenciosos. Era un poco como reírse en la iglesia: si se veía con buenos o con malos ojos dependía del talante de tu Dios. Superaron las torrenteras saltando y circundaron los afloramientos de piedra, que asomaban como puños semienterrados o nudillos de gigantes. Se deslizaron entre los umbríos pinos y píceas, provocando lluvias de copos y nieve en polvo.

Era un trayecto difícil, pero esta vez lo recorrieron sin una sola caída hasta llegar a la misma vía de arrastre nevada. Sabían que los llevaría de vuelta a Saint-Bernard, así que, sin mediar palabra, siguieron descendiendo entre los árboles, solo para encontrar otro recodo de la carretera más abajo, y una cuneta escarpada que no pudieron atravesar. Rindiéndose de nuevo a lo inevitable, dejaron que los esquís los

llevaran de regreso al pueblo por la vía de arrastre.

No se veía ni rastro de las huellas que habían dejado en su primer intento de abandonar el pueblo. La nieve lo había cubierto todo. Jake se detuvo dos veces en el camino para volverse a mirar atrás. Dijo que tenía la impresión de que había alguien o algo detrás de ellos, siguiéndolos. O tal vez eso era solo un deseo: que hubiese algo detrás de ellos.

No vieron nada. Sucumbieron a una especie de resignación.

Pusieron en marcha los telesillas y telearrastres de todo el pueblo, abriendo una red de pistas. El estado de la nieve era ideal. El cielo presentaba el color azul de una plegaria y el sol les permitió prescindir de las chaquetas.

—Estoy esquiando mejor que nunca —dijo Zoe.

—Yo también. ¿Quieres parar para comer?

—No tengo hambre.

—Yo tampoco, pero quiero parar en uno de esos restaurantes de montaña, encender un fuego y relajarnos delante de las llamas.

—¿Tienes frío?

—Qué va. Pero es lo que me apetece. Comemos cuando no tenemos hambre, bebemos cuando no tenemos sed, y quiero relajarme cuando no estoy cansado.

—Vale. Te reto a una carrera hasta La Chamade. —Zoe descendía ya en línea recta.

Zoe esperaba en la entrada del restaurante de montaña, ya sin los esquís, que sostenía en posición vertical.

—Mira que eres lento.

—No sé cómo te lo haces.

Había allí dos o tres pares de esquís abandonados, cubiertos de hielo y nieve, apoyados contra el soporte frente al restaurante revestido de troncos. Dejaron los esquís en el soporte junto a los otros y entraron. Las luces estaban encendidas en la cocina, pero no en el comedor. La Chamade tenía una gran chimenea de piedra, con un cesto de leña a punto. Jake fue a la parte de atrás en busca de yesca y cerillas y encendió rápidamente el fuego. Los troncos de pino crepitaron al prender.

Olfateó el humo.

—¿Hueles la leña de pino?

—Sí. O quizá la huelo ahora que tú lo has dicho.

—¿Recuerdas esa sensación? ¿Cuando entras de la nieve, quizá con los dedos de las manos y los pies doloridos por el frío, y te sientas cerca del fuego y empiezan a arderte las mejillas, y sientes el placer de entrar en calor, y cómo te reacciona la sangre?

Zoe se acercó sin brío a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—La recuerdo. Empiezo a sentirla ahora.

—Esa es la cuestión, ¿no? Primero recordamos algo y después lo sentimos. Tú me describes la sensación, y yo la experimento. Pero no antes. No antes.

Zoe se echó a llorar.

—¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando?

—Ven aquí. Ahora no llores. No tengo la respuesta. Solo sé una cosa: estar aquí solo, vivir esto sin nadie más, sería el infierno. En cambio, contigo aquí, puedo sobrellevarlo.

Ella lo abrazó y lo miró.

—No es infelicidad lo que siento. Es desconcierto, y no poco miedo.

—Pero ¿te das cuenta, Zoe? Debemos recordarnos las cosas mutuamente. Esta vida, sea lo que sea, la reconstruimos el uno para el otro.

—Creo que lo entiendo.

Jake fue al bar, cogió una botella de vino tinto y la descorchó. Volvió con la botella y dos copas, y llenó una para cada uno.

—Pruébalo. —Leyó la etiqueta—. Es un Albert Bichot Gevrey-Chambertin les Corvées de 2004, Borgoña, cosa que para mí no significa nada, así que no sé si es bueno o malo, si cuesta un ojo de la cara o si es barato. Estás sola. Dime qué te parece.

Ella primero metió la nariz en la copa, como una entendida. Luego lo cató, manteniendo el vino en la lengua por un momento antes de enjuagarse la boca con él. Pensó en azúcar y acidez y taninos, luego en fruta y especias y tierra. Finalmente lo tragó, preguntándose si de verdad le apetecía otro sorbo o no.

Jake la miró expectante con sus ojos aún enrojecidos.

—¿Quieres que te sea sincera? No me sabe a nada. Me es indiferente.

—Exacto. Como todo aquí. Pero y si te recuerdo lo bueno que es el vino tinto, que sabe quizá a cerezas, pero con especias, y un poco a madera, a roble, y que al beberlo se producen en tu paladar las más diversas tensiones, entre lo dulce y lo ácido, entre lo seco y lo líquido. Y que el sabor permanece, ligero pero agradable.

—¡Ahora sí que lo noto! —exclamó ella.

—¿Y no te viene también a la memoria la sotana roja del cardenal y la caldera del diablo?

—Estás diciendo chorradas. Aunque, ahora que lo dices...

—¿Pecado y redención? —preguntó Jake.

—¿Miel y fuego?

—Tendrás que servirme otra copa. ¿Todavía no te sabe a nada?

—No —respondió Zoe—, sabe a todo aquello que tú dices, eso sí. Eso sí, eso sí. ¿No te parece extraño?

—Aquí todo es extraño.

—No, me refiero a que solo sepa a algo después de hablar de ello. Y no tenía idea

de que entendías tanto de vinos —comentó Zoe.

—Y no entiendo. Me lo he inventado. Al menos eso creo. La cuestión es que aquí podemos contar nuestra propia historia. La historia de lo que ocurre. No tenemos que dejar que otros nos cuenten la historia... ¿Has oído eso?

—Si he oído ¿qué?

Jake se puso de pie y se acercó rápidamente a la ventana.

—Te juro que he oído el ladrido de un perro.

—¿Un perro?

—Sí, un perro. He oído el ladrido. Con toda claridad, y un eco en la nieve.

Zoe se reunió con él junto a la ventana.

—Yo no he oído nada.

—No me lo he imaginado —insistió Jake.

—Yo no he dicho eso.

—Sé que no lo has dicho. Cuando digo que no lo he imaginado, hablo para mí.

—No veo nada ahí fuera —dijo Zoe.

—Había un perro. O al menos había un ladrido. Voy a salir a mirar.

Ella se encogió de hombros y lo dejó marchar. Se sentó junto al fuego y esperó. Tomó otro sorbo de sotana roja del cardenal. El fuego ardía en la chimenea sin crepitar: llamas limpias y anaranjadas, como dedos saliendo de debajo del contorno curvo del tronco, acunándolo, casi amorosamente, mientras se quemaba. Apartó la vista del fuego, miró por la ventana y vio a Jake avanzar con esfuerzo por la nieve.

Al cabo de un momento regresó.

—Nada —dijo, visiblemente deprimido.

—Bueno.

—Lo habría jurado.

—Bebe un poco más de vino —sugirió Zoe.

Vaciaron la botella. Ahora el vino sabía a muchas cosas maravillosas.

—Estaría bien —dijo él.

—¿Qué estaría bien?

—Si hubiera un perro.

Ella le cogió la mano.

—¿Crees que alguna vez superaremos esto? ¿La tristeza? ¿El pesar?

Jake apuró la copa y la dejó en la mesa.

—Vamos a divertirnos un rato.

Subieron con el telearrastre hasta una pista larga y fácil y bajaron de espaldas todo el camino. Luego eligieron una empinada pista roja y descendieron por ella con un zigzagueo en extremo preciso; primero Zoe se ciñó exactamente a los surcos dejados por él, y luego invirtieron el orden. Encontraron el parque de snowboard y dieron allí unos cuantos saltos. Su pericia en el esquí había mejorado de una manera

que no guardaba proporción con el tiempo que llevaban esquiando. Zoe comentó que los esquiadores siempre se recordaban a sí mismos mejores de lo que eran en realidad; Jake coincidió, pero añadió que él no recordaba haber sido nunca tan bueno. Desde luego no esquiaban sin esfuerzo, pero su destreza técnica los sorprendía a los dos.

En el parque de snowboard había un puesto de control con un equipo de megafonía que emitía por altavoces colocados en las pistas. Jake encontró un cedé de Jimi Hendrix, subió el volumen al máximo y dedicaron el resto de la tarde a deslizarse a toda velocidad por los aparatos del parque de snowboard, virando en los medio tubos y los cuartos de tubo, saltando sobre las pirámides y las mesas. Los dos habían empezado con el snowboard pero se habían pasado al esquí por la velocidad.

Al cabo de un par de horas la luz comenzó a menguar. Jake quiso dejar la música encendida, pero Zoe lo obligó a apagarla, diciendo que le gustaba oír el sonido de la luna y las estrellas sobre la nieve, y de pronto a él le pareció tan acertado que no lo cuestionó. Se dejaron llevar por los esquís hasta el hotel.

Al llegar al pie de la pista, un perro ladró claramente en medio del frío. El ladrido pareció quedar suspendido en el aire gélido.

—¡Esta vez sí lo he oído, Jake!

—Por allí. Cerca de los árboles.

—Sí, ¡allí está!

Al pie de la ladera, unos cuantos árboles dispersos separaban dos pistas de principiantes. Había allí sentado un perro negro de tamaño medio, apuntándolos con el hocico, con las patas delanteras plantadas entre las traseras. Volvió a ladrar, y el sonido reverberó hasta ellos a través del aire frío del crepúsculo. El perro se relamió y su lengua roja destelló en el claroscuro de la luz menguante.

Jake llamó al perro con un silbido.

—Ven, ven.

El perro se levantó, pero si bien meneaba la cola, parecía reacio a acercarse. Jake impulsó los esquís y avanzó en dirección al perro, silbando, llamándolo. El perro volvió a ladrar.

Jake se detuvo y sacó los pies de las fijaciones. Dio dos pasos hacia el perro y paró en seco.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa? —Zoe se aproximó desde atrás. El perro seguía moviendo el rabo, al parecer contento—. Vamos, chico.

—No es un chico —corrigió Jake—. Es perra. Es mi perra. Sadie.

Sadie era la perra con que Jake se había criado. La había tenido desde cachorro y el animal había muerto cuando él contaba ya dieciocho años, antes de conocer a Zoe.

La perra, como si respondiese al nombre, corrió hacia Jake, aullando y meneando

el rabo. Casi delirando de felicidad por haber encontrado a Jake, saltó sobre él, dejando manchas amarillas de orina en la nieve. Jake se arrodilló y abrazó a la perra, que a su vez le lamió la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoe.

—¡Es mi perra, es mi perra, es mi perra! —Jake reía y lloraba simultáneamente—. Hacía muchísimos años que no la veía, y la echaba de menos, y ahora ha vuelto. —Con las rodillas hundidas en la nieve y la perra lamiéndole las lágrimas de la cara, miró a Zoe con una sonrisa en los labios—. Ha vuelto.

Zoe se sentó en cuclillas junto a la perra y a su marido.

—Jake... ¿estás seguro de que es tu perra?

—Sadie, te presento a Zoe. Zoe, te presento a Sadie. ¡No puedo creerlo! ¡Es increíble!

La perra lamió la cara a Zoe y enseguida concentró de nuevo su atención en Jake. Zoe quería compartir esa felicidad, pero no daba crédito a lo que veía. Aunque la emocionaba ver esa nueva señal de vida, no le entusiasmaban los perros ni tenía experiencia con los cánidos.

—Jake, ¿cómo puedes estar seguro de que es tu perra?

Jake se echó a reír.

—¿Oyes eso, Sadie? ¿Lo oyes? Cariño, si tienes un perro, lo reconoces cuando lo ves. Sencillamente lo reconoces.

—Vale. Es solo que... para mí es igual que otros muchos perros.

—¡Atiende, Sadie! Dice que eres igual que otros muchos perros. Tesoro, si me pasara años y años sin verte, te reconocería igualmente. Pues con Sadie es lo mismo.

—Vale. Es solo que... ¿seguro que no te engañas porque quieres que sea Sadie?

—Ya verás. Sin mirar, sé que tiene una cicatriz en el pliegue interior de la oreja izquierda. Una vez se hizo un corte feo en una alambrada. Acércate.

Obligó a la perra a quedarse quieta y le echó atrás la oreja. Zoe observó con atención la parte rosada y carnosa del interior. Era cierto: allí tenía una pequeña cicatriz. O quizá era una sombra. Tal vez sí era una cicatriz, pensó.

—¡Uf!

—Esto es maravilloso —dijo Jake. Se levantó de la nieve y abrazó a su mujer—. Vamos, llevémosla al hotel.

Regresaron los tres al hotel, trotando la perra felizmente tras los pasos de Jake.

—¿Crees que aceptan perros? —preguntó Zoe.

Esta vez ni siquiera se molestaron en dejar el equipo en las taquillas; se limitaron a abandonarlo todo en el vestíbulo enmoquetado, junto con las botas, los guantes y las chaquetas de esquiar. Jake pasó por la cocina para buscarle algo a la perra. Echó un vistazo a los filetes todavía frescos y relucientes sobre la encimera junto a las verduras troceadas; enseguida los descartó.

—¡Nada de carne vieja para ti, Sadie!

Optó por entrar en la cámara frigorífica y coger un filete del estante. Lo descongeló en el microondas y lo frió en una sartén. Lo dejó enfriar antes de ponerlo en una fuente y ofrecérselo a la perra. Sadie meneó el rabo y se relamió, pero apartó el hocico del filete.

—¿Esto no es de tu gusto, chica? ¿Qué te han dado de comer aquí?

Se preguntó por qué Sadie no quería comer. Cualquier perro devoraría un filete, tuviese hambre o no. Jake se agachó y cogió la cabeza de Sadie entre sus manos, justo por detrás de las orejas, flácidas como bolsas. Quería olerle el aliento para averiguar qué había estado comiendo. Pensando que era un juego, Sadie lo lamió. Jake sintió en la cara una bocanada del aliento de la perra, pero no olía a nada. Intentó recordar el olor del aliento de un perro.

A pescado, pensó, a eso olía aunque el perro no hubiese comido pescado; y a harina, como las galletas; y a tierra, como el mantillo después de la lluvia; y a la hierba amarillenta de un prado; y al agua de charca; y... basta. Se dijo que ya bastaba. Se dijo que ya bastaba porque con ese proceso de remembranza acudían a su mente todas las cosas que nunca más olería o saborearía salvo en la memoria; y si bien la memoria podía devolvérselas momentáneamente, esa era una idea agridulce.

Volvió a coger la cabeza de la perra entre sus manos, y ella lo lamió, y esta vez olfateó en su aliento cálido todo aquello que acababa de evocar. Salió de la cocina, y la perra lo siguió.

Encontró a Zoe en su habitación.

—¿Podemos tener a Sadie en la habitación con nosotros?

—Ahora mismo agradecería incluso la presencia de las pulgas de Sadie si las tuviera. Me parece maravilloso el simple hecho de ver a otro ser vivo.

—Bueno, deduzco que en realidad es otro ser muerto. Me explico: la enterré hace años en el jardín de atrás. La enterré bajo un ciruelo que nunca había dado fruto. Al año siguiente, y ya siempre a partir de entonces, ese árbol dio montones de fruta.

—Los nutrientes.

—¿O quizá una manera suya de volver para saludar? ¿Me permites decirte una cosa? No lloré cuando mi padre murió, y sin embargo me deshice en lágrimas cuando enterré a Sadie. ¿Me convierte eso en mala persona?

—¿Mala persona?

—Albergaba sentimientos más hondos por mi perro. Ciertas personas dirían que eso no está bien.

—Cuando estabas vivo, no te preocupaba mucho lo que dijeran «certainas personas». ¿Por qué habría de preocuparte ahora que estás muerto? Caray, se me hace raro decir eso, pero ya sabes a qué me refiero. Tu padre nunca te mostró afecto, o eso me contaste.

Jake se acercó a la ventana y contempló el lento despliegue de la oscuridad sobre la impoluta blancura que cubría la tierra como mazapán en una tarta nupcial.

—Era frío como la nieve. Comida en la mesa, ropa que ponerse, una educación práctica, y jamás un solo abrazo. Ni uno solo.

—Era otra generación, Jake.

—Pues en eso se equivocaron. Si yo tuviera un hijo, lo...

—¿Lo qué?

Jake se volvió hacia la perra.

—¡Ven aquí, chica!

Zoe estuvo a punto de articular una palabra. Pero no pudo.

Esa noche, antes de prepararse para irse a la cama, Jake tendió una manta en el suelo a fin de que Sadie pudiera hacerse su guarida contra la pared. Sadie se echó sobre la manta como si siempre hubiese dormido allí. Se quedó tendida con la cabeza entre las patas delanteras, mirándolos; sus ojos parecían los de un peluche. Jake entró en el cuarto de baño para lavarse los dientes. Mientras Zoe retiraba el edredón, ocurrió algo.

Las luces se debilitaron por un momento, parpadearon y se apagaron. Al cabo de unos segundos de oscuridad, se encendieron de nuevo.

Jake salió del baño con el cepillo de dientes en la mano.

—¿Qué ha sido eso?

—Se ha ido la luz.

—Ya lo sé. Pero ¿por qué?

Zoe se quedó mirándolo.

—¿Se ha ido en todo el pueblo?

—Ni idea.

—¿Crees que ha sido solo en nuestra habitación? ¿O solo en nuestro hotel?

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—Me pregunto qué significará —dijo Jake.

Sadie, de pie, lo miraba. Ladró, una sola vez.

—¿Tiene que significar algo? —preguntó Zoe.

Jake se aproximó a la ventana.

—Fuera las luces siguen encendidas.

—Ven a acostarte.

—Me pregunto qué habrá pasado.

—Ven a acostarte —insistió Zoe.

Por la mañana Zoe se levantó de la cama, se puso el albornoz y salió a buscar el desayuno. Deseaba crear una apariencia de relativa normalidad para Jake, y una bandeja con tostadas, beicon, café y zumo, amén de una flor sustraída del vestíbulo, podían servir a sus propósitos. Y eso sí era extraordinario: las flores frescas en sus jarrones de cristal no parecían más en peligro de perder la frescura que la comida de la cocina. Con andar silencioso, recorrió el pasillo enmoquetado y llamó el ascensor.

La puerta del ascensor se abrió, y cuando pulsó el botón de la planta baja, la campanilla resonó en torno a ella. Había dado muchas vueltas a cómo hacer para crear esa apariencia de normalidad. Era la única manera de conservar la cordura. Deseaba echarse otra vez a las pistas. Jake parecía más preocupado que ella por las circunstancias de su existencia: se había preguntado en voz alta si estaban destinados a quedarse allí para toda la eternidad. Si era así, había dicho, seguramente les interesaría hacer otras cosas aparte de esquiar.

Zoe había coincidido con él. Estaba preguntándose cuáles podían ser esas «otras cosas» exactamente en una estación de esquí cuando el ascensor llegó al vestíbulo y se abrieron las puertas. Zoe ahogó una exclamación y se llevó la mano a la boca.

El vestíbulo estaba lleno de gente, gente bulliciosa, animada, que charlaba y pululaba por el vestíbulo. En su mayoría vestían ropa de esquiar, pero algunos formaban cola ante el mostrador de recepción y avanzaban lentamente con las maletas a rastras.

Zoe se adentró en la muchedumbre, todavía con la mano en la boca. Detrás del mostrador, tres recepcionistas con elegantes uniformes del hotel, un tanto agobiadas en apariencia, atendían a los recién llegados. Una joven recepcionista, con el pelo recogido en una coleta, sostenía el auricular de un teléfono junto a un oído y se tapaba el otro con la palma de la mano libre. Entretanto, una mujer de mayor edad con el pelo rojo cobrizo y unas gafas de montura negra pasaba la tarjeta de crédito de uno de los nuevos huéspedes que esperaban en la cola. Una tercera aguzaba el oído para escuchar a su jefe, un hombre delgado con traje gris, que intentaba hacerse oír por encima del alboroto y el revuelo del vestíbulo. Daba la impresión de que todos hablaban a la vez.

Al otro lado de las puertas de cristal del hotel, vio llegar un autocar muy moderno. Oyó el resoplido de los frenos neumáticos cuando el vehículo se detuvo en seco para aparcar. La puerta del autocar se abrió y empezaron a bajar más huéspedes.

En otro lugar el portero, al que Zoe reconoció del día de su llegada, atendía a un cliente. Apoyado en una especie de atril de madera clara separado de la recepción, escribía rápidamente en una hoja de papel amarillo. Su librea granate y gris emitía un suave resplandor y en su calva se reflejaban las intensas luces del techo. El sudor

manaba copiosamente de su frente.

Zoe dejó de mirar al portero cuando un hombre pasó junto a ella y le dirigió un lascivo guiño. Ella percibió los efluvios de la colonia de aquel hombre y recordó que estaba en medio de esa multitud sin más ropa que su albornoz. Se ajustó el cinturón y se agarró la pechera del albornoz. Alrededor la gente hablaba en animado francés, pero cerca de la ajetreada recepción dos mujeres vestidas con ropa de esquiar hablaban en inglés. Zoe oyó que pronunciaban la palabra «alud».

Se acercó a las inglesas.

—Disculpen —las interrumpió Zoe—, ¿dicen ustedes que ha habido otro alud?

La primera mujer se volvió. Estaba sonrojada, como si ella misma acabara de regresar de las pistas. Tenía las patas de gallo propias de la mediana edad. Asintió vigorosamente.

—Sí, a primera hora de esta mañana.

—Pero ¿ha sido otro alud? ¿Uno nuevo?

La inglesa no tuvo ocasión de contestar porque la joven recepcionista del pelo recogido en una coleta llamó a las dos mujeres. Dejaron allí a Zoe, que esperó sujetándose el albornoz.

La gente que abarrotaba el vestíbulo no parecía en absoluto asustada. Se la veía más bien agitada. Zoe se volvió para ver a los nuevos turistas bajar del autocar frente al hotel. Mientras dirigía la mirada al otro lado del vestíbulo, el portero calvo apartó la vista de sus papeles y se fijó en ella. Enarcó las cejas con una expresión interrogativa.

Pero en ese momento Zoe pensó: «¡Tengo que decírselo a Jake! ¡Tengo que decírselo!».

Regresó rápidamente al ascensor, que seguía en el vestíbulo con las puertas abiertas. Se apresuró a entrar, le dio al botón y subió a su planta. Se reía. Cuando la campanilla anunció la llegada, en su premura intentó abrir las puertas de un empujón. Luego echó a correr por el pasillo y aporreó la puerta.

—¡Jake! ¡Jake!

Oyó un gruñido en el interior y al cabo de un momento Jake abrió. Estaba desnudo. Bostezó como un oso. Sadie, detrás de él, meneaba la cola, deseosa de salir.

—¿Dónde está el incendio?

—Vístete. Date prisa. Deja aquí a Sadie. No. ¡Basta con que te pongas el albornoz! Deprisa. ¡No vas a creértelo! ¡No vas a creértelo, Jake!

Se reía de tal modo que casi tenía convulsiones. Jake se puso el albornoz blanco y la siguió por el pasillo. Ella lo cogió de la mano. Jake quería saber qué demonios pasaba.

—¡Espera y verás! ¡Espera y verás!

Entraron en el ascensor y apretaron el botón de la planta baja. Jake la miró con un

parpadeo. Ella le cogió la cara y le dio un intenso beso, metiéndole la lengua en la boca. Quería obligarlo a callar y enseñarle el milagro que se había obrado. El ascensor llegó al vestíbulo y las puertas se abrieron. Zoe lo obligó salir a empujones y lo siguió.

Todo era silencio.

Nada ni nadie. Igual que antes.

Zoe se paró en seco. Meneando la cabeza, balbuceó algo incomprensible. Acto seguido, se plantó de un salto ante la recepción y lanzó miradas alrededor. Escrutó a través de las puertas de cristal cilindrado, hacia donde había visto aparcar el autocar lleno de nuevos huéspedes. Fijó la mirada en el atril del portero. Luego fue a ver detrás del mostrador de recepción, donde poco antes trabajaban las tres mujeres. Después se volvió y salió corriendo a la nieve por las puertas de cristal.

Reinaba el silencio. Estaba todo vacío. Solo se veía la nieve blanca, blanca, en la tierra silenciosa.

Jake salió tras ella.

Zoe miró a uno y otro lado de la calle. Buscó las roderas que acaso el autocar hubiera dejado a su paso. No las había.

—No puede ser. No puede ser.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jake.

Ella no le prestó atención, apartándolo con el hombro al volver a entrar en el hotel.

Ya en el vestíbulo, buscó alguna prueba fehaciente de que algo hubiera cambiado, cualquier mínimo indicio forense de que toda aquella gente había estado realmente allí, en carne y hueso, no solo en su imaginación. Recorrió con los dedos los ángulos del atril de madera clara del portero.

—Vamos, cuéntame —dijo Jake, que esperaba pacientemente una explicación.

—Aquí había gente, Jake. Docenas. Charlando. Huéspedes nuevos que llegaban con sus maletas...

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo! Hace unos minutos. Por eso he subido a avisarte a toda prisa. Algunos hablaban de un alud. Un hombre me ha echado una mirada lasciva.

—¿Ha sido una pesadilla?

—No, solo me ha guiñado el ojo. Creo que yo llevaba el albornoz abierto. No esperaba encontrarme con nadie. Eran... de lo más normales. Todo era normal. Es el día del cambio de turno. Gente que se va, gente que llega.

—¿Quieres que te abrace?

—No, no quiero para nada que me abracés. No estoy loca. Estaban aquí. Había mucho ajetreo, pero todo era normal. Por un momento las cosas habían vuelto a la normalidad. Como antes... antes de lo que nos pasó.

Jake la miró atónito.

—No me crees, ¿verdad?

—Zoe, ¿piensas que, llegados a este punto, hay algo que no pueda creer? Pero reflexionemos.

—¡Ya reflexiono, ya reflexiono, maldita sea!

—Bien. ¿Puedo plantearte alguna que otra posibilidad sin que me chilles?

—No. Guárdatelas.

—Bien. Una posibilidad es que haya sido algo así como la realización de un deseo. Quieres que todo vuelva a la normalidad y por un momento lo has visto así. Dos: podría haber sido el residuo de un sueño. Yo he tenido sueños en los que me levantaba por la mañana y el residuo no desaparecía del todo de mi cerebro hasta pasado un rato.

—¿El residuo de un sueño? ¿Qué es el residuo de un sueño? ¡Eso es una gilipollez que te has sacado de la manga!

—Más o menos.

—¡En fin, no sé! ¡No sé!

—Vamos. Vistámonos y salgamos de aquí.

Mientras se ponían la ropa de esquiar, Zoe describió minuciosamente la escena que había presenciado. No podía haber sido un sueño, aseguró, porque no había nada ni remotamente ilógico, ni siniestro: todo era prosaico. Sus sueños, por el contrario, estaban marcados por la irracionalidad. Lo reprodujo todo para él, dibujando uno por uno a los personajes que había visto en el vestíbulo.

Al final Jake, adoptando un tono firme, le pidió que lo olvidara. Cuando regresaron al vestíbulo, Zoe no pudo contener la esperanza de que, al abrirse las puertas del ascensor, reapareciese toda aquella gente.

No fue así.

Ya fuera, Zoe trató de sacudirse la experiencia de esa mañana. Con Sadie alegremente al trote junto a ellos, decidieron explorar a fondo el pueblo.

La cuestión de qué hacer con el tiempo empezaba a ser acuciante. Los dos tenían la impresión de que aquello era la consumación del sueño máximo de la opulencia, un sueño que no sabían hasta qué punto deseaban. Los restaurantes y supermercados estaban bien provistos de comida y bebida. Podían llevarse libremente de las tiendas cualquier cosa, de cualquier calidad. Y no podía considerarse un robo, ya que los artículos de las tiendas en realidad no eran propiedad de nadie. Más aún, ni siquiera debían trabajar para mantener ese vertiginoso tren de vida. La muerte les había proporcionado una abundancia ociosa.

Jake propuso ir de compras. Solo buscaba una manera de reconfortarla. Por lo general, cuando iba de compras con ella, asomaba a su rostro la misma expresión que exhibiría un nazi en una celebración del orgullo gay judío. Pero esta vez la idea partió

de él.

Entraron en las tiendas de esquí y eligieron trajes y guantes y gafas nuevos. Cogieron botas nuevas de la gama más alta. Se las probaron. Eran preciosas. Pero los dos descubrieron que sus botas usadas eran más cómodas, así que dejaron las deslumbrantes botas usadas en la tienda para otra ocasión en que pudieran necesitarlas.

Después entraron en las boutiques más elegantes y se ayudaron mutuamente a escoger conjuntos enteros de ropa nueva. En tanto que antes Jake se habría mantenido al margen cruzado de brazos, ahora participaba con entusiasmo. Zoe se reía de los precios. Jake se burlaba de los escaparates.

—¿Cuál es nuestra postura respecto a las pieles ahora que estamos muertos? —quiso saber.

En las boutiques estaban representadas todas las marcas de diseño. A Zoe no le interesaba mucho la ropa, pero incluso ella podía hablar de Prada, Gucci, Vuitton y Fendi, aunque solo fuera para despotricar de las víctimas de la moda a quienes debían su fama esos nombres.

—¡Pero fíjate tú en las cosas que tienen aquí! —dijo—. Esto es *haute couture*.

—Esa no la he oído nunca —contestó Jake.

—No es una marca. Es como se llama a las prendas hechas a mano, que son incluso más caras que las de diseño.

—Bueno, pues nos serviremos unas cuantas de estas, ¿no?

Fue divertido, durante un rato, elegir pantalones, bolsos, bufandas y calzado nuevos. De pronto Zoe tiró un abrigo al suelo.

—¿Sabes qué te digo? No quiero nada de toda esta mierda.

—Yo tampoco.

—Además, ¿a quién voy a impresionar?

—A mí no.

—¿Y qué sentido tiene llevársela al hotel? Si la queremos, aquí está. Y yo no la quiero.

—Exacto.

—Mierda, Jake, tiene que haber algo más en la muerte que ir de compras.

—En eso estamos de acuerdo, ya lo sabes. ¿Qué más podemos hacer?

Contemplaron qué opciones de ocio, aparte de esquiar, les proporcionaba el pueblo. Por supuesto, no disponían de televisión ni internet; pero no lamentaban mucho la ausencia de lo uno ni de lo otro. Jake dijo que viendo la televisión igualmente se sentía muerto casi siempre, y que internet era una turbia semivida de navegación al azar, mensajes superfluos, chateo futbolístico para retrasados y porno.

—¿Caíste alguna vez en la tentación de entrar en un chat de fútbol?

—Una o dos —admitió Jake.

Varios hoteles tenían complejos de spa, que ofrecían saunas y baños de vapor. Había trineos a docenas, y motonieves, si hubiera sido posible retirar los candados, y otra opción habría sido cambiar los esquís de descenso por unos de fondo o por snowboards. Había pistas de patinaje sobre hielo. Había piedras de granito pulido y cepillos para la práctica de un incomprensible deporte invernal llamado *curling*. Aparte de esas posibilidades, las perspectivas de entretenimiento en el pueblo eran escasas. No había cine, pero sí encontraron una bolera.

Fueron, pues, a jugar a los bolos.

La maquinaria funcionaba perfectamente. Incluso respetaron la petición de ponerse el calzado de bolera adecuado, aunque tuvieron que prohibir a Sadie que persiguiera las bolas por los carriles brillantados. Puesto que ninguno de los dos había jugado antes a los bolos, no sabían cómo iba la puntuación, así que sencillamente jugaron sin puntuación. Los animaba a seguir ver y oír las bolas regresar por efecto del mecanismo con un agradable chasquido. Y los bolos, al caer, producían un ruido muy satisfactorio. Pero el placer proporcionado por esa actividad era un tanto limitado.

—No sé qué decirte —comentó Jake—. La verdad es que no me veo haciendo esto durante el resto de mi muerte.

—No estoy de acuerdo —respondió Zoe, y lanzó una bola que se desvió del carril hacia el canal—. Yo me veo haciéndolo al menos durante otros diez minutos.

Poco después, con los esquís otra vez puestos, subían por la montaña en telesilla. Sadie iba sentada entre los dos, jadeando ligeramente, con la lengua fuera. Pensaban llevar a la perra a La Chamade, que era un punto intermedio en la montaña; allí el animal podría elegir entre estar a cubierto o quedarse fuera.

—La misma leña, todavía ardiendo —comentó Jake después de entrar un momento en el restaurante de montaña.

—Eso es absurdo.

—Lo es. Me ha parecido detectar un ligero cambio en la posición de los troncos.

—¿Un ligero cambio?

Jake había dejado a Sadie en el porche con tejado a dos aguas. La perra había meneado el rabo cuando él regresó por la nieve hasta sus esquís para reunirse con Zoe.

—Creo que uno de los troncos estaba en un ángulo distinto... distinto de como lo dejamos, quiero decir. Estaba inclinado a, quizá, unos treinta y siete grados contra el otro tronco en llamas, a diferencia de los cuarenta y cinco grados anteriores.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que sí.

Aunque al principio Zoe pensó que Jake bromeaba, no por eso estaba menos seria. Ambos escrutaron los detalles del paisaje con avidez; observaron la situación

meteorológica, alertas a cualquier señal; examinaron el estado de la nieve, buscando un significado o un augurio; intentaron localizar grietas en el hielo y evaluaron el caudal de los torrentes; escudriñaron la superficie de aquel mundo por si se advertía la menor señal de cambio.

Y se examinaron la cara mutuamente en busca de eso mismo.

—¿Qué te pasa?

—Las compras de esta mañana —dijo Zoe—, y la partida de bolos. Estoy un poco enfadada conmigo misma.

—¿Por el tiempo perdido?

—Qué bien me conoces. Ahora que estamos... bueno, lo diré... ahora que estamos muertos, no paro de pensar en mi vida. En lo que he hecho. Y no pienso en las buenas o malas acciones. Pienso en todas las estupideces, las pérdidas de tiempo: las compras, las partidas de bolos. Y no es que haya ido nunca a una bolera. Me refiero a los equivalentes. Las actividades para pasar el rato, o más bien para malgastarlo. Y me da qué pensar: ¿eso estamos haciendo? ¿Con todo este ir y venir montaña arriba, montaña abajo con los bastones?

—No, esto es distinto.

—¿Por qué?

Jake ni siquiera tuvo que pensarse la respuesta.

—Porque es vivir en la pendiente, donde tienes que estar siempre concentrado, y donde no puedes desconectar ni dormirte por un segundo; pero al mismo tiempo en que eres la suma de esas torpes fuerzas que intentan mantener el control, no eres nada en esa montaña enorme, una brizna, una mota de polvo, un copo medio fundido.

—¡Caray! Eso suena a religión.

—No hace falta ponerse de rodillas para rezar. Este soy yo rezando. Este soy yo dando gracias, en la falda de la montaña. Soy una oración en movimiento. ¿Ves las huellas detrás de mí? ¿Puedes interpretar lo que he escrito en la nieve?

Zoe volvió la vista atrás y arrugó la nariz.

—Solo son huellas. No puedo interpretar nada.

—Sí puedes. Es mi escritura. Es un poema de alabanza.

Zoe, impresionada, lo miró con un parpadeo. Él le devolvió la sonrisa, una sonrisa de mil vatios. Pero ella dijo:

—Estás mal de la cabeza.

—Puede ser. ¿Te vienes a esquiar?

Jake se deslizó por la pista y ella lo siguió, intentando alcanzarlo. Las palabras de él resonaban aún en su cabeza. Era verdad, se dijo: estaban escribiendo alabanzas en la página de la montaña. Eso hacían.

Descendieron a toda velocidad por la pista negra, con los esquís traqueteando allí donde el suelo quedaba a la sombra de los árboles y el hielo se endurecía en la

superficie de la nieve; luego, cuando salían al sol, donde la costra helada se había fundido o reblandecido, los esquís dejaban escapar susurros de alivio.

Después de varios descensos más, pasaron por La Chamade a ver cómo estaba Sadie. Seguía esperando en el porche. Cuando se acercaron, la perra se levantó y meneó el rabo. Luego los siguió al interior.

Se quitaron las chaquetas de esquí, y Jake fue a buscar una botella de vino detrás de la barra. La descorchó, y se disponía a servir dos copas cuando Zoe dijo:

—¿Has oído eso?

Jake dejó la botella llena en la mesa, al lado de las copas vacías, y aguzó el oído. Se oía un zumbido a lo lejos, como el de motores a gran distancia; o como el movimiento de pesados vehículos blindados en la lejanía, o quizá un solo vehículo enorme.

—¿Es una máquina pisapistas?

Volvieron a escuchar con atención, y el zumbido se convirtió en un retumbo, parecido en efecto al ruido de un tractor para el acondicionamiento de pistas acercándose, pero sin el pitido de la alarma electrónica. El retumbo grave era de una frecuencia misteriosamente baja, amortiguado e inquietante. Daba la impresión de que alguien les hubiera tapado los oídos con algodón.

—Eso no es una máquina pisapistas —afirmó Jake—. Eso es el sonido de la nieve en movimiento.

El grave retumbo aumentó de volumen y trajo consigo otra capa de sonido, como un siseo, y fue entonces cuando tembló todo el restaurante. La botella y las copas que Jake había dejado en la mesa empezaron a tintinear y avanzar hacia el borde.

El restaurante se estremecía. Jake y Zoe estaban ya de pie, mirando la montaña por la ventana. No se veía nada, pero se oía todo. Las botellas, en cajas o estantes detrás de la barra, se sacudieron y tintinearón. La botella de vino y las copas cayeron al suelo de madera sin romperse. Una de las copas rodó.

Jake, levantando la voz, dijo que debían echarse cuerpo a tierra delante de la barra, que se alzaba entre ellos y el lugar de procedencia del sonido. Arrastró una mesa enorme por el suelo y la adosó a la barra. Se metieron debajo de la mesa.

—¡Sadie! ¡Ven aquí, chica! ¡Ven!

La perra temblaba. El retumbo había crecido hasta convertirse en un estruendo ahogado, como un trueno continuo, y el siseo se asemejaba ahora al silbido de un enorme avión comercial despegando justo ante la puerta.

Detrás de la barra, las botellas cayeron y se hicieron añicos. En la cocina, las fuentes y cacharros se precipitaron al suelo. Oyeron cómo empezaban a gemir y troncharse los troncos de las paredes. El restaurante amenazaba con desmoronarse y quedar reducido a astillas. Zoe y Jake se acurrucaron bajo la mesa, abrazándose mientras los envolvían el rugido de la nieve y los chasquidos de la madera al partirse.

Por fin el temblor remitió, y simultáneamente el penetrante siseo y el rugido grave y profundo comenzaron a atenuarse y se alejaron de ellos. Se quedaron bajo la mesa, abrazados, sujetando los dos a la perra.

En menos de un minuto el ruido del alud no era más que un zumbido y poco después se desvaneció. Más difíciles de identificar fueron los sonidos posteriores. Se oyeron en la pared de troncos del restaurante tres golpes sordos, muy nítidos, y luego un correteo, como los pasos de un ave buscando pan en el tejado. Luego se hizo el silencio.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Esperemos aquí un poco más.

Permanecieron bajo la mesa hasta sentirse en condiciones de ir a explorar. Jake salió de debajo como pudo e, inquieto, miró hacia el techo. Luego se acercó a la pared que había soportado el embate mayor del alud. Los listones y el yeso se habían hundido hacia dentro y la nieve había abierto una brecha entre los troncos exteriores, insertando entre ellos largos dedos blancos, sondeando el interior del restaurante. Era como si la nieve hubiese intentado agarrarlos.

—¡Mira eso!

No podían salir por la puerta por la que habían entrado. Un muro de nieve obstruía el paso. Salieron por la puerta de la cocina, en la parte de atrás, y rodearon el restaurante para ver la nieve apilada contra la pared.

Zoe estaba a punto de comentar que ese era el segundo alud al que habían sobrevivido cuando recordó que no habían sobrevivido al primero. Así que optó por decir:

—¿Se puede morir dos veces?

Jake se volvió a mirarla y resopló.

—¿Crees que esto es como las capas de una cebolla? —continuó ella—. ¿Que si ese alud nos hubiese arrastrado ahora seguiríamos aquí? ¿O estaríamos en otra parte? Una vez tuve un sueño y en el sueño me acostaba, me dormía y soñaba. Y yo lo sabía. Sabía que estaba soñando dentro de un sueño. ¿Crees que es eso mismo? ¿Eso crees?

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, observándola con los ojos entornados.

—Estoy perfectamente.

—Es que hablas sin ton ni son, solo lo digo por eso.

—Estoy bien. Solo que... lo de esta mañana, cuando he pensado que todos habían vuelto... eso me ha alterado, Jake.

—¿Y si nos marchamos de aquí volando? —propuso Jake—. Por hoy ya me he cansado de morir.

—¿Te has cansado de morir?

—De esquiar. He dicho que me he cansado de esquiar.

—No, has dicho «me he cansado de morir».

—No.

—Sí lo has dicho. Puede que hayas querido decir «esquiar», pero has dicho «morir».

—Zoe, acabas de salvarte de un alud y estás diciendo tonterías.

—No es así. Tengo la cabeza clara como el agua. Sé lo que digo y sé qué has dicho tú exactamente.

—¿Podemos irnos ya?

—Claro que podemos. Vamos a buscar a Sadie.

Volvieron a entrar, pero no la encontraron. No se la veía por ningún lado. Sin dejar de llamarla, buscaron por todas partes. Sabían que no le había pasado nada porque durante el alud la tenían con ellos debajo de la mesa. No se había movido de allí hasta que ellos salieron. Ahora, sin embargo, no la encontraban.

—Debe de haber salido.

Buscaron a Sadie por delante y por detrás del restaurante ahora semiderruido, llamándola a gritos entre las sombras cada vez más largas de los árboles, adentrándose en el frío. No vieron la menor señal, ni siquiera sus huellas. Jake estaba consternado por su desaparición, pero llegó a la conclusión de que debía de haberse marchado montaña abajo.

Zoe intentó buscar por última vez en el restaurante. Mientras miraba debajo de las mesas, oyó crepitar un tronco en llamas en la chimenea. Se volvió y observó el fuego. El tronco que durante tanto rato había permanecido inmóvil contra el otro se había partido y había rodado hasta quedar a un centímetro exacto del otro.

No más de un centímetro.

Por lo visto, la pérdida de Sadie fue un duro golpe para Jake. Una y otra vez se preguntaba en voz alta sobre dónde demonios podía haberse metido. También para Zoe había sido una desilusión perder a la perra. Para distraer a Jake, propuso buscar otro restaurante donde comer. Habían reparado en un establecimiento precioso, chic y elegante, con el nombre, un poco ridículo, de La Table de Mon Grand-Père.

Eligieron la mesa preferida del abuelo junto a la ventana y encendieron velas. Zoe se apropió de la cocina y preparó un *boeuf bourguignon* que probablemente habría provocado una apoplejía al chef original; pero era uno de los platos preferidos de Jake, y lo sirvió acompañado de puré de patatas con mantequilla.

Jake esperaba con el cuchillo y el tenedor en alto en los puños pese a haber dicho que no tenía apetito. Deseaba mostrarle a Zoe su entusiasmo, y ella lo sabía. Lo besó en la frente al dejar los platos en la mesa.

—Siempre me ha encantado cocinar para ti —dijo Zoe—. Darte de comer. Trocearlo todo. Prepararlo.

—Tú cocinas con amor. Lo noto en el sabor.

—¿Todavía notas ese sabor? ¿Aquí?

—Notaría la ausencia de ese sabor si no estuviera.

—Has estado dándole al vino, ¿eh, caballero?

En efecto así era. Jake había descorchado una botella del más caro que había encontrado allí y bebido dos tercios sin ayuda de Zoe.

—Intento emborracharme, pero no lo consigo.

—¿Por qué quieres emborracharte?

—La otra noche, cuando nos tomamos aquella botella de champán y tú me atacaste en el ascensor, ¿estabas de verdad borracha o fingías? Porque, en mi caso, por más que bebo, no logro emborracharme.

Tomó también ella un sorbo de vino.

—Recuerdo que pensé que forzosamente debía de estar borracha, y entonces me sentí borracha. O quizá necesité fingir ante mí misma para creer que lo estaba. Dicho esto, ¿puedo preguntarte otra vez por qué necesitas emborracharte?

—¡Porque no sé cuáles son las reglas aquí! Necesito saberlo. Tengo la sensación de que sigo moviéndome en terreno resbaladizo. Y eso me da miedo de una manera que no entiendo. —Sirvió el resto de la botella.

Zoe aún no le había mencionado lo del leño encendido en la chimenea de La Chamade.

—Algo está cambiando.

—Sí, lo he notado.

Comieron en silencio. Zoe quería preguntarle si percibía el sabor del *boeuf*

bourguignon, pero se lo pensó mejor. Optó por preguntarle si quería que le describiese cómo era una borrachera para que él pudiera sentirla; a lo que él contestó que prefería ver si lo lograba sin su ayuda. Jake se levantó de la mesa y regresó con otra botella. Zoe decidió acompañarlo en la profunda soledad de ese imparable beber.

Fuera, una luna ya casi llena bañaba con su luz blanquecina la nieve profunda. Jake lanzaba continuas miradas con la esperanza de ver alguna señal de Sadie. Los pinos proyectaban estilizadas sombras sobre el restaurante, y allí donde no llegaban las sombras, el claro de luna resplandecía con cruel belleza sobre la capa de nieve helada.

—No creo que Sadie se haya marchado por iniciativa propia. Creo que se la han llevado.

—¿Cómo dices?

—Eso pienso.

Zoe le dirigió una mirada larga y severa. Lo conocía más que suficiente para saber que no se refería a que un aficionado a los perros había secuestrado a Sadie. No le gustó ninguna de las demás posibilidades que se le ocurrieron.

—Plantéatelo así: en lugar de habértela quitado ahora, a lo mejor te la devolvieron, nos la devolvieron, durante ese breve tiempo.

Jake se inclinó sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Siempre ves el lado bueno de las cosas. O decides verlo.

—Pero es como en la vida, ¿no? Sabemos que la muerte llegará, y sin embargo siempre pensamos que nos han quitado a nuestros seres queridos, nunca que nos los han dado durante el tiempo que sea.

—Lo que dices es verdad, solo que la verdad es difícil de asumir. Es mucho más fácil hundirse y autocompadecerse.

—Siempre la he considerado un don... me refiero a la vida. Un don concedido por no sé qué entidad. Pero siempre he sabido que es un don. Y por algún motivo pienso que este espacio de más, este peculiar tiempo de más del que disponemos ahora, también es un don que se nos ha concedido. Lo que no entiendo ni remotamente es con qué fin.

—Admítelo: no piensas que vayamos a estar aquí para siempre, ¿verdad, Zoe?

—No.

Zoe lo miró, y cuando Jake fijó la vista en ella, asomó a sus ojos algo del brillo de la luna reflejado en la nieve. Horas antes, cuando Zoe estaba en la joyería y se planteaba elegir algo —Cartier, Tiffany, lo que fuera—, en realidad no deseaba nada de eso. ¿Qué debía de sentir uno siendo rico si podía quedarse con esos objetos sin siquiera arrugar la frente por un momento? No podía haber satisfacción en adquirir algo que no había representado ninguna dificultad, ningún esfuerzo. Habría que sentir la retorcida necesidad de encargarse una docena o dos de esos objetos para notarlo en la

cartera. O solo aspirar a cosas que representaran un buen pellizco de los recursos propios. En cuanto a ella, las únicas joyas que quería eran los ojos de su marido mirándola con admiración como hacía en ese momento; el único collar, el de su aliento en la piel cuando le besaba el cuello; la única sortija, la sencilla alianza de oro que ya llevaba puesta. Así se lo dijo.

Él se echó a reír.

—Estás borracha y sentimental.

—No. Estoy sobria, impasible y lúcida.

—Te quiero. Y te seguiré queriendo cuando esto se acabe. Sea lo que sea esto.

—Eres tú quien está borracho. Solo me dices que me quieres cuando estás borracho.

—Eso no es verdad.

—Pasemos de ese rollo del postre y el café. ¿Volvemos a pie?

Regresaron paseando por la nieve a la luz de la luna, un millón de diamantes titilando en la frágil escarcha. Jake se apoyaba en Zoe como si estuviera ebrio, pese a que no lo estaba. Antes de entrar en el hotel, le cogió la cara entre las manos y la besó bajo la luz blanquecina. Ella percibió el sabor del vino en el beso: no le cupo la menor duda. No tuvo que recordar a qué sabían sus besos; siempre sabían a vino tinto, seda, pimienta, el aroma de la sangre, de la esperanza.

Ya en la habitación, Jake entró apresuradamente en el cuarto de baño. Zoe oyó el chorro de orina contra la taza. Jake siempre orinaba con ganas, como un caballo. Zoe colgó su chaqueta de esquí y cerró la puerta del armario. Cuando estaba a punto de soltarse los tirantes del pantalón, la interrumpió una melodía familiar. Se volvió para decir algo a Jake, que seguía en el baño.

«¿Y eso qué es? —tuvo tiempo de preguntarse—. Es tu... es tu teléfono, tonta. Alguien está llamándote al móvil.»

El alegre tono cobró cada vez más volumen.

—¡Jake! —exclamó.

«Está en el armario —se dijo Zoe—. Está en el bolsillo de la chaqueta. ¡Debes contestar! ¡Vamos! ¡Cógelo!»

Pero no pudo. Estaba paralizada. Oyó el ímpetu de su propia sangre en las venas. La repentina intrusión del timbre del teléfono la había inmovilizado. Se propuso volver a llamar a Jake. Debería ser él quien contestara la llamada, no ella. Trató de moverse, pero se sintió atrapada. Físicamente constreñida, como si algo frío la tuviera agarrada por los brazos y las piernas.

El teléfono volvió a sonar.

—¡Jake!

Estaba otra vez en la tumba de nieve del alud inicial. Envuelta en nieve apretada. Cabeza abajo, respirando el aire atrapado en una pequeña bolsa, intentando mover un

dedo. Movi6 un dedo, una mano, el brazo, y la nieve apretada en torno a ella se desintegr6, se disolvi6. Zoe se abalanz6 hacia el armario y abri6 la puerta de un tir6n para coger su chaqueta. El m6vil segua emitiendo la melodía. Estaba en uno de los bolsillos cerrados. Torpemente, forceje6 con la cremallera y meti6 los dedos en el bolsillo. Con manos trémulas, abri6 la tapa del m6vil y el recuadro de luz azul anunci6: «Número oculto».

—Número oculto —mascull6.

Puls6 la tecla para contestar y se llev6 el tel6fono al oído. Oy6 una voz. Una voz masculina.

—Perdone... Perdone... —Cabece6 en un gesto de frustraci6n—. ¡Más despacio, por favor! *Je m'excuse, lentement, s'il vous plaît. Plus lentement... Pardonnez-moi, monsieur... je ne comprends pas.*

—¿Qué pasa? —pregunt6 Jake a voz en grito desde el cuarto de baño.

—Es un hombre.

—¿Cómo?

—No lo entiendo, tiene un acento muy cerrado... *Monsieur, monsieur, s'il vous plaît, parler plus lentement...* ¡No, no!

Se cort6 la línea. Zoe extendi6 el brazo y sostuvo el tel6fono ante sí en la palma de la mano, mirándolo como si hubiese intentado quemarla.

Jake había salido del baño sujetándose el pantal6n por la cintura ridículamente. Deseaba saber con qui6n hablaba.

—Era un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre.

—¿Un hombre? ¿Qué ha dicho?

—No lo sé, me ha sido imposible entenderlo.

—Pero... ¡Dios bendito!

—¡No sé! ¡La verdad, no sé!

—¿Te...? ¿Hablaban en francés?

—¡Es posible! Pero no he podido... Tenía un acento... y se iba la voz. No he llegado a entender lo que decía.

—¿Puedes devolverle la llamada? ¿No puedes devolverle la llamada y ya está?

—Era un número oculto.

—¿Tienes línea con el exterior? Quizá deberías intentar otra vez telefonar a alguien. —Ahora Jake estaba a un paso de ella y le temblaban los dedos, a solo unos centímetros del tel6fono plateado, como si quisiera arrebatarárselo—. Pero si alguien ha llamado... Quizá deberías intentar telefonar a alguien en Inglaterra, quiero decir. Telefona a alguien allí. ¿Por qué no lo haces?

—Vale. Vale. Pero, Jake... ¿y si intenta ponerse en contacto otra vez? Ese

hombre. ¿Y si ese hombre intenta llamarme otra vez? ¿No debería mantener la línea desocupada?

Jake se desplomó en la cama con las palmas de las manos contra los lados de la cabeza.

—Sí... sí, mantenla desocupada. Es posible que ahora mismo esté intentando ponerse en contacto.

Zoe colocó el móvil en la mesa. Luego se dejó caer al lado de Jake y se agarró de su brazo. Juntos, esperaron con la mirada fija en el teléfono, deseando que volviera a sonar, aterrorizados ante la posibilidad de que eso ocurriera.

Permanecieron atentos al teléfono durante veinte minutos. Por fin Jake soltó un suspiro y volvió a proponerle que intentara llamar a Inglaterra. Zoe así lo hizo, pero el resultado fue el mismo que las veces anteriores. El timbre sonó y nadie descolgó.

—¿Cómo hablaba ese hombre? —Jake estaba desesperado por oír hasta los detalles más insignificantes.

—Me costaba entenderlo.

—Pero ¿era francés?

—Es posible.

—¿O catalán?

—Quizá fuera catalán. U occitano, yo qué sé.

—¿Hablaban en francés?

—Si hablaba en francés, tenía un acento muy cerrado y la conexión era tan mala que no he distinguido una sola palabra.

—Pero ¿cómo hablaba? ¿Cuál era su actitud?

—¿Su actitud?

—¡Sí, joder, su actitud! ¿Lo has notado nervioso? ¿Tranquilo? ¿Con tono apremiante?

—No parecía nervioso. Pero tampoco tranquilo.

Jake le quitó el móvil plateado y lo examinó, deseando arrancarle al aparato más detalles de los que podía dar.

No estaban de humor para irse a la cama. Volvieron a vestirse y bajaron. Jake la interrogó una y otra vez acerca de la llamada. No había oído la melodía del móvil, sino solo la voz de Zoe. Ella le preguntó cómo era posible que no hubiera oído el teléfono. Casi se enfadó con él por no haberlo oído. Ese detalle era importante para ella. Si él también lo hubiese oído, ella ni se plantearía la posibilidad de haberlo imaginado.

—¿Crees que podrías haberlo imaginado?

—¡Qué pregunta tan tonta!

—De tonta nada. Recuerda lo de esta mañana.

Ella pasó por alto la alusión al episodio del vestíbulo. O mejor dicho, al episodio

inexistente.

—¿Me preguntas si he imaginado que el teléfono sonaba y luego he imaginado una voz al otro lado? No, imposible. Si vuelves a insinuarlo, te daré una bofetada.

Bebieron sendas cervezas en el bar. Jake las sirvió del barril a presión. Deseoso de dejar atrás el tema de la misteriosa llamada, empezó a hablar del sabor de la cerveza. Dijo que le recordaría su sabor. Pero cuando mencionó las palabras «lúpulo» y «cebada», Zoe respondió que eso no significaba nada para ella. Así que él añadió: «bellotas», «vinagre de malta», «azúcar», «hojas de otoño», «monedas de cobre», «pena», «sol débil», «risas», «la corteza de una barra de pan»... hasta que ella lo interrumpió para decirle que ya era capaz de evocarlo.

—Cuando dedicas un momento a rememorar algo, son tantos los matices que hay en cada cosa... —comentó.

—Recordar todo lo de nuestra vida, o de lo que fue nuestra vida, es como intentar vaciar una caja infinita.

—¿Puede existir una caja infinita?

—Mira —dijo Jake—, aquí solo estamos tú y yo para decidir si puede existir o no una caja infinita. No hay nadie para llevarnos la contraria.

—Yo ahora me lo planteo todo así: cada detalle, cada palabra... todo me parece intenso y lleno de significado. Tengo la sensación de haberme pasado la mayor parte de la vida dormida. Si existe el infierno, ese es el pecado por el que mayor será mi castigo.

—Ven aquí. Tienes los nervios a flor de piel. Necesitas relajarte.

Apuraron las cervezas y decidieron ir a la sauna. Bajaron al spa, donde tenues luces iluminaban la piscina. Se desvistieron y nadaron mientras se calentaba la sauna. Jake había preguntado ya un sinnúmero de veces de dónde salía toda esa energía —la energía que calentaba e iluminaba la piscina, que alimentaba la sauna, que caldeaba el hotel—, tantas que decidió no volver a preguntarlo. Pero parte de él sabía que no podía proceder de un vacío. En la naturaleza siempre existía una explicación, y dijo que en último extremo aún habitaban en un rincón de esa misma caja infinita que era la naturaleza.

Hicieron unos cuantos largos en la piscina y se quedaron unos minutos flotando antes de entrar en la sauna. Después de media hora allí dentro, salieron por una puerta del spa a la nieve iluminada por la luna.

—Siempre he deseado hacer esto —dijo Zoe—. Estar desnuda en la nieve.

—Yo aún no siento el frío.

—Es por efecto de la sauna.

—No —contestó Jake con firmeza—. Es por efecto de la muerte.

—¿Quieres que te azote con unas ramas de abedul? Eso sí lo sentirías.

Bajo la omnipresente luz de la luna, Jake parecía en efecto un espectro, pálido

pero resplandeciente de vida interior. Tenía la piel blanca como una figura de porcelana, pero debajo se advertía cierta refulgencia, y el brillo de los ojos le confería un aspecto despierto y vivo en comparación con el de ella.

La sorprendió mirándolo y sonrió.

—¿Crees que podemos volar? —preguntó él.

—¿Cómo?

—Dado que estamos muertos. ¿Podemos saltar de la montaña y volar si nos lo proponemos con toda nuestra alma?

—Estoy absolutamente segura de que no, así que no lo intentes.

—Creo que aquí quizá sea posible.

De pronto Zoe sintió un escalofrío. Los efectos de la sauna desaparecían. Se envolvió en una toalla y se levantó.

—¡Prométeme que ni siquiera lo intentarás!

—Eran simples especulaciones...

—¡Prométemelo! Prométeme que no correrás un riesgo así.

—Vale. Prometido. Vale.

Ella volvió a entrar en el spa.

—Vamos. Ahora ya me apetece irme a dormir.

Se marcharon del spa y subieron en ascensor a su habitación. No habían vuelto a mencionar la llamada telefónica, pero el incidente seguía muy presente en sus cabezas. Zoe dejó el móvil en la mesilla de noche y lo enchufó para cargar la batería, esperando aún que sonase de un momento a otro.

Deseando aún que sonase.

No sonó, pero Zoe no lo necesitó para permanecer despierta. Con los suaves ronquidos de Jake a su lado, se quedó allí tendida contemplando por la ventana el fantasmagórico paisaje invernal. Ahora ya siempre dormían con las cortinas descorridas. Perdían las viejas costumbres. Ya no había necesidad de intimidad y la luz se había convertido en un bien valioso, algo para lo que se empleaba la moneda de cambio de la vida, no la de la muerte. Se les antojaba una afrenta impedir que la luz entrara, así que dejaban las cortinas descorridas.

Como no había nevado desde hacía un par de días, la nieve caída en el suelo estaba moldeada, esculpida por el viento, como una bestia que hubiera relajado sus enormes alas y hombros y se hubiera echado a descansar. Sus suaves contornos se curvaban, como el rueda en la cera blanca de una vela, y bajo la luna que flotaba por encima de los árboles todo parecía quebradizo, como si el paisaje entero pudiera agrietarse igual que los lienzos de un gran maestro.

Zoe tuvo un repentino e íntimo deseo de poder habitar ese paisaje. Se palpó el vientre, intentando detectar la menor sensación de abotargamiento, o como mínimo una leve hinchazón. Se colocó los dedos en el vientre y contempló la luna en el cielo

oscuro. Quizá tendría que decirle algo a Jake.

Se había apropiado de varios kits para la prueba del embarazo con el propósito de hacérsela a diario, y siempre había constatado lo mismo. Positivo positivo positivo. Había ocultado la provisión de kits al pie del armario. Se lo anunciaría, decidió una vez más, en el momento oportuno. Si pasados unos meses seguían en ese lugar extraño, su estado se revelaría por sí solo. Con el intenso resplandor de la luna en el exterior, se quedó dormida.

Pero de pronto despertó y algo la obligó a incorporarse en la cama. Tenía la sensación de que solo había dormido unos minutos, pero la luna se había desplazado perceptiblemente en el cielo, como si se rigiese por una escala de tiempo distinta de la suya. La había despertado algún movimiento, algún cambio de presión.

Miró afuera y luego miró hacia la puerta de la habitación. Estaba abierta.

Encuadrado en el umbral, había un hombre alto.

Por un momento su propio terror destelló ante ella y la traspasó como una hoja fría y afilada. Intentó gritar, pero solo brotó de su boca un sonido ahogado. Dio una patada a su marido, dormido a su lado, y el desahogo físico le permitió lanzar un grito alto y claro; pero ahora ya se había levantado de la cama y estaba dispuesta a presentar combate a la aparición de la puerta.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —Jake la sujetaba por los hombros.

—¡Había un hombre! ¡En la puerta!

Por supuesto, el hombre se había ido ya, pero la puerta seguía abierta. Jake conocía a su mujer lo suficiente para dar crédito a sus palabras. Se abalanzó hacia la puerta y miró a uno y otro lado del pasillo. No había nadie, ni se oía nada. Escuchó con atención, por si le llegaba el sonido de una puerta al cerrarse, pisadas, los ascensores. En el hotel reinaba un silencio sepulcral.

—¿Estás bien?

—Sí. Acabo de despertarme y lo he visto.

—¿Te ha atacado?

—No, estaba en la puerta. No ha entrado.

—¿Qué hacía?

—Tendía un brazo hacia el interior de la habitación. Muy despacio. Solo eso.

—¿Cómo era?

—Vestía de negro. Un traje de esquí negro de arriba abajo. La cara le quedaba oculta entre las sombras. No lo sé.

—Caray. Bueno, ya no está ahí, cariño. Te juro que ya no está. ¿Vale?

Ella asintió con la cabeza.

Él le cogió la cara entre las manos.

—Es posible que lo hayas soñado.

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—Fácilmente podría haber sido un sueño. Ahora mismo nos encontramos en un lugar extraño de nuestras cabezas. Es posible que lo hayas soñado y al despertar hayas pensado que lo veías.

—No.

—¿Sabes ese lugar, ese momento, entre el sueño y la vigilia? Pues es eso. Es entonces cuando vemos esas cosas. Es ahí exactamente donde habitan esas cosas. Y eso tú ya lo sabes.

—¡La puerta estaba abierta, Jake! ¡Sigue abierta!

Esa era la laguna en el razonamiento de Jake, el ancho agujero. Miró por encima del hombro en dirección a la puerta abierta.

—¿La hemos cerrado? ¿Hemos cerrado antes de acostarnos?

—Claro que sí. —Zoe se acercó a la puerta—. ¡Mira! ¡Mira esto!

En la moqueta, justo ante la puerta, había pequeños restos de nieve sucia que empezaba a pasar de cristal a agua.

—Esto no puede ser de nuestras botas. —Hablaba con voz cada vez más aguda—. La nieve de nuestras botas tendría que haberse fundido hace horas. Aquí había un hombre. Esa nieve indica que aquí había un hombre.

Jake la obligó a darse la vuelta y retroceder. Cerró la puerta a sus espaldas, echó el pasador y fijó la cadena por primera vez desde antes del alud.

—Aquí hay más gente —dijo Zoe.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Aquí hay más gente.

En la puerta del hotel vacilaron, equipados para salir a las pistas pero temerosos. El mundo —el mundo de las sombras, el mundo de la muerte, de los muertos— había vuelto a cambiar. Todo se reconfiguraba ante la perspectiva de que alguien habitase en aquellas pistas de nieve profunda, blancas, impolutas y despejadas.

Extendiendo el brazo ante la puerta, Jake impidió el paso a Zoe.

—Creo que sé lo que ha pasado —dijo—. Creo que ya lo entiendo. La mañana del alud, debió de ocurrirle lo mismo a otros: otras personas murieron a causa del alud.

—¿Y?

—Creo que anoche tú viste a una de ellas. No hay otra explicación. Lo mismo que con el hombre del teléfono. Si no fuimos los únicos en morir en ese momento, lógicamente aquí habría otras personas. Atrapadas. Como nosotros.

—¿Quieres decir que vienen a por nosotros, Jake? No quiero que vengan a por nosotros.

—No hay por qué tener miedo. ¿Y si no es más que un hombre que intenta desesperadamente ponerse en contacto con nosotros? Imagina lo solo que uno se sentiría aquí sin compañía de nadie.

—Pero ¿qué podía querer? ¿Qué podrían querer esas personas? ¿Qué aspecto tendrían?

—El mismo que nosotros, naturalmente.

—Eso no lo sabes. A lo mejor algunos quedaron espantosamente desfigurados por el alud.

—¿Nosotros quedamos desfigurados?

—No. Pero lo he pensado. ¿Y si nos vemos como éramos antes, no como somos ahora?

Jake se estremeció.

—No vayas por ese camino. No hay ningún motivo para pensar que tienen un aspecto distinto del nuestro. Mira, está cambiando el tiempo.

Señaló las nubes a lo lejos, enroscadas en los picos blancos de las distantes estribaciones al este. Fue un intento poco sutil de distraerla, pero ella lo aceptó agradecida; al menos de momento. Nubes de colores nácar y coral avanzaban como un ejército de espectros aéreos, un ejército enredado en los lancinantes cuernos nevados y en los cuellos de toro del macizo montañoso. Pero contaban con el apoyo de refuerzos, que se desplegaban al sur y al norte. Las nubes rosadas y grises refulgían con una luminiscencia que producía asombro y miedo a la vez.

—Si por la mañana ves el cielo rojo... —dijo Zoe, y ninguno de los dos quiso concluir el refrán: «ándate con ojo»—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Seguir como hasta ahora —respondió Jake—. Si nos encontramos con alguien,

nos comportaremos como lo haríamos en cualquier situación normal. Pero quiero que te plantees que es posible... solo posible, y no te enfades... que lo de ese hombre haya sido una alucinación, o que lo fuera incluso la llamada telefónica, del mismo modo que lo fue toda esa gente en el vestíbulo. Si no, tendrás que aceptar la posibilidad de encontrarte con alguien.

Ella quiso decir algo, pero él levantó las palmas abiertas para obligarla a callar.

—Haya paz.

Aunque Zoe, por supuesto, ya se había planteado la posibilidad de que estuviera teniendo alucinaciones, la idea no era muy reconfortante. Su existencia misma en aquel lugar parecía una alucinación colosal, así que ¿cómo debían reaccionar ellos dos ante las burbujas alucinatorias dentro de la gran burbuja alucinatoria? Su presencia allí aún era demasiado reciente para conocer la moneda de cambio. Si podían recordar el sabor, el olor, el tacto, todas las sensaciones terrenas, y hacerlas reales al rememorarlas, quizá podían proyectar del mismo modo otros pensamientos. Ese mundo, esa muerte que se semejaba tanto a un sueño y a la par era tan distinta de un sueño, acaso presentaba un sinfín de posibilidades. Quizá Zoe, al desear que llegase ayuda, había proyectado esa ayuda. Era imposible saber si su deseo de ayuda era mayor que su temor a recibirla.

—¿Vamos a buscarlos?

—Eso no quiero hacerlo —contestó Jake—. No quiero ir a buscar algo cuando ni siquiera sé si existe.

—O si no sabemos qué es.

Jake parpadeó con sus ojos enrojecidos. Se estaban concediendo mucho espacio el uno al otro. Sus conversaciones eran cada vez más breves pero con implicaciones de mayor alcance. A veces Zoe tenía que preguntarse si Jake de verdad había hablado en voz alta o simplemente había pensado algo que ella había captado de algún modo. Intersubjetividad. Los pensamientos de ambos se entretejían como cristales de nieve hexagonales.

Una de las banderas del hotel flameó ruidosamente contra el asta, de manera muy repentina.

—Viene mal tiempo —auguró Jake—. Esquemos mientras podamos. Si hay alguien ahí fuera, ya veremos qué pasa.

El sol lucía con intensidad y el cielo estaba azul, pero era un azul extraño, semejante a una masa de cuentas azules entrelazadas, como si se compusiera de píxeles. El frío arreciaba y se había levantado una brisa. A Jake se le pasó por la cabeza que quizá más tarde las autoridades cerraran los remotes; luego recordó que no había más autoridades que ellos mismos.

Se encaminaron hacia el telesilla Cadet para ir al extremo occidental de las pistas. El Cadet era un aparato rápido y moderno provisto de una cubierta abatible con

parabrisas de plexiglás. Se colocaron uno al lado del otro en el punto de espera y en cuanto el telesilla llegó se dejaron caer en el asiento. Jake rodeó a Zoe con un brazo protector mientras ascendían.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo.

En la montaña la brisa recién levantada cortaba como una guadaña. Zoe se estremeció, y Jake bajó la cubierta del Cadet. El parabrisas estaba sucio y rayado; era difícil ver a través, pero al menos protegía del afilado viento. Zoe habría preferido otear antes las pistas, buscar a otros esquiadores. Pero no dijo nada.

El telesilla ascendió a ritmo regular, balanceándose y chirriando un poco en cada piona. La cubierta había reducido el sonido del movimiento a un susurro, pese a que el viento murmuraba alrededor como si alisara sus curvas de plexiglás, buscando implacablemente una grieta o punto de agarre para dedos delgados.

Jake mantuvo la mirada al frente a través de la cubierta sucia. Parecía absorto en sus pensamientos. Él tenía menos motivos para sentirse conmovido por los sucesos de la pasada noche, sospechaba Zoe, porque no había visto al intruso ni oído sonar el teléfono. Lo conocía lo suficiente para saber que no la tacharía de estúpida o neurótica; pero lo cierto era que ninguno de los dos sabía nada de la verdadera flora y fauna de aquel lugar.

Si aquello era realmente la muerte, o una versión de la otra vida, ¿por qué no había de estar poblada? Pese a los contados días que llevaban allí, Zoe se había obligado a adaptarse de inmediato a la idea de que estaban los dos solos; incluso había procurado verlo como algo poético y maravilloso, una elevación de la existencia más que una merma. Era como un paraíso personal, o un anti-paraíso. Eran una pareja en los últimos días del Edén, pero no desnuda en un jardín sino bien abrigada en un paisaje nevado donde ya no había manzanas en los árboles ni las mujeres tenían que cargar con la culpa, porque la vieja mentira había quedado cubierta por la nieve. Pero si aquello era el antiparaíso, Zoe había tenido sobradas pruebas de la existencia de una antiserpiente.

Esperaba que el hombre a quien había alcanzado a ver en el umbral de la habitación del hotel, y el hombre al otro lado de la línea telefónica, no fuesen el diablo. Zoe se acomodó en el asiento y Jake salió de su ensimismamiento. La silla cubierta chirrió a su paso por otra piona.

—¿Este ha sido nuestro primer descenso o el segundo? —preguntó Jake al pie de la pista.

—¿Esta mañana? Ha sido el segundo.

—Pierdo la cuenta.

Zoe sabía a qué se refería. La nieve estaba tan blanda y oponía tan poca resistencia que envolvía los esquís y era posible descender por la montaña en un

estado de inconsciencia. En cierto momento volvió la vista pendiente arriba y calculó que había recorrido tres kilómetros esquiando sin registrarlo en la cabeza. Era un hueco de negrura en el paisaje blanco. Como si se hubiera dormido. Un poco de muerte dentro de esa muerte.

No se lo comentó a Jake.

Con espíritu cada vez más aventurero, casi temerario, abandonaban las pistas, se adentraban entre los árboles e iban de una a otra pista salvando torrentes plateados y sorteando los dientes desiguales y parduscos, como cariados, de las rocas. Siguieron poniendo a prueba los límites de su mundo cerrado, y al margen del punto cardinal hacia el que se dirigieran, siempre, siempre eran devueltos a los alrededores de Saint-Bernard-en-Haut.

En medio de un bosquecillo de pinos y píceas todavía colmados de nieve, mientras avanzaban lentamente entre los troncos oscuros, se detuvieron ante un torrente helado. El torrente de hielo era como una pieza de seda delgada y sinuosa, misterioso y bello en aquella penumbra de cuento de hadas producida por las ramas nevadas de los árboles. Jake se detuvo a escuchar.

—¿Qué pasa?

—Chist. El silencio.

Un auténtico silencio. La detención de todo sonido. No era posible, en el mundo moderno, escuchar el sonido del verdadero silencio. Quizá ni siquiera en el mundo antiguo: en el desierto soplaban el viento; en lo más hondo del bosque zumbaban los insectos; en medio del océano se agitaban las olas. La naturaleza no toleraba el silencio. Solo la muerte aceptaba el silencio; y allí había silencio.

«Pero ni siquiera aquí —pensó Zoe—. Porque cuando reina este silencio, oyes la sangre que corre por tus venas. No hay silencio.» Además, en ese momento oía otro sonido. Tardó en entender qué era. Era el sonido de la nieve. La maquinaria masiva de algo infinitesimal. Los millones y millones de cristales de nieve individuales que formaban aquel manto blanco habían empezado a separarse.

Era el canto que le dedicaba la nieve.

Su corazón latía con fuerza por el terror y el éxtasis. Se disponía a abrir la boca para hablar cuando oyó, a lo lejos, el ladrido de un perro.

—¿Has oído eso? —preguntó Jake.

—¿Es Sadie?

Jake asintió.

—¿Tiene que serlo! ¿De dónde viene?

Volvieron a aguzar el oído.

De pronto Zoe lo oyó otra vez. Un único ladrido. Se acercó al torrente de hielo y se detuvo junto al caudal congelado.

—Sé que es una locura, pero parecía que el sonido salía del torrente. ¿Es posible?

¿El sonido se transmite por el agua helada? Es decir, si Sadie estuviera montaña arriba, ¿podría el hielo conducir su ladrido? ¿Sabes algo de eso?

—Podría ser —contestó Jake con un perceptible tono de duda en la voz—. Si puede hacerlo un disco de vinilo o un cedé, ¿por qué no?

Zoe volvió a escuchar el hielo. Se oyó allí otro sonido, en la corriente y las revueltas y las espirales paralizadas del torrente. Voces humanas, breves, que llamaban.

Zoe se irguió.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake.

—Quiero marcharme de aquí.

—Pero...

—Tengo que alejarme de los árboles. Ahora mismo.

No lo esperó. Apuntó los esquís pendiente abajo y se deslizó entre los troncos secos y oscuros de las píceas, rodeó una roca con un vertiginoso giro y descendió a través del bosque hasta que los árboles empezaron a espaciarse y consiguió dejarlos atrás y salir a la pista.

Allí aguardó hasta que Jake le dio alcance al cabo de un minuto.

—Perdona. Me ha entrado el pánico.

—No te preocupes —contestó él—. Yo siento pánico desde el primer día. Aún ahora siento pánico. Es solo que lo disimulo mejor que tú.

—He oído voces.

—¿Voces humanas?

Zoe asintió con la cabeza.

—Dios mío.

—Las transportaba el hielo. Sin duda. Estoy segura.

—¿Y el ladrido?

—Lo mismo.

Jake situó los esquís entre los de ella y la abrazó.

—Vamos. Si cruzamos esta ladera llegaremos a La Chamade. Allí podemos tomar algo.

—Algo que no sabrá a nada.

—Yo te lo recordaré.

La Chamade seguía casi exactamente como la habían dejado. La pared en el lado de la pendiente estaba partida y la nieve se acumulaba contra ella. La entrada principal se hallaba sepultada, así que entraron por la puerta de atrás. Salpicaban el suelo escombros y cristales rotos. Jake se abrió camino a través con las pesadas botas de esquí y se acercó al fuego.

Se había consumido. Ya casi solo quedaba ceniza gris y blanda, pero los rescoldos todavía brillaban.

—Aún da calor. Después de tanto tiempo, aún da calor.

Jake se arrodilló ante las brasas de la chimenea y sopló con suavidad. Encontró unas tiras de corteza para usar como yesca, las echó sobre las ascuas y volvió a soplar. Unas llamas pequeñas lamieron los contornos de la corteza y prendieron. Puso más palos sobre el fuego y al cabo de un momento el mismo fuego volvió a cobrar vida.

—Bueno, algo es algo —comentó él, señalando su obra con el mentón.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que pasa el tiempo, pero a una velocidad distinta de... nuestra velocidad.

—El tiempo pasa.

Bebieron, esta vez vodka porque, según Jake, de todos modos no sabía a nada. Se sumió en la melancolía. Zoe pensó que el ladrido del perro lo había entristecido otra vez. Jake empezó a beber vodka como si fuera agua. Ella le pidió que no lo hiciera, pero él le explicó que no estaba borracho, y parecía verdad, parecía que no le afectaba en absoluto.

Jake se estremeció, muy repentinamente. La miró, y la luz que entraba por la ventana se reflejó en sus ojos aún enrojecidos, y por un momento dio la impresión de que eran piedras preciosas húmedas.

—Vaya. Ha sido la primera vez desde que ocurrió aquello —dijo—. La primera vez que he sentido frío.

Zoe deseó que no lo hubiera dicho.

—Vamos, pongámonos en movimiento. Me parece que está levantándose el viento. Quizá sea eso lo que has sentido.

—Quizá.

Zoe se puso los guantes y, entre los crujidos de los cristales rotos, se dirigió al fondo del restaurante, pero él no la siguió. Al volverse, lo vio echar coñac sobre la superficie de la barra de madera.

—¿Qué haces?

—Un experimento.

Abrió otras cuatro botellas de bebidas alcohólicas y roció el espacio por detrás de la barra. Zoe lo observó fascinada cuando se acercó al fuego y sacó un tronco que ardía por un extremo. Lanzó el leño llameante a la barra y el alcohol prendió de inmediato. Casi pausadamente, las llamas recorrieron su camino por la barra hasta encender los charcos más amplios de alcohol. Al cabo de un momento se había propagado un considerable incendio detrás de la barra.

—Vámonos.

Situándose a unos cincuenta metros, observaron cómo se adueñaba el fuego del restaurante de madera. Un humo negro y espeso ascendía en espiral desde el tejado.

—¿Ha demostrado algo tu experimento? —preguntó Zoe, apoyada en los bastones mientras veía elevarse el humo. Un viento del este avivaba las llamas creando un hermoso espectáculo. El humo negro se arremolinaba en el aire, danzando sobre el tejado como un genio liberado de un candil, o de la prisión de un paisaje blanco perfecto.

—Sí.

—¿Vamos a quedarnos aquí viendo cómo arde?

—No hace falta. Ya podemos volver al hotel.

—¿Crees que la muerte está enloqueciéndonos un poco a los dos?

—Sí.

—Ve tú delante —propuso ella—. Yo te seguiré.

Cuando llegaron al hotel, la avanzadilla de un viento fuerte y cortante como una guadaña anunciaba ya el mal tiempo inminente. Agitaba las banderas en las astas frente al hotel. Las ráfagas azotaban las calles y, arrastrando la nieve suelta, formaban ventisqueros. Se enzarzaron en una discusión, incapaces de ponerse de acuerdo sobre si había que ir a desconectar todos los telesillas que habían puesto en marcha o no. Según Jake, eso era absurdo. Zoe, por su parte, insistía en que el viento podía averiarlos, y si eso ocurría, quizá ya no pudieran utilizarlos.

—Daré igual. Por alguna razón presiento que ya no nos queda mucho tiempo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué?

El viento sacudía las banderas, amenazando con arrancarlas de sus orgullosas astas. Jake, sin añadir nada más, entró. Zoe lo siguió, llevándose las manos al vientre.

Lo siguió a la cocina. Jake se acercó a la encimera de acero inoxidable y se detuvo ante la carne y las verduras troceadas que continuaban allí desde el día del primer alud. La carne rosada empezaba a adquirir una coloración gris en el contorno. Había desarrollado una pátina opalescente. La verdura cortada se veía un poco mustia. El apio había empezado a oscurecerse allí donde el cuchillo lo había traspasado tan limpiamente. Los pimientos habían perdido el lustre de su piel exterior. Las zanahorias se veían despojadas de sus vívidos pigmentos anaranjados y blanqueaban.

Jake se inclinó sobre los trozos de ternera. Los olfateó. Arrugó la nariz.

—Tiremos toda esta basura —propuso Zoe.

Jake extendió un brazo para impedirselo.

—Déjalo todo ahí. Es nuestro único reloj.

Pero a Zoe no le gustó lo que oía. Giró sobre los talones y regresó a la habitación.

Fuera, el viento se había convertido en vendaval. Se abatía y gemía y aullaba en torno a las mansardas y los aleros del hotel; luctuoso, afligido, como si fuera incapaz de descansar en su búsqueda de algo perdido, algo que requería una compensación. Miraron por la ventana. Una bandera se había desprendido del asta y estaba enrollada

en torno a una farola cercana. Una valla publicitaria había sido derribada.

Para huir del ruido del viento, se retiraron al spa y subieron los termostatos de la sauna. Se desvistieron y nadaron mientras esperaban a que se calentara la sauna. Zoe tuvo la impresión de que la temperatura del agua había bajado uno o dos grados, pero prefirió no decir nada. Cuando la sauna estaba a punto, entraron, chorreando, en la cabina de pino. Jake echó cucharones de agua en las brasas de imitación.

Se recostaron y se sumieron en un trance.

—Si al menos pudiéramos hacer algo. Si al menos pudiéramos actuar para cambiar nuestra situación —comentó Zoe.

—Ya hemos hablado de eso. Lo único que podemos hacer es existir. Mientras se nos permita hacerlo.

Zoe volvió a acariciarse el vientre. Las brasas emanaban vapor. Le dio la impresión de que empezaba a hacer demasiado calor en la sauna.

—Yo ya tengo bastante —dijo ella.

—Yo ni siquiera estoy sudando —se quejó Jake.

—No, pero yo sí. —Le quitó el cucharón de la mano y se lo escondió detrás de la espalda—. Tengo que decirte una cosa.

—No quiero oírla.

—¿Por qué no? Debes oírla.

—No. Noto una inflexión en tu voz que me indica que es algo que prefiero no oír. En estas circunstancias, sea lo que sea, no quiero oírlo.

—Debes oírlo. Si me amas, debes oírlo.

—¿Crees que las personas que se aman deben contárselo todo?

—Sí, por supuesto.

—Eso es ridículo.

—¿Por qué es ridículo, capullo? Siempre que estoy en desacuerdo contigo, es «ridículo». ¿Sabes que eres tan exasperante muerto como lo eras vivo? No has mejorado en absoluto con la muerte.

—¿Ya has acabado?

—Casi.

—¿Quieres oír por qué es ridículo? Porque dos personas enamoradas no constituyen una conciencia colectiva. Tampoco querrían ser una conciencia colectiva, pensar lo mismo, saber lo mismo. Consiste más bien en ser independientes y, aun así, amarse, en diferenciarse el uno del otro. Uno es la cuerda del violín, el otro es el arco.

—Que Dios nos ampare.

—Lo mires por donde lo mires, así es como debería ser.

—Jake, ¿tú me escondes algún secreto?

—Eso espero. Y espero que tú me escondas secretos a mí.

—Pues esto no puede seguir siendo un secreto.

—Adelante, pues. Oigámoslo.

Zoe estaba a punto de hablarle del bebé que crecía dentro de ella cuando las luces parpadearon y se apagaron. Quedaron en una oscuridad total en medio del vapor de la cabaña. Esperaron un momento por si volvía la electricidad como la última vez. No fue así. Con cuidado, salieron de la sauna y fueron hasta un lado de la piscina. La luz de la luna reflejada en la nieve exterior les bastaba para ver el camino.

—¿Será por el viento? —preguntó Zoe—. Quizá ha arrancado los cables de alta tensión.

Jake le entregó la ropa sin contestar.

Avanzaron a tientas hasta la recepción del hotel. Jake sabía dónde encontrar velas en el restaurante. Pidió a Zoe que esperara y regresó al cabo de un momento con un puñado de velas, sosteniendo una encendida ante sí. La guió de vuelta a la habitación.

Fuera, el vendaval había alcanzado un nivel feroz, pero el pueblo estaba bien construido para soportar las tormentas. No vieron el menor indicio de cables de alta tensión arrancados. Dejaron unas velas encendidas junto a la cama y se acostaron, abrazándose mientras el viento resollaba y suspiraba y gemía en torno a los aleros. Zoe dijo que oía voces en el viento, gritos de hombres. Jake la besó y la abrazó y le dijo que se durmiera.

Jake podía pasar como si tal cosa de sabio a soldado, o a marido, o a colegial, con una rapidez sobrecogedora. Esa era una de las razones por las que Zoe lo quería. Hicieron el amor, pero por algún motivo Jake la trató con demasiada delicadeza. Después de eyacular dentro de ella, se echó a reír y de inmediato rompió a llorar. Parecía borracho. Ella lo abrazó mientras sus grandes sollozos remitían y poco a poco lo vencía el sueño.

En plena noche la despertó. Ella estaba aturdida, pero él le sacudía el hombro.

—Despierta, Zoe. Ya lo tengo.

Ella abrió los ojos. En la habitación las luces estaban encendidas, aunque las velas aún ardían.

—Ah, ha vuelto la electricidad.

Jake miró por encima del hombro y alzó la vista hacia las lámparas del techo, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento.

—Ah. Sí. Pero ya lo he entendido. Sé dónde estamos. Estamos en el lugar donde confluyen las leyes de la física y las leyes de los sueños.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Me he despertado y de pronto he caído en la cuenta.

Zoe tiró de él para acercarlo a la cama.

—Vuelve a dormirte, cariño. Vuelve a dormirte.

—Sí.

Jake se durmió al instante. Ella se levantó para apagar las luces. Una luna casi

llena había asomado por detrás de las nubes y proyectaba una luz blanca y brillante sobre la nieve. Le recordó a su padre. Se quedó allí contemplándola, como si guardara secretos, como si supiera algo.

Su padre había dicho: «Debes aferrarte a cada momento de la vida, Zoe, porque la vida se escapa, se escapa muy deprisa». Y él bien debía saberlo: perdió a sus padres cuando aún llevaba pantalón corto, después a un hermano en un accidente de coche, y más tarde a una hermana adorable que resbaló en el hielo camino de la iglesia y no se le ocurrió otra cosa que partirse el cráneo. Por último perdió, claro está, a la propia madre de Zoe. «Todo puede acabar así sin más, Zoe, así sin más.»

Se rozó los dedos índices, gesto con el que pretendía dar a entender la fugacidad de ese «así sin más».

Zoe había ido a su casa para montar el árbol. Le había montado el árbol todos los años desde la muerte de su madre. Habían discutido al respecto. No fue una pelea en toda regla. Pero Archie dijo que no le veía sentido si él no iba a estar allí esa Navidad. Pero ella respondió que no sería lo mismo sin el árbol.

Archie, nacido en Dundee, era un ingeniero jubilado, un chico de clase trabajadora ido a más. Se trasladó a un bungalow en una urbanización para jubilados después de vender su cómoda casa y dar el dinero sobrante a Zoe y Jake para que pudieran comprarse su propia casa. La urbanización tenía un vigilante y un timbre para avisar al vigilante si uno se caía o tenía algún problema. Archie desconectó de inmediato el timbre. Dijo que era un insulto.

Sí, Zoe, aférrate a cada momento.

Pero ¿qué era un momento? ¿La espuma en la estela de una ola iluminada por el sol? ¿La cola de un zorro que desaparece a través de un seto? ¿El destello de un meteorito en el cielo nocturno de agosto? Todo termina o cambia de estado. Zoe no creía que fuera posible detener un momento, o aferrarse a él.

Archie la había observado mientras ella decoraba el árbol de Navidad, con los puños hincados en las caderas. Era la clase de hombre que siempre llevaba camisa de manga corta, al margen del tiempo que hiciera. Así mostraba sus brazos morenos y velludos, pero Zoe sabía que no iba en manga corta por vanidad: era porque las mangas le estorbaban y necesitaba subírselas continuamente.

Archie tenía previsto tomarse unos días de vacaciones en Túnez con dos de sus amigos de la bolera. Jake debía recogerlos por la mañana para llevarlos al aeropuerto. Archie no quería que Zoe decorara el árbol de Navidad porque no habría allí nadie para verlo, adujo.

Zoe contestó:

—Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie para verlo, ¿hace ruido igualmente?

—¿Qué dices?

Zoe sabía que Archie prefería no ver el árbol porque cada año le costaba más sobrellevar sus recuerdos.

En casa de la familia, los árboles de Navidad eran distintos, distintos de los de otras personas. En lugar de adornarlos con bolas de colores, colgaban de él objetos de recuerdo. Todo había empezado treinta y cuatro años antes, al nacer la hermana mayor de Zoe. Sus padres empezaron entonces a colgar del árbol objetos que representaban algún hecho significativo en sus vidas. Estaban allí representados todos los cumpleaños, los aniversarios, las vacaciones de la familia. Si se iban de vacaciones, compraban algo para colgar del árbol. Si los niños superaban un examen o cualquier otro hito, también acababa en el árbol algún objeto simbólico. Había regalos de plata de algún bautizo, una pequeña zapatilla de ballet, una cajita de plata con todos sus dientes de leche, una medalla de natación, conchas y piedras traídas de playas y perforadas por Archie, amuletos comprados a vendedores callejeros en lugares exóticos... y poco a poco fue quedando menos sitio para las bolas de colores a medida que el árbol se convertía en un mapa conmemorativo de sus días juntos y separados: momentos en que las cosas terminaban y cambiaban de estado, suspendidos entre las ramas.

Era un Árbol de la Vida en el verdadero sentido. Y a Archie cada año le costaba más mirarlo.

Permaneció allí de pie observándola mientras ella montaba el árbol y retiró las manos de las caderas para hundirlas en los bolsillos del pantalón.

—Sí, no somos más que copos de nieve en una parrilla, cariño. Copos de nieve en una parrilla.

—No sabes qué viene después —dijo Zoe, colgando una pulsera de una rama de picea noruega—. Nadie lo sabe.

—Más bien nadie quiere saberlo. A nadie le gusta saberlo. Es solo un largo viaje oscuro con los ojos cerrados y los oídos tapados. En todo caso, la cuestión no es adónde vas, sino lo que dejas atrás. Ahí tienes al musulmán, según él...

—Eso ya me lo has contado, papá...

Archie continuó igualmente. Siempre hablaba de «el musulmán», como si hubiera solo uno.

—Ahí tienes al musulmán, según él deberías cavar un pozo para las generaciones venideras. A mí eso me gusta. Me gusta de verdad.

Archie había cavado sus pozos. Había construido puentes y sido el responsable de la construcción de dos importantes presas en el extranjero. Nadie había tenido que decirle nunca que se remangara.

—Nadie lo sabe —insistió Zoe—. Es el gran misterio.

—Ah, eso dices, pero...

Zoe esperó a que siguiera, aunque en el caso de Archie nunca venía nada después del «pero».

De pronto Archie dijo:

—Ya ves tu madre. Ella tampoco lo creía. ¿Sabes esa gente que dice que le ronda un fantasma? Pues tu madre me prometió que si había una vida después de la muerte, nunca volvería aquí a rondarme. Así que si alguna vez la veía en forma de fantasma, sabría que estaba en mi cabeza.

—¿Y la has visto?

Archie suspiró y se sentó en su silla preferida. Se recostó, separó las piernas y pareció fijar la mirada en un punto en la pared. Al cabo de un rato, dijo:

—En todas partes.

Zoe dejó de adornar el árbol y se acomodó a los pies de Archie, apoyando la cabeza en su rodilla. Él le acarició el pelo, como cuando era pequeña.

—En todas partes. Tardé tres años en dejar de sacar dos tazas del armario cuando quería preparar un té. Ella estaba detrás de mí. Si salía de la bañera, ella estaba allí sosteniendo una toalla para mí. O cuando veía la tele y me reía por cualquier cosa o me entraban ganas de decir «¿no te parece increíble?», levantaba la vista para mirarla a ella. Estaba en todas partes.

—Papá.

—Y luego se desvanece y no quieres que sea así y cada vez te cuesta más recordar. Y a veces necesitas ayuda para recordar. Adoro ese árbol y a la vez siento todo lo contrario, pero... Vamos, levántate, acaba tu trabajo.

Archie era de los que acaban sus trabajos.

Después de terminar con la decoración del árbol, Zoe lo ayudó a preparar la maleta, aunque él ya lo tenía todo listo.

—Jake vendrá a recogeros a las siete de la mañana. ¿Se lo has dicho a Bill y Eric?

—Es muy amable por su parte. Pero no tenía por qué molestarse, ya lo sabes.

—Quiere hacerlo. Te aprecia.

—Muy amable por su parte. Los dos sois demasiado amables conmigo.

—Ya lo sé. Tienes que afeitarte. Vamos, dame un beso, tengo que volver a casa.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Zoe a Jake cuando este regresó del aeropuerto al día siguiente—. Ayer lo noté cansado.

—¿Cansado? Parecían tres adolescentes. Tienen previstos torneos de bolos y bailes por la tarde. Se piensan que van a ligarse a unas cuantas viejecitas. No te extrañes si vuelve con novia.

—Mientras tenga más de dieciséis años, no me importa.

Al cabo de una semana, dos días antes de Navidad, Zoe cumplía los treinta años. Habían invitado a unos amigos a cenar. Bebieron mucho y rieron a carcajadas. Luego, más o menos a la hora del café, alguien comentó que los treinta era una edad significativa, y todos los presentes coincidieron. Otro dijo que era la primera vez que uno oía la campana.

«¿Qué campana?», preguntó alguien.

Pero todos sabían de qué campana se trataba. Era como si ya hubieras completado unas cuantas vueltas, observó otro, pero esa era la primera vez que oías debidamente la campana. Sonaba una a los siete años, pero no la oías porque eras demasiado pequeño; y otra a los catorce, pero no la oías por lo ocupado que estabas mirando por encima del hombro; y otra a los veintiuno, pero no la oías por lo ocupado que estabas hablando; y otra a los veintiocho que, por alguna razón, tardabas dos años en oír. Pero todos coincidieron en que esa al final la oías.

Tu triste trayectoria profesional, dijo uno de los invitados. Los hijos, añadió una mujer. Los amantes, los amigos, los viajes, apuntó otra. La vejez de los padres. Gong. Todo lo que no has hecho. Lo que tal vez no hagas. Gong.

Y en el silencio posterior al tañido de la campana, alguien dijo:

—Feliz cumpleaños, Zoe, porque eres una de las mejores.

—Sí, feliz cumpleaños.

—Feliz cumpleaños.

Cuando los invitados se marcharon, Zoe y Jake recogieron los restos de la cena y subieron a su habitación. Jake se desplomó en la cama y se durmió en el acto. Zoe estaba mareada por el vino. Se tendió en la cama y la cabeza le daba tales vueltas que sacó una pierna de la cama y apoyó la planta del pie en la alfombra para que la habitación dejara de girar. Al final la venció el sueño.

Despertó unas horas después cuando alguien le enfocó la cara con una luz intensa. Se incorporó y parpadeó bajo el resplandor blanco, protegiéndose los ojos con la mano.

—¿Quién es?

No obtuvo respuesta.

Miró por encima del hombro a Jake, quien, iluminado por la luz, dormía a pierna suelta.

—¿Quién hay ahí? —preguntó otra vez.

Nadie contestó.

Bajó las piernas al suelo y fue entonces cuando se dio cuenta de que la luz no procedía de una linterna dentro de la habitación. Entraba a raudales por la ventana. Jake no había corrido del todo las cortinas antes de caer redondo en la cama, y esa luz bañaba la habitación desde el exterior. Zoe se acercó a la ventana.

Era la luna. Imponente, blanquecina y a baja altura en el cielo, parecía enorme, de un tamaño sobrenatural, como una baya de muérdago hinchada, o una bola nacarada colgada de un árbol de Navidad. Ahogó una exclamación. La luz de la luna parecía lechosa, líquida, incluso pegajosa. Veía fácilmente las sombras de los cráteres en la superficie. Era casi como un ojo que la contemplaba sin parpadear desde el despejado cielo nocturno, distante y sin embargo interesado. Nunca había visto la luna tan baja en el firmamento. Parecía amenazar con precipitarse sobre la tierra.

Se oía una música a lo lejos, una tenue música orquestal flotando por encima de los tejados. Supuso que otros celebraban también una fiesta. La música aumentó de volumen y luego se alejó, como si la arrastrara una brisa.

Miró por encima del hombro a su marido dormido y pensó en despertarlo; pero lo descartó, temiendo echar a perder aquel momento. Se quedó, pues, de pie ante la ventana, cogida al dobladillo de la cortina, mirando la luna, conteniendo la respiración.

No supo cuánto tiempo permaneció allí contemplando la luna, pero al cabo de un rato, esta, sin que Zoe percibiera la menor señal de movimiento ni el paso del tiempo, pareció haber retrocedido y perdido intensidad, retirándose a un estado de belleza corriente.

Volvió a la cama y se acostó, mirando aún por la ventana, y al final el sueño la venció de nuevo.

Por la mañana, durante el desayuno, mientras se preparaban los dos para ir al trabajo, Zoe empezó a contarle a Jake lo que había visto.

—Tendrías que haberme despertado.

—Sí. Ahora nunca sabré si fue un sueño.

Él estaba a punto de contestarle cuando sonó el teléfono. Era Eric, el amigo de Archie, que llamaba desde Túnez.

—Zoe, cariño, quiero que te sientes.

En cuanto dijo eso, ella lo supo todo.

—Lo siento mucho, querida. Lo siento mucho.

—¿Cuándo ha sido?

—Al ver que no bajaba a desayunar, Bill y yo hemos subido a su habitación.

—Entiendo.

—Quiero que sepas lo contento que estaba anoche. Contentísimo. Habíamos ido a un baile por la tarde. No paró de reírse. Bailamos con un sinfín de señoras encantadoras. Por la noche disfrutamos de una cena muy agradable y bebimos un poco de vino y fuimos a dar un paseo cerca del mar. Anoche había una luna increíble. Preciosa.

—Lo sé.

—Archie bailaba. Hacía girar a una compañera de baile imaginaria por el paseo. No estaba bebido, ya conoces a tu padre. Pero decía una y otra vez: «¡Mirad la luna, mirad la luna, chicos!». ¿Sigues ahí, cariño? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—«Mirad la luna», decía. Nunca he visto a tu padre tan contento, cariño. Bill también lo dijo. Era un hombre encantador, ese Archie. Un hombre encantador. Lo siento mucho.

—No pudo evitarlo —dijo Zoe—. Tuvo que venir a visitarme a su pesar.

—¿Qué dices, cariño?

—Nada.

—Tenía que llamarte. Era una maravilla tenerlo con nosotros. ¿Sigues ahí, querida?

Jake, que le miraba la cara cuando las lágrimas empezaron a resbalar, le quitó el auricular y la tuvo cogida de la mano mientras proseguía la conversación con Eric en voz muy baja.

Eric y Bill habían insistido en ocuparse de todo. Los pagos del seguro de Archie estaban al día y ellos trataron con las autoridades y el papeleo y enviaron a Archie de regreso en avión dentro de un ataúd revestido de cinc, como exigía la ley. Los restos de Archie se incineraron en el cementerio local. Recibió una ceremonia laica.

Zoe dejó el árbol de Navidad en el bungalow de su padre hasta la noche de Reyes, conforme a la tradición. Entonces, con sumo cuidado, embolsó todos los recuerdos colgados. Donó a la beneficencia la ropa en buen estado y dijo a Eric y Bill que se llevaran lo que quisieran de la casa. Se quedó con unas cuantas cosas y les entregó los bolos de Archie para que se los dieran a alguien del club.

Eric le preguntó por algo que ella había dicho la mañana que la telefoneó desde Túnez.

—Dijiste que había venido a visitarte a su pesar. ¿Qué querías decir?

Zoe le contó entonces el episodio de la luna. Eric y Bill la miraron los dos con un brillo en los ojos, sin decir nada.

Zoe cogió la caja con los recuerdos del árbol de Navidad para que Jake y ella pudieran mantener la tradición decorando el suyo con objetos conmemorativos especiales. Salió a comprar un disco en forma de luna plateada en recuerdo del fallecimiento de Archie, y en todos los años transcurridos desde entonces, cuando posaba los ojos en ella, allí colgada en el árbol, no se entristeció ni una sola vez.

El viento había amainado y la estación de esquí ofrecía un aspecto impoluto, como si la hubieran rastrillado con una garra gigante. La nieve suelta, ahora barrida, formaba altas pilas contra las puertas y los bloques de apartamentos; el hielo y la nieve habían desaparecido de los coches aparcados en el lado expuesto al viento; y el pueblo entero parecía haberse inclinado hacia atrás hasta quedar reducido a un mínimo ángulo, y erguirse ahora con un parpadeo de sorpresa ante el sol de la mañana.

Todas las nubes habían huido de un cielo que en esos momentos presentaba el imponente color lapislázuli de la máscara mortuoria de un faraón. El sol de primera hora de la mañana había renacido como oro blanco.

—Este es el último día que esquío —anunció Jake.

—¿Ah, sí?

—Es asombroso. Son las condiciones perfectas para esquiar. Nunca tendremos otro día como este. Quiero acabar en este punto culminante.

—¿Qué necesidad hay de acabar? —Un ligero temblor asomó a la voz de Zoe, un temblor que no pudo reprimir. Era como si Jake hubiese declarado su pérdida de la fe en una religión—. ¿Por qué no esquiamos hasta que podamos?

—Creo que nuestro tiempo es limitado. No puedo decirte por qué. Sencillamente lo presiento. Y ya no me divierte.

Zoe no discutió. Jake parecía resignado a aquello. Pero ella se negaba a creerlo; no podía creerlo. Aquello no era el fin. Él había ido a la cocina esa mañana y había informado de que la carne en la encimera de acero inoxidable empezaba a oler. Su reloj avanzaba. Pero ella, al fin y al cabo, tenía un antirreloj avanzando dentro de su vientre.

Seguía haciéndose la prueba con regularidad, y siempre daba positivo. El bebé seguía vivo en su interior y ella sabía, sin necesidad de prueba alguna, que se desarrollaba bien. Acaso no fuera más grande que una uña, un cuarto creciente en un inmenso cielo nocturno, pero Zoe sentía cómo se nutría de ella, que se alimentaba de cada uno de sus latidos. Mientras creciera, mientras cobrara vida —y le traía sin cuidado el tiempo del feto porque sentía el aleteo de una mariposa y ningún médico la convencería jamás de que eso eran gases o dolores de estómago—, aquello no podía ser el final para ellos.

Deseaba anunciárselo a gritos a Jake, pero le faltaban las fuerzas. Sencillamente le parecía absurdo filosofar sobre sus difíciles circunstancias. Se negaba a aceptar que esa «muerte» fuera a ser tema de un largo debate. Le constaba que ese bebé vivía dentro de ella y que llegaría a nacer. No sabía qué sucedería entonces. Era inimaginable estar en la muerte y embarazada al mismo tiempo. A menos que Jake estuviera en lo cierto, y realmente fueran el enrevesado fruto de la unión entre la

física y los sueños.

Jake había salido del hotel para ponerse los esquís. Zoe lo siguió premiosamente por el vestíbulo. A medio camino se le cayó un guante y se agachó a recogerlo.

Al hacerlo, oyó el inconfundible resoplido de los frenos neumáticos de un autocar de lujo, y cuando se irguió, con el guante en la mano, casi se le cayó por segunda vez. Allí estaba el autocar, aparcado frente al hotel, y una muchedumbre pululaba de nuevo por el vestíbulo. El parloteo de voces llenaba el aire. Zoe percibía el calor de sus cuerpos en el vestíbulo abarrotado y el bullicio de las animadas conversaciones.

Se volvió hacia la recepción, y las mismas tres mujeres ocupaban sus puestos, con sus elegantes uniformes del hotel, cada una enfrascada exactamente en la misma actividad que la primera vez que las vio. La joven de la coleta tenía el teléfono en el oído. La señora del pelo castaño rojizo y las gafas negras pasaba una tarjeta de crédito por la máquina, y la tercera recepcionista hacía el esfuerzo de escuchar lo que intentaba decirle el director del traje gris por encima del alboroto.

En su mayoría la gente vestía con ropa de esquí, salvo por los recién llegados que entraban arrastrando sus maletas con ruedas. Si bien ella se encontraba en una parte distinta del vestíbulo, pasó por su lado el mismo hombre y le guiñó el ojo. Ella alcanzó a oler su colonia de nuevo. Tuvo que mirarse para comprobar que no llevaba el albornoz como la otra vez, y no, ahora iba debidamente equipada con su ropa de esquí. Miró hacia la recepción. Allí estaban las dos inglesas hablando de un alud.

Zoe sintió que le faltaba el aliento. Miró a través de las puertas de cristal buscando a Jake. Pero había una gran multitud en el vestíbulo, y tanto esta como el autocar recién llegado le impedían ver la calle.

Desconcertada, se disponía a volverse para hablar con las dos inglesas junto al mostrador de recepción, pero en ese momento el portero, desde su atril de madera clara, alzó la vista casualmente y cruzó una mirada con ella. Enarcó las cejas con expresión interrogativa y abrió los ojos desorbitadamente, como si de repente hubiese recordado algo.

—*Madame!* —la llamó—. *Madame!*

Levantó un brazo y le hizo una seña con los dedos para que se acercara.

En un primer momento Zoe quedó como hipnotizada por el portero, que sonreía y la llamaba con un gesto. Pero enseguida supo que no se dirigía a ella, y que le hacía señas a otra persona situada a sus espaldas, quizá alguien que estaba en la recepción. Casi se dio media vuelta para mirar por encima del hombro.

Pero detrás de ella no había nadie. Nadie en absoluto.

Las inglesas, las tres recepcionistas y su director y quienes formaban cola ante el mostrador ya no estaban. El bullicio de animadas voces se había evaporado. Incluso el aroma a colonia se había desvanecido.

Zoe se volvió, y el portero había desaparecido también, al igual que todos los

demás esquiadores y huéspedes del hotel y el autocar de lujo aparcado en la calle. Ahora, a través de las puertas de cristal cilindrado, veía a Jake, que la esperaba.

Permaneció inmóvil por un momento; luego se volvió para mirar otra vez la recepción vacía antes de salir del hotel. Jake seguía allí plantado, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Sonrió. Era evidente que no había visto nada.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —contestó Zoe.

Desde lo más alto de la montaña, y con la gran moneda del sol estampada en el cielo detrás de ella, observó esquiar a Jake. Descendía rápidamente por la ladera, ejecutando giros perfectos, trazando surcos en la nieve, atacando la pista. Su larga sombra lo precedía como un espíritu independiente. Nunca lo había visto esquiar tan bien. Parecía haber alcanzado la perfección técnica. Aunque ella siempre había sido mejor esquiadora, no cabía duda de que ahora él la superaba en destreza. Lo observó avanzar a toda velocidad tras los árboles donde se curvaba la pista y desaparecer más allá de la siguiente elevación.

Salió tras él, decidida a alcanzarlo. Pero sus primeros giros fueron torpes, mal ejecutados. En cierto momento se le cruzaron las puntas de los esquís y tuvo que detenerse para recobrar la calma. La exasperaba ver que, mientras Jake aparentemente había perfeccionado su técnica, ella empeoraba. Quizá la causa de su malestar fuera la segunda alucinación del vestíbulo abarrotado de gente. O acaso fuera la presencia del bebé, que inconscientemente la instaba a la cautela. Una caída podía ser peligrosa. Tenía una buena razón para no querer atacar la pendiente.

El imponente silencio del lugar la inquietaba. Las píceas y los pinos, todos colmados aún de nieve, extendían sus ramas en un ballet helado, exhalando un incienso espectral desde capillas oscuras y estériles resguardadas bajo sus ramas. Aspiró hondo aquel aire frío y penetrante como el vino. «Crece, niño, crece. Engañaremos a la muerte.»

Se dijo esto con actitud desafiante, pero pensó que podía ser una afrenta a algún Dios colérico del inframundo. Miró pista abajo. Su sombra se extendía ante ella quizá a veinte metros de distancia. De pronto percibió un movimiento, un atisbo de actividad, en la periferia de su visión.

Junto a la suya, había otras sombras.

A su derecha se mecía levemente un grupo de sombras, de forma más o menos humana. Las siluetas oscuras se dibujaban nítidamente en la nieve ante ella. Se le cortó la respiración. No se atrevió a volver la cabeza para mirar atrás. Sentía allí la presencia de varios seres. Quizá eran personas. Quizá no.

Mantuvo la mirada fija en las sombras oscilantes, convencida de que no se habían dado cuenta de que ella las había visto. Empezó a picarle la piel. Se le enfrió y se convirtió en una sustancia abrasiva, como papel de lija. Sintió que se le helaban los

fluidos en los ojos.

Había quizá cinco o seis, apiñados. Parecía increíble que no la hubieran visto. Los oía hablar, cuchichear. Observó el contorno de sus sombras en la nieve blanca como la cera. Sin duda poseían forma humana, pero con largos miembros añadidos, como varas o trompetas de tubo largo que sobresalían ante ellos, quizá de la boca. Se movían, avanzaban hacia ella, y sin embargo no parecían acercarse.

Zoe tenía ya los bastones a punto. Distendió los miembros, flexionó los pies dentro de las botas, preparándose para emprender el descenso más rápido de su vida por una pista de esquí. En el último momento apartó la mirada de las sombras en movimiento y, con una demencial sensación de desafío, volvió la cabeza para mirar a los ojos a sus adversarios.

Casi resbaló hacia atrás. Allí no había nada.

A sus espaldas se alzaba la cresta de la ladera, y más allá asomaba el pico blanco de una montaña, un imponente cuerno que empitonaba el cielo azul y parecía desmoronarse. Y más allá aquel implacable sol.

Las sombras también habían desaparecido. Allí no había nada, y desde luego nada que pudiera formar una sombra. Segundos antes había detrás de ella personas, o cosas. Había percibido su respiración, oído sus cuchicheos. Ahora nada. Solo el cuerno de la montaña la saludaba, indiferente.

Esperó sumida en una especie de estado de shock. La idea de que de algún modo había percibido la presencia de otras personas —otros seres— en una alucinación era insostenible. Sus sombras en movimiento se habían perfilado claramente en la nieve blanca. El aire frío había arrastrado sus voces hacia ella. Su aliento casi le había rozado la nuca.

Ahora su ausencia era casi tan terrible como su presencia. Por primera vez se preguntó si aquel lugar podía estar habitado no por otras personas, no por otros fantasmas, sino por algo que acaso pudiera llamar demonios. Tenía que dar alcance a Jake. Apretó los puños en torno a los bastones y giró los esquís en la nieve.

De pronto volvió a sonar el móvil.

El sonido la arrancó de ese terror y desencadenó otro. La alegre melodía llegaba del bolsillo interior de su chaqueta. Se llevó la mano enguantada al bolsillo y forcejeó torpemente con la cremallera, pero los dedos acolchados del guante eran demasiado gruesos para permitirle abrir la cremallera. Temía que colgasen antes de que pudiera sacar ella el teléfono.

Dejó caer el bastón y se arrancó el guante de la mano derecha mientras la melodía sonaba cada vez más fuerte dentro de la chaqueta. A tientas, corrió la cremallera y hundió la mano en el bolsillo, envolviendo por fin el frío metal curvo del teléfono que sonaba. Abrió la tapa y se lo acercó al oído.

—¡Diga! ¡Diga! ¿Quién es?

En la línea apareció la misma voz de la otra vez. Una voz masculina áspera, hablando en un idioma o con un acento que ella no entendía. No se oía bien. Se oía lejos y apagada, y el hombre parecía repetir las mismas frases una y otra vez.

—¡No le oigo! ¡Por favor! *Je ne comprends pas!*

La voz bramó una orden o una frase.

—*Encore!* ¡Repítalo! ¡Dios mío! ¡Por favor! ¿Quién es usted?

La voz habló de nuevo. Parecía decir las palabras «*la zone, la zone*». Pero la línea crepitaba. Era imposible saber qué decía. Aquel hombre bien podría haber estado llamando desde el lado oculto de la luna.

La línea se cortó.

La zone. ¿O acaso decía «*La Zoe*»? No, no. Parecía más bien «*la zone*». Tal vez decía eso. Tal vez. «*La zone*.» Pero ¿qué significaba eso?

Zoe orientó los esquís al frente y los dejó surcar la nieve esponjosa. Descendió cientos de metros en cuestión de segundos. Jake la esperaba.

—Una buena esquiada —dijo él mientras Zoe trazaba una curva para detenerse a su lado.

Lo miró. Sus enormes gafas de sol le ocultaban los ojos y el cristal azul reflejaba el resplandor del sol. Se preguntó qué debía contarle.

—¿Estás bien?

—Ha sonado otra vez el teléfono.

—¿Cómo?

—La misma voz. Las mismas palabras incoherentes.

—No estás bien. ¿No lo habrás...?

—No, no lo he imaginado. ¿Por qué suena solo cuando tú no estás? Voy a darte mi móvil. La próxima vez ya contestarás tú.

—No, quédatelo. Yo ya tengo el mío.

—Me ha parecido que decía «*la zone*». La zona. Pero puede que me equivoque. No lo sé. La voz se oía tan apagada y lejana...

—La zona.

—Es posible.

—Vamos. Se acabó. Demos el día por concluido.

Esa noche no les apeteció cenar. Jake volvió a inspeccionar la verdura y la carne en la encimera de la cocina e informó de que por fin se estaban pasando. Los tallos de apio se oscurecían. Una película gris se formaba sobre las patatas troceadas. Pero todo seguía sucediendo muy despacio.

Fueron a un bar. Encontraron un cedé con canciones de los Kinks y bebieron un Malbec espeso, oscuro e intenso; pero ni se molestaron en recordar cómo sabía o que sentía uno al emborracharse. La música que tanto les gustaba les proporcionó poco placer, como si también eso tuviera que recordarse. Se quedaron sin tema de

conversación, así que regresaron temprano a su habitación y se ducharon.

Zoe advirtió la erección de Jake mientras él se secaba. Hizo algún comentario al respecto.

—Es curioso. Aquí siempre la tengo tiesa.

—¿Siempre?

—Sí. Bueno, decae durante un rato después de hacer el amor, pero no por mucho tiempo.

—Deberías habérmelo dicho.

—Cariño, no puedo estar dentro de ti a todas horas. Sabes que no te gustaría.

Ella lo miró con las cejas enarcadas.

Su actividad sexual se había regularizado hacía mucho tiempo. Ella, a diferencia de tantas mujeres, nunca la había utilizado como medio para salirse con la suya en otros asuntos. Pero tampoco había estado constantemente a su disposición. Siempre había controlado el ritmo. El sexo no estaba racionado, pero tampoco exento de restricciones. A él le gustaba tomarla por detrás; a ella no. A él le gustaba hacerlo al aire libre; ella no era muy aficionada a eso. A él le gustaba que ella se sentara a horcajadas sobre él; ella prefería las posturas convencionales. A veces él sugería disfrazarse; a ella la idea le parecía tan ridícula que no podía ni expresarla con palabras.

—En ese aspecto he sido una decepción para ti, ¿verdad? —dijo ella.

—No lo has sido —replicó él.

—He sido perezosa.

—No es verdad.

—Eso no significa que te haya querido menos —aseguró Zoe.

—Lo sé.

—El sexo no da la medida del amor. A veces no tiene nada que ver con el amor. Ni remotamente.

Jake se sentó en la cama envuelto en su toalla y le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Por qué dices todas esas cosas?

—Porque aquí tengo la sensación de que todo lo que digo debe tener importancia.

—¿Y antes no era así?

—No. O al menos no siempre. Antes decía cosas sin pensar. Tomaba decisiones sin pensar. Sin pensar.

—Tal vez eso ya no importe.

—No, sí importa. Todo importa. Y aquí las reglas son distintas.

—Aquí las reglas las creamos nosotros, diría yo.

Zoe suspiró. Sabía que sus palabras lo habían deprimido un poco. Él simplemente había acudido a ella para echar un polvo y ella lo había desanimado. Pero si esa

noche no hacían el amor, sería la primera pausa desde el día del alud. Zoe no estaba dispuesta a permitirlo. Si eso pasaba una noche, podía volver a pasar al otro día, y luego otra vez la noche del día siguiente. Y lo que Zoe más temía era que se abriera una brecha.

No sabía cuándo exactamente había empezado a sentir la presencia de esa brecha. Podía haberse iniciado en los primeros días, mientras discutían sobre cómo salir de allí. Pero ella sentía que una energía, una fuerza como el magnetismo o el antimagnetismo, hacía lo posible por insinuarse calladamente entre ellos. Una vez más era como una ley física, una corriente instalada allí que se comportaba como una mujer empeñada en separarlos, por medios casi perceptibles e insidiosamente manipuladores.

Su embarazo estaba íntimamente relacionado con esa sensación. Seguía haciéndose la prueba obsesivamente. Y cada vez veía confirmado que el bebé crecía dentro de ella, y al mismo tiempo se hacía a la idea de la posibilidad de una división entre Jake y ella. Eso no tenía nada que ver con el amor o con la falta de amor. Su amor y su afecto por él, así como su dependencia mutua en ese mundo de sombras, habían aumentado enormemente. Pero allí intervenían fuerzas de sentido inverso. Si el amor era una fuerza de la gravedad, aquel lugar generaba asimismo una fuerza centrífuga, que tiraba de la psique de ella.

Deseaba armarse contra esa fuerza centrífuga y el sexo formaba parte de la armadura. Llevó la palma de la mano a la prominencia del vientre de Jake y se inclinó sobre él para lamerle un punto sensible justo por encima de la pelvis, porque siempre le provocaba un espasmo. Él sacudió una pierna. Zoe se escupió en los dedos y extendió la saliva por debajo de la cabeza de su polla y se la apretó. La verga se endureció en su mano.

Se introdujo el pene en la boca y deslizó la lengua en torno al glande, y al mismo tiempo que su polla se endurecía aún más y se hinchaba dentro de su boca, sintió que el cuerpo de él se rendía y quedaba flácido en comparación. Jake se reclinó, sucumbiendo ante ella, cediéndole todo el poder. Ella le soltó el pene, se sentó con la espalda erguida y pasó una pierna por encima de él para montarlo. Fuera, la luz de la montaña era de un misterioso color azul que Zoe relacionaba con el neón, casi ultravioleta. Iluminaba los dientes y el blanco de los ojos enrojecidos de Jake y confería a sus miembros un tono bronceado y saludable.

En una ocasión él le dijo que era una criatura tan sexual que sería capaz de hacer correrse a un muerto, y allí estaba ahora, demostrándolo. Se acomodó sobre él, empalándose, ahogando una exclamación en el momento de la entrega, cuando sus músculos vaginales se relajaron y le permitieron deslizarse en torno a él. Se inclinó, dejando que su larga melena rozara la cara de Jake, inhalando el olor de su pelo y su sudor. El olor a sexo saturó el aire de la habitación, envolviéndolos como humo,

como un fantasma. Apoyó las yemas de los dedos en la pared blanca por encima del cabecal para apuntalarse, elevándose y descendiendo sobre él. Estaba follando con vigor y rabia, con desesperación, como si esa pudiera ser la última vez. El cabecal chocaba contra la pared cuando ella empujaba con la pelvis, golpeaba contra la pared con un ruido sordo, y no se detuvo ni siquiera cuando sintió que él eyaculaba y se estremecía, anulado totalmente por el orgasmo. Continuó, impulsándose, empujando el cabecal contra la pared, hasta que empezó a sentir que la propia pared se desmoronaba al contacto de sus dedos, se convertía en polvo, se disolvía hasta que ya no era el polvo del yeso, sino el polvo de la nieve, frío al tacto, hundiéndose en un agujero abierto y arremolinado del que asomaba el brazo de un hombre y la agarraba por el cuello, la agarraba por la garganta un puño gélido, impidiéndole respirar, tirando de ella, intentando arrancarla de Jake, asfixiándola hasta que ella lanzó un grito, no de éxtasis, sino de terror.

Jake se incorporó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

El brazo extendido la soltó y el pozo de nieve, el agujero blanco arremolinado en la pared, se cerró sin más, convirtiéndose de nuevo en yeso pintado de blanco en la pared de un dormitorio.

Ahora Jake le cogía la cara con sus dos grandes manos, escrutándole los ojos en busca de una explicación.

Ella lo miró; miró la pared.

—Veo cosas, Jake. Veo cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas propias de una pesadilla.

—Cuéntame.

Pero ella negó con la cabeza. Había reconocido el brazo que había entrado por la pared. Había reconocido el anillo en el dedo corazón y una pequeña cicatriz en el dorso de la mano antes de que empezara a estrangularla.

Se quedaron allí tendidos durante un rato, él acariciándole el pelo. Pero Jake, incluso con los ojos cerrados, casi veía el desasosiego de ella, y se lo dijo.

—Duérmete, cariño, duérmete.

—No. No puedo. Tengo que hablar contigo.

—Esa frase nunca me ha gustado.

—Tengo la sensación de que esta es la oportunidad para sacarme una espina. Tiene que ver con Simon.

—Ya. El padrino de nuestra boda. Eso ya lo sé.

Zoe parpadeó al oírlo.

—Sí. Siempre he sospechado que ya lo sabías.

—¿Podemos dejarlo?

—Yo estaba pasando por una mala época. Tú no me hacías mucho caso. No digo que fuese culpa tuya. Solo te digo que fue un error y una estupidez, y no tuvo la menor importancia. Solo eso. Ya sabía que lo sabías, desde el principio. Simplemente necesitaba decirlo a las claras.

—¿Ahora te sientes mejor?

—Un poco.

—Pues no esperes que yo me sienta mejor. Te has quitado la espina y me la has clavado a mí. Y duele.

—Lo siento, Jake. Lo siento.

—No llores. Da igual. Si el matrimonio tiene algún sentido es para que yo te quite las espinas y tú a veces me las quites a mí.

Continuaron allí juntos en la oscuridad de la habitación. La luz de las farolas reflejada en la nieve bastaba para ver. No dijeron nada más.

Al cabo de un rato la respiración de Jake cambió: se había dormido. Zoe también se durmió, pero despertó poco después al oír fuera el suave sonido de los cascabeles de un arnés.

Eran los cascabeles de un animal de tiro, una distracción para los turistas. Zoe lanzó una mirada a la silueta dormida de Jake y bajó los pies al suelo. Los cascabeles ya no se oían. Se acercó a la ventana.

Desde que se habían trasladado a esa habitación en el otro lado del pasillo, la ventana daba a la calle donde estaba la entrada del hotel. Y allí vio la forma colosal y sombría de un percherón negro de magnífica musculatura enganchado a un enorme trineo. Era un macho de costados lustrosos, negro como el carbón y reluciente a causa del sudor. El aliento se le condensaba ante el hocico en el aire frío como el vapor de una locomotora antigua en un andén. Magníficas plumas adornaban sus cascos, y en la cabeza lucía un penacho de vivo color carmesí que, a la luz de la luna, era idéntico a la sangre derramada. El caballo mordisqueaba el bocado de plata, pero, por lo demás, permanecía totalmente inmóvil, como si esperara.

Zoe ahogó una exclamación al verlo. Retrocedió, tendiendo una mano espontáneamente hacia Jake para despertarlo, pero cambió de idea. Envolviéndose con una manta, se apresuró a abandonar la habitación y bajar en ascensor al vestíbulo. Descalza, salió corriendo a la nieve, casi ajena al frío.

Aún nevaba: copos grandes y blandos, algunos arracimados ya antes de caer. El percherón permaneció inmóvil cuando ella se acercó, sin reconocer su presencia.

Era descomunal, de cruz poderosa y musculosos cuartos traseros. Zoe entendía lo suficiente de caballos para calcular que se hallaba ante un ejemplar de unos veinte palmos ecuestres de altura. Si bien el animal no estaba ensillado, para encaramarse a semejante criatura habría necesitado una escalerilla. Zoe apoyó una mano en el costado del caballo, una mano minúscula en comparación, y percibió el calor del pelo

y los músculos. Los copos se disolvían nada más tocar sus flancos vaheantes. Llevaba hileras de pequeños cascabeles cosidas al arnés de cuero lustrado, y cada cascabel tenía grabado en el metal un emblema: un copo de nieve de seis puntas.

El animal aguardaba pacientemente, como en espera de una orden. Zoe le acarició los hombros y el cuello, incapaz de llegar al testuz de tan alto como era. Aun así, el percherón aguzó las orejas ante su delicado acercamiento, y nubes de vaho ascendieron en espiral desde su hocico.

—¡Qué negro en contraste con la nieve! ¡Eres precioso! —dijo Zoe—. ¡Precioso!

Se situó frente al caballo. Sus ollares eran aterradores, agujeros negros muy abiertos que despedían chorros de vapor. Parecía una criatura surgida de los orígenes del universo. El caballo torció y apartó un poco la cabeza, de modo que su ojo, fijo en Zoe, semejaba un espejo de obsidiana negra bruñido en el que ella veía su propia imagen distorsionada: una cosa pequeña, arrebujada en una simple manta, alzando la mirada con esperanza y asombro. El caballo cabeceó, agitando el penacho carmesí, y volvió a mascar el bocado. Zoe intentó soplarle en los ollares con delicadeza, pero el animal volvió a sacudir el penacho en dirección a ella. Lo interpretó como señal de que no le gustaba que se acercara por delante.

Rodeó, pues, al paciente percherón para examinar el trineo que arrastraba. Era un artefacto sencillo. Un tosco armazón de madera con gigantescos patines de acero para deslizarse por la nieve. Tenía un mullido y cómodo asiento elegantemente tapizado en cuero negro con ribete de terciopelo. Si bien admitía a dos o más pasajeros, no parecía haber un pescante para el cochero. Las riendas de cuero tachonadas estaban enrolladas en la parte delantera del trineo, como si esperaran a que alguien las cogiera.

Zoe se planteó probar el asiento. Alzó un pie con la intención de encaramarse al estribo, pero era demasiado alto para ella. Retrocedió de un salto con una ligera exclamación de sorpresa. El estribo se hallaba de pronto a la altura de su cabeza y tanto el percherón como el trineo parecían haberse agrandado. Ahora era un caballo descomunal, aterrador, y Zoe, mirando desde abajo a semejante bestia, se sintió como una niña pequeña. En cuanto ella se apartó, el caballo, como estimulado por una fusta invisible, cabeceó de nuevo y empezó a trotar.

—¡Eh! —gritó Zoe—. ¡Eh!

Pero el percherón se alejaba ya, avanzando a paso uniforme entre los suaves copos de nieve con un admonitorio repique de cascabeles. Zoe lo observó marcharse. El caballo y su trineo vacío siguieron la curva de la calle y desaparecieron detrás de una hilera oscura de abetos colmados de nieve.

Zoe aguardó hasta que dejaron de oírse los cascabeles y se impuso de nuevo el silencio. Miró a uno y otro lado de la calle. Después volvió a entrar en el hotel y regresó a la habitación donde Jake aún dormía.

Sentada en la cama, contempló el suave movimiento de su pecho mientras dormía. Alargó el brazo y le cogió la mano, en parte con la esperanza de que despertara, en parte con la esperanza de que no. Decidió dejárselo al destino. Si despertaba, le hablaría del caballo. Si no, no le diría nada. Tuvo que preguntarse por qué no se permitía contarle algunas de las cosas que sucedían en torno a ellos; ella misma no comprendía por qué se las callaba. Era como si una parte muy primaria de ella sintiera terror ante la idea de que nada de lo que ocurría allí podía ser bueno para ellos. Tenía la impresión —irracional pero basada en una convicción surgida de lo más hondo de su alma— de que, a cada nuevo episodio, algo intentaba introducirse entre Jake y ella. Solo hallarían la paz en la inacción total.

Mantuvo su mano cogida. Sus manos fueron uno de los primeros detalles que le llamaron la atención de él al conocerlo. Eran grandes y masculinas, pero también elegantes y expresivas. Las usaba mucho en la conversación. Le habría gustado tenerlo cogido de la mano para siempre.

Se durmió a su lado.

Al día siguiente, por la noche, volvió a cortarse el suministro eléctrico. Se hallaban en el vestíbulo del hotel cuando las luces parpadearon y se apagaron. Se apagaron en todo el pueblo.

Ya había sucedido antes, y la electricidad había vuelto al cabo de un rato. Tenían velas, que encendieron y colocaron en el mostrador de recepción, y esperaron. Pasada una hora, la luz no había vuelto, así que salieron, ya que fuera se veía mejor gracias al claro de luna realzado por la nieve.

Las tiendas y restaurantes se hallaban sumidos en una oscuridad total. Al pasar por delante de ellos, ofrecían de pronto un aspecto hosco nuevo. La nieve y la luna se reflejaban en el cristal cilindrado de los escaparates a oscuras con un tenue e inquietante resplandor azul.

—La luz nunca había tardado tanto en volver. ¿Qué querrá decir? —preguntó Zoe.

Jake no contestó, y la pregunta sin respuesta quedó suspendida en el aire frío, siguiéndolos mientras avanzaban lentamente por la calle mayor vacía. Sus pisadas chirriaban en la nieve compacta. No tenían ningún plan: habían salido pensando que la luz volvería de un momento a otro. Pero cuando llegaron al extremo del pueblo, donde acababan los edificios, dando paso a un campo abierto, que a su vez era engullido poco más allá por el bosque oscuro, aún no había vuelto la luz.

—Esto exige una carta al alcalde —dijo Jake, pero Zoe había perdido el sentido del humor.

Dieron media vuelta y volvieron sobre sus pasos en silencio.

A medio camino, las luces parpadearon en todo el pueblo y los dos lanzaron un involuntario grito de júbilo. Se oyó también el ruido de los generadores y las turbinas que se activaban en algún lugar, tal vez para impulsar los remotes que habían dejado en marcha.

Encontraron una vinatería, donde hicieron una incursión en los botelleros y encendieron el aparato de música. Zoe puso *Winter* de Tori Amos, porque Jake le había dicho una vez que esa canción le despertaba deseos de llorar pero nunca se permitiría hacerlo; y ella le preguntó si recordaba dónde la habían oído por primera vez.

—No —contestó él—, no me acuerdo.

—Piensa.

—No. No me viene nada a la cabeza.

Así que ella se lo dijo. Fue en una de sus primeras vacaciones en la nieve juntos. La habían oído en un bar y Jake se había acercado al camarero y preguntado quién era la cantante.

—De eso tampoco me acuerdo.

Así que ella le explicó qué vacaciones eran, y dónde, y con quién estaban, y a quién conocieron.

—No, tengo una laguna en la memoria.

—¡Tienes que acordarte! ¡Claro que te acuerdas! ¡Por fuerza! ¿Cómo no vas a acordarte?

—No, no me acuerdo.

Zoe le describió la pensión donde se habían alojado, donde una vieja tenía que ir a un cobertizo a buscar la leña para la estufa que calentaba el agua del baño, y cada noche se llevaba la mano a los riñones, hacía una mueca de dolor y salía arrastrando los pies para ir a por más leña, como si la petición de darse una ducha o un baño después de pasar el día esquiando no fuese razonable. Y le habló del adusto tirano que tenían por monitor de esquí, que los obligaba a bajar por láminas de hielo bruñido.

Jake no recordaba nada de nada.

Era cierto que habían ido muchas veces a esquiar juntos, y a esas alturas era ya difícil distinguir unas de otras, pero a Zoe la inquietó que él no recordara nada de esa ocasión en particular.

—¿Qué ha sido de esas vacaciones? —preguntó Jake—. ¿Cómo es posible que recuerde otras pero no esas? En fin, tampoco es que mi memoria sea un DVD que se ha caído detrás de un armario. Sencillamente ha desaparecido.

—No importa —dijo Zoe.

—Claro que importa. ¿Qué somos sino la suma de nuestros recuerdos?

—Olvidas aquello que podemos llegar a ser. ¿No es eso más importante?

Jake contrajo el rostro y se deslizó dos dedos entre el pelo, como si intentara localizar en algún lugar bajo el cráneo las imágenes de sus vacaciones perdidas y masajearse las.

—Bueno, al menos no te has olvidado de esta canción —señaló ella.

—No. Hay ciertas canciones, y también libros y películas, que son como puntos culminantes en la memoria. Como si fueran incluso más grandes que tus propias experiencias. Nunca se borran.

—Y hay otras muchas cosas que olvidas.

—Eso sí, olvidas muchas cosas.

Se quedaron un rato en el bar, escuchando música y persiguiendo recuerdos. A ninguno de los dos le apetecía comer, así que volvieron al hotel por las tortuosas calles, cogidos del brazo. Cuando entraron en la recepción, Jake advirtió que algo había cambiado.

—Las velas que hemos encendido han empezado a consumirse. Mientras estábamos fuera.

—¿Y siguen consumiéndose?

—No pienso quedarme aquí mirando para averiguarlo, pero eso mismo me pregunto yo. Porque sería raro, ¿no? Que las velas se consumiesen solo cuando se va la luz. Sería extraño, ¿no?

—¿Sabes qué? —dijo ella—. Ya me siento incapaz de buscar más respuestas. Esto está volviéndome loca. A veces hay que dejarse llevar por la corriente sin más.

—Eso sería demasiado fácil.

—Vamos. A la cama —propuso ella.

Zoe despertó en plena noche con sensación de frío. Normalmente en las habitaciones hacía un calor agobiante, así que siempre dejaban una ventana entornada, pese a que Zoe era la única que sentía las fluctuaciones de la temperatura. Se levantó de la cama y cerró la ventana, pero, al mirar fuera, vio que la luz se había ido otra vez. En el pueblo estaba todo apagado. Se estremeció y volvió a meterse bajo el edredón.

Ya no pudo conciliar el sueño. Pensó en despertar a Jake para decirle que se había ido la luz otra vez, pero decidió dejarlo dormir. Al fin y al cabo, él no podía hacer nada al respecto. Permaneció despierta, con los ojos abiertos y la mirada fija en la oscuridad. Quizá ese estado de inquietud lo arrancó a él del sueño, porque lo oyó musitar:

—¿Estás despierta?

Zoe se volvió para mirarlo. Los ojos de Jake eran manchas negras y untuosas en la oscuridad.

—Sí, se ha ido la luz otra vez.

—¿Cuánto hace?

—No lo sé. Como mínimo una hora. Tenía frío y he ido a cerrar la ventana. ¿Tú tienes frío?

—Ven. Acurrúcate. Intenta dormirte otra vez.

Por la mañana, al despertar, descubrieron que la luz no había vuelto en toda la noche. Zoe dijo que percibía una diferencia en la temperatura: que el hotel, por lo general demasiado caldeado, se había enfriado durante la noche. Jake dijo que él no notaba la diferencia, pero se vieron obligados a hablar de qué sucedería si la pérdida del suministro eléctrico pasaba a ser permanente. Lo llamaron «crisis de energía». Hablaron del aprovisionamiento de comida. Las cámaras frigoríficas de su propio hotel y del supermercado y, cabía suponer, de todos los demás hoteles, estaban bien abastecidas de alimentos congelados, así que nunca habían tenido que plantearse de dónde sacar la comida. Pero si los frigoríficos dejaban de funcionar, todas esas provisiones se pudrirían en cuestión de días; a menos, claro está, que lo sacaran todo y lo enterraran en la nieve.

El hotel disponía de una gran chimenea en el vestíbulo. Tendrían que quemar leña

para calentarse, decidieron. Había de sobra. Jake dijo que incluso podía quemar el material de construcción de los otros hoteles, tablón a tablón, si se les acababa. Zoe se llevó la mano al vientre. Temía el futuro que aquel lugar pudiera depararles.

Bajaron al vestíbulo para examinar la chimenea. Las manchas de hollín indicaban que era una chimenea utilizable, no decorativa, a pesar de que parecía en desuso desde hacía tiempo. Jake propuso salir a buscar troncos apilados que pudieran llevar hasta la recepción.

Fue él quien reparó en que las velas que habían encendido y colocado en el mostrador de recepción se habían consumido por completo. La cera blanca se había derramado por la lustrosa superficie de madera de haya.

—¿Recuerdas aquellas llamas eternas? —preguntó Jake—. Ya no son eternas.

—Eso me asusta —dijo ella—. ¿Qué significa?

—Significa que aquí las reglas cambian continuamente. Venga, vamos a buscar leña.

A unos cien metros del hotel había una vivienda antigua de piedra gris azulada, con balcones y postigos de madera. Acaso fuera una de las casas de labranza originales del pueblo, construida en los tiempos en que el esquí como actividad de ocio aún no lo había cambiado todo. Sus tablones, ya muy viejos y grisáceos, estaban gastados, granulosos y agrietados. A un lado de la casa había adosado un precario cobertizo de madera. Bajo el cobertizo descubrieron leños bien apilados y tapados con una lona. Jake extendió la lona en el suelo y empezó a amontonar troncos en ella para poder llevarlos a rastras hasta el hotel.

—Una buena pila de troncos. Deberíamos dar las gracias a quien vivía aquí por el trabajo que se tomó.

Zoe dejó de cargar troncos.

—Quiero echar un vistazo dentro.

Jake siguió apilando leña en la lona.

—No sé si está bien.

—¿Qué más da?

Aunque habían hecho incursiones en hoteles, tiendas, vinaterías y restaurantes sin contemplaciones, hasta ese momento se habían abstenido de entrar en viviendas particulares. Quizá fuera señal de respeto, quizá una manera de mantener viva la absurda esperanza de que algún día alguien volviera a esas casas, de que el pueblo se repoblara. Al margen de cuál fuera la razón, ni se les había pasado por la cabeza entrar en el hogar de una familia.

—Quiero saber quién vivió aquí —insistió Zoe.

Jake cogió otra brazada de troncos mientras ella se dirigía hacia la parte de atrás de la casa.

La puerta posterior no estaba cerrada con llave. Zoe accionó el picaporte y entró.

Resistió la tentación de levantar la voz, de anunciarse.

El interior de la casa estaba muy oscuro. La puerta daba a una cocina, que a su vez accedía a un comedor ordenado, con sillas viejas dispuestas en torno a una mesa. A la derecha había otra habitación, en apariencia una especie de taller. Dentro de la casa hacía frío, olía a yeso húmedo y flotaba en el aire cierto tufillo, tal vez a bolas de naftalina.

La sala tenía una chimenea con una repisa y, encima, un espejo. En ambos extremos de la repisa se alzaban candelabros de latón con velas nuevas envueltas aún en celofán. Al lado había cerillas, así que rompió el celofán de las velas y las encendió. Se miró en el espejo.

El azogue se había empañado y desconchado en algunos puntos y el óxido formaba en él diminutos agujeros. Aquel espejo debía de llevar allí colgado cien años por lo menos. Con esa luz, se vio de un color amarillento, y el espejo herrumbroso le añadió unas cuantas pecas. Era una imagen poco favorecedora. Tenía un aspecto bastante demacrado. La chimenea bajo la repisa estaba llena de ceniza. Se agachó para tocarla, buscando calor, pero la notó húmeda y fría.

Dispuestas a ambos lados del hogar, había dos viejas butacas de cuero con macasares de encaje en los respaldos. Los macasares conservaban una sombra allí donde habían descansado las cabezas durante años. Casi le llegó el olor del sebo de los ocupantes de esas butacas.

Fotos enmarcadas de dos o tres generaciones pendían de la pared, viéndose claramente el contraste entre los pesados marcos de madera de los retratos tradicionales y las fotos más pequeñas en marcos de plástico y cromo con imágenes modernas y más descuidadas. Zoe pudo deducir las relaciones de parentesco, observando que las instantáneas en color de los años setenta —con la imagen mal fijada y descolorida por los líquidos fotoquímicos de la época— no podían competir con las modernas y vívidas fotos en color de unos niños.

Se le ocurrió que algunas de las personas de las fotos estaban muertas y otras vivas, y sin embargo se sintió igualmente separada de todas ellas.

Colgaba de la pared un reloj con el péndulo a la vista dentro de una vitrina, sus manecillas detenidas en las 8.50, que bien podía ser, calculó Zoe, la hora exacta del alud. Abrió la vitrina y balanceó el péndulo para reactivar el reloj. El péndulo osciló varias veces con una sucesión de tranquilizadores chasquidos, pero al final se detuvo. Zoe lo intentó de nuevo, pero el péndulo volvió a detenerse. Buscó una llave para dar cuerda al reloj. Por un momento eso le pareció importante, pero enseguida se rindió.

Pasó de esa sala al taller situado en un lado de la casa. Se percibía en el aire un agradable aroma a virutas de madera. Vio una ordenada hilera de herramientas de carpintero: cinceles, cepillos, sierras. De pronto descubrió en qué había estado trabajando el artesano.

Era un ataúd. La madera presentaba aún su aspecto natural: labrada y unida con precisión, bien cepillada pero sin enchapar, en espera de ser forrada por dentro, guarnecida de empuñaduras en el exterior y provista de una tapa. Zoe quedó fascinada y horrorizada. Se acercó al ataúd, casi temiendo que contuviera un cadáver embalsamado, pero estaba vacío.

Oyó entrar a alguien en la casa. Se volvió al instante, y allí estaba Jake, encuadrado en el umbral de la puerta, entre el taller y la sala. Su rostro quedaba oculto entre las sombras pero se le veían claramente los ojos, como suspendidos en el aire.

—Hacía ataúdes, a eso se dedicaba el hombre que vivía aquí. Ese era su oficio.

Jake echó un vistazo al interior del ataúd.

—Es más o menos de mi tamaño.

Levantó una pierna en ademán de subirse al banco de trabajo.

—¡No hagas eso!

Él no la escuchó. Se metió en el ataúd y se tendió.

—Yo me voy de aquí —dijo Zoe, y salió apresuradamente, dejando allí a Jake con su juego morboso.

Fuera, Zoe esperó junto a la lona con su carga de leña. Jake tardó en salir, pero ella se resistió a entrar a buscarlo. Finalmente él apareció y, sin mediar palabra, agarró un ángulo de la lona y empezó a tirar.

Zoe cogió otro ángulo de la lona.

—Eso no ha tenido gracia.

Jake dejó escapar un resoplido.

—Sí la ha tenido. La ha tenido y la tiene. Tiene gracia.

—No, no la tiene. Te crees gracioso y no lo eres.

—Pero sí tiene gracia. Tiene mucha gracia.

—No, no la tiene.

—Sí la tiene.

Y Jake soltó una sincera carcajada, para demostrarle lo gracioso que era; y el eco de su risa quedó flotando en el aire helado como un espectro cruel.

Zoe apretó los labios.

Cuando regresaron al hotel, descubrieron que la luz había vuelto. Pero al cabo de diez minutos se fue de nuevo.

—A veces hay que reírse —dijo Jake en la oscuridad—. ¿Te acuerdas de mi padre? Sencillamente hay que hacerlo: reírse, quiero decir.

La experiencia de Jake con la muerte había sido muy distinta de la de Zoe. Cuando llegó al hospital se encontró con que habían asignado a su padre una habitación individual al fondo de la sala. Su padre, Peter, estaba muy débil, pero logró levantar la cabeza de la almohada y guiñarle un ojo.

—Menos mal que has podido venir, Jake. Estos payasos no tienen ni puta idea de nada. Quiero un hombre armado en cada puerta. ¿Está claro?

—Ya nos hemos encargado de eso, papá. Está todo bajo control.

Peter dejó caer la cabeza de nuevo en la almohada.

—Joder, menos mal que has llegado, solo digo eso.

Jake jamás en la vida había oído a su padre soltar tacos. Lo había oído hablar en tono colérico, crítico, consternado y alguna que otra vez exaltado por efecto de un par de copas de coñac, pero nunca, ni en su infancia ni en su vida adulta, lo había oído pronunciar una sola palabra malsonante, jurar o siquiera blasfemar. Peter desaprobaba el lenguaje soez.

Y eso era un problema para Jake, porque durante su época en la universidad le cogió gusto a cierto cóctel de lo sagrado y lo profano. Los tacos y las blasfemias en toda regla. Le gustaba decir «me cago en la Virgen y todo su séquito», sin pararse a pensar quién formaba parte del séquito. Le gustaba decir «puto san Judas». Una vez, en casa de su padre, mientras apretaba los tornillos de una bisagra floja de la puerta de un armario, el destornillador resbaló y se cortó en la mano. Sin querer, gritó «me cago en los doce apóstoles y los cuatro evangelistas», cosa que incluso a él, ex catequista y en otro tiempo niño cantor, le pareció a la vez fuerte y sorprendente.

Su padre, que estaba detrás de él mirando, se limitó a pestañear y salió de la cocina.

Poco después Jake lo siguió y lo encontró en la sala de estar pasando la aspiradora por la moqueta. Tenía los labios apretados. Jake desenchufó la aspiradora y le enseñó a Peter la herida en la mano.

—¿Qué esperabas que dijera? ¿Alabado sea Jehová?

—Ni siquiera eso.

—¡Solo son palabras!

—Tener una bisagra floja en la puerta de un armario es menos desagradable que oír ese vocabulario.

—¡Papá, tú estuviste en la guerra! ¡En Operaciones Especiales! ¡Viste a hombres destripados! ¡Tienes que saber lo que es importante y lo que no!

Peter, del mismo modo que no incurría en el lenguaje soez, tampoco incurría en el lenguaje corporal. Era un maestro del autocontrol. Su única forma de expresar involuntariamente sorpresa, irritación o placer era mediante un acto reflejo que

consistía en llevarse la mano a las gafas y sujetar el lado derecho de la montura entre el pulgar y el índice, como para multiplicar así los aumentos de las lentes. Eso hizo en ese momento.

—¿Nunca has pensado que esa podía ser la razón por la que no apruebo el lenguaje soez en esta casa?

Jake levantó las manos en un gesto de exasperación. Ni en esta casa, ni fuera de la casa, pensó. Cuando iba a ver a Peter, siempre tenía la sensación de que debería haber dejado los zapatos en la puerta: tarde o temprano, le hacía sentir que había entrado algo desagradable en la casa consigo.

Si Jake se quedaba tiempo suficiente, su padre a veces sacaba una botella de coñac del aparador y servía dos exiguas dosis en grandes y pesadas copas de coñac. Jake siempre había querido preguntar: ¿qué sentido tiene usar una copa tan grande para una cantidad tan pequeña? Tomar coñac con su padre era como recibir una invitación a tomar una copa en la casa del director del internado el día que dejabas la escuela. Te preguntaba por tus planes y fingía interés y escuchaba con un simulacro de sonrisa hasta que acababas.

Peter y la madre de Jake se habían divorciado cuando él tenía doce años; ella se había ido a vivir a Escocia. La diferencia de edad en la pareja —estimulante y atractiva para ella cuando lo conoció y se casó con él— fue toda una prueba en años posteriores. Al final ella sintió alivio por dejar atrás a un marido ya entrado en años. A Jake lo mandaron a un internado, cosa que Zoe nunca le permitía olvidar, y que en todo caso él tampoco habría podido olvidar.

Aquella vez, después del incidente del destornillador, se tomaron su coñac ritual y justo cuando Jake se disponía a dejar la copa y despedirse, Peter empezó a hablar sin tapujos del vocabulario malsonante.

—Sé que para tu generación es distinto, pero a mí me ofende. No me gusta cuando blasfemas, porque eso es ofensivo para mi fe; y no me gusta cuando maldices, porque representa una pérdida de valores.

—Ya, pero ¿qué valores, papá?

—Tú no lo entiendes. Hablar, conversar... es decir, el lenguaje... representa la expresión más ordenada, civilizada y racional de la naturaleza humana. Todas esas expresiones malsonantes llenan los vacíos en los que no se te ocurre nada que decir. Es lo contrario a ser racional y ordenado. Todo lo contrario. Es un intento de eliminar la conducta civilizada, la racionalidad y el orden.

—Ya. Lo que pasa es que yo no creo mucho en la racionalidad y el orden.

—¡Ah! ¿Crees que deberíamos rendirnos? ¿Dejar que todo se vaya por la cloaca?

—Ni mucho menos. Lo que quiero decir es que somos racionales parte del tiempo, pero no todo el tiempo. No tenemos ni idea de lo que hay por debajo de la racionalidad. El lenguaje soez, como tú lo llamas, es una manifestación de eso.

—¡Vaya! Veo que coincidimos en algo. Ese vocabulario es una llamada al inconsciente, a la muerte y a la inmundicia.

—¿No es eso lo que se esconde por debajo de todo?

Peter esbozó una mueca de desdén por detrás de su copa de coñac.

—Hijito, tú no tienes ni la menor idea de lo que es la muerte. Ni la menor idea. — De inmediato se reprendió—: Perdóname por llamarte «hijito», eso no es cosa de hombres.

—¿No es cosa de hombres? ¡Papá! ¡Relájate un poco! Oye, eso de los tacos no es más que una manera de desahogarse. Una válvula de escape.

—En eso no nos pondremos de acuerdo.

Jake se levantó. Había llegado la hora de marcharse. Siempre se estrechaban la mano, con firmeza y mirándose a los ojos: su padre le había enseñado que al estrechar una mano siempre había que mirar a los ojos. Jake había visto a Zoe y Archie abrazarse afectuosamente cuando se saludaban y despedían. Se había preguntado si la reticencia a los abrazos era propia de hombres, pero al cabo de un par de años Archie le ofrecía gustosamente un abrazo también a él. Peter y él, en cambio, se habían limitado siempre al firme apretón de manos, y no iban a empezar a abrazarse a esas alturas.

Así y todo, al ver a su padre en una cama de hospital, deseó abrazarlo. Ese padre que de pronto, inexplicablemente y contra toda una vida de contención, había empezado a decir tacos.

Peter levantó la cabeza de la almohada.

—Sabes que han alcanzado a Charlie, ¿no? El pobre capullo.

—¿Charlie?

—Lo hemos perdido. Me da pena. Un buen elemento para tenerlo al lado en un aprieto. ¿Has visto esa esarpa por donde hemos entrado?

—¿Escarpa?

—Dios mío, ya he pasado por esto muchas veces. Hay un saliente por encima de la cueva en la pared de roca, a gran altura. Si hay un solo hombre disponible, debe quedarse ahí apostado a todas horas. Justo ahí, joder.

—Papá...

—No pienso discutir, joder. No estamos en el ayuntamiento del puto pueblo. Tú obedece y punto. Tendré que decírselo a la puta mujer de Charlie cuando volvamos. Si es que volvemos. Y todo por un coño, hay que ver.

Jake había comprado uvas y agua de cebada con limón. Lo dejó todo en el aparador.

—¿Uvas? —dijo Peter—. ¿De dónde demonios has sacado eso en esta época del año?

—Del supermercado, papá.

Peter se llevó la mano a la cara para tocarse la montura de las lentes, pero las gafas estaban plegadas en el mismo aparador. Se disponía a decir algo cuando la enfermera de la sala, una monja, entró y descolgó el historial de la tablilla prendida al pie de la cama.

—Quiero a esas putas fuera de aquí, joder.

—Calma, calma, señor Bennett —dijo la hermana de la sala con firmeza—. A ver si nos moderamos un poco.

—Saca de aquí a esa fulana, Jake. ¿Sabes una cosa? Si las botas militares se hicieran con cuero de coño, no se gastarían nunca.

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó Jake—. ¿Podemos hablar un momento?

Jake salió de la habitación individual con la hermana y cerró la puerta.

—Oiga, nunca lo he oído hablar así.

La hermana era una mujer robusta de grandes ojos bovinos. Un rizo rubio blanquecino escapaba de la toca por encima de la frente.

—Uy, he oído cosas mucho peores, por el amor de Dios.

—¿En serio? ¡Yo no!

—En fin, usted ni se lo imagina.

—Es como si hubiera retrocedido en el tiempo. Vuelve a estar en la guerra. Es como si aún estuviera combatiendo. ¿Es por la medicación?

—En realidad no. Debido al cáncer de huesos, la materia ósea se disgrega y entra en el torrente sanguíneo. El calcio llega al cerebro. Su padre no siempre está así. La mayor parte del tiempo es un hombre adorable.

—Es un alivio saberlo. Oiga, tengo en la bolsa una botella de coñac y un vaso de papel. Sé que en principio está prohibido, pero... ¿pasa algo si él toma un poco?

—Yo no he visto nada.

—Gracias.

«Enfermeras y soldados —pensó Jake—. Lo ven todo y hacen como si no vieran nada.»

Peter había pertenecido al grupo de Operaciones Especiales durante la guerra. Como oficial en las fuerzas de élite del SAS, había comandado la Operación Pepino al otro lado de las líneas enemigas en las montañas del norte de Italia durante el invierno de 1944-1945. Treinta y dos hombres se habían lanzado en paracaídas a plena luz del día. Tenían órdenes de dejarse ver claramente y simular los movimientos de una compañía mucho más numerosa para distraer a las tropas enemigas que impedían el avance aliado. La operación fue un éxito, ya que los alemanes, cayendo en el engaño, desviaron hacia allí a miles de soldados.

Fue un crudo invierno, y se combatió cuerpo a cuerpo contra los camisas negras italianos y las tropas alemanas. Peter volvió con dieciocho de los treinta y dos

hombres, o como él siempre decía: perdió catorce buenos hombres. Por alguna razón, ahora volvía a estar allí, en los montes nevados de Italia.

Jake regresó a la habitación. Su padre parecía haberse dormido. Jake sacó el coñac de la bolsa junto con dos vasos de papel y los dejó en el aparador. Luego se sentó en la silla de plástico al lado de la cama y, con las manos en las rodillas, miró a su padre mientras dormía.

Al cabo de cinco minutos Peter abrió los ojos y dijo:

—Deberías ponerte en contacto con tu tío Harold. Le presté un par de miles hace unos años. Deberías quedártelos tú. Yo no los necesito, pero deberías quedártelos tú.

—Harold murió hace mucho tiempo, papá. Mucho tiempo.

Peter levantó la cabeza de la almohada.

—¡No me digas!

—Hace quince años.

—Dios bendito. Nadie me cuenta nada. Dudo mucho que recuperemos ese dinero.

—Déjalo estar, papá.

Peter arrugó la nariz.

—Me comeré una uva.

—Ya las he lavado, por eso no te preocupes —dijo Jake, y acercó las uvas a su padre.

Peter se reclinó y empezó a comerse las uvas, masticándolas muy despacio, con la mirada fija en el techo. Transcurrieron unos veinte minutos. Por fin Peter preguntó:

—¿Dónde está Charlie? Estoy muy preocupado por él.

—Charlie se ha ido, papá.

—¿Que se ha ido? Pero si estaba aquí hace un momento.

—Escucha, papá. Estás en un hospital.

—¿Cómo?

—En el hospital de Warwick. Estás bajo tratamiento por el cáncer. Te pondrás bien.

—¿Cómo?

—Zoe vendrá mañana conmigo a verte.

—¿Zoe? Zoe es tu mujer.

—Exacto.

Peter se irguió como pudo. Contrajo el rostro al enderezarse a causa del esfuerzo. Luego miró alrededor, como si viera la habitación por primera vez.

—Tengo cáncer.

—Sí, papá. Pero todo va bien.

—Mentiroso.

—Todo va bien. Acabo de hablar con la hermana de la sala. Oye, te he traído un poco de coñac. Del bueno.

—Coñac. Eres un hacha, hijo. Un hacha.

Jake se levantó y sirvió dos chorros de coñac, esta vez generosos, en los vasos de papel. Entregó uno a su padre, que bebió un buen trago. De pronto se abrió la puerta.

Entró briosamente en la habitación una mujer de mediana edad con el pelo a cepillo, blandiendo un sujetapapeles en una mano y pulsando repetidamente el botón de un bolígrafo con la otra. Vestía un ajustado traje negro dividido por un ancho cinturón carmesí. La vivacidad de su cara era tal que exhibía una energía casi caricaturesca.

—¡Buenas! ¡Buenas! ¿Cómo estamos hoy?

—Bien —respondió Jake—. Gracias.

—Estupendo, maravilloso —dijo ella—, porque estamos recogiendo peticiones para la RHW.

—¿Peticiones?

—¿Y tú quién coño eres? —bramó Peter—. ¿Quién coño te ha dejado entrar?

La vivacidad desapareció del rostro de la mujer. Concentró toda su atención en Jake.

—Para la RHW. La Radio del Hospital de Warwick. Estoy recogiendo peticiones y esta noche pondremos las canciones solicitadas.

—¡Mira que eres estúpida, puta de mierda!

—A mi padre le gusta bastante Sinatra, y cosas así —dijo Jake.

—¿Conoces la canción *Tú y yo en una canoa de plomo*? ¿No? Pues yo tampoco, joder. Deberían enterrarte en un ataúd en forma de Y, ¡puta!

—Se llama Peter Bennett y le gustaría oír *Love Is the Tender Trap*.

La mujer lo anotó cuidadosamente.

—*Love. Is. The. Tender Trap*. Esa me gusta. Bueno, estupendo, maravilloso. Ya los dejo con lo suyo.

Ahora Peter llevaba puestas las gafas y, sujetándose la montura con los dedos y arrugando la nariz en una mueca de desprecio, miraba a la mujer del cinturón rojo.

—Gracias —dijo Jake—. Le gustará.

Cuando la mujer se fue, Peter susurró:

—No le hagas ni puto caso a esa fulana. Ven, acércate, quiero decirte una cosa. Más cerca.

Jake se inclinó sobre la cama. Peter, con una seña, le indicó que se aproximara aún más. Quería decir algo en voz muy baja. Juntó las yemas del pulgar y el índice.

—Nos hemos quedado sin provisiones. Ya no nos harán ningún otro envío por aire. No. Nuestra única posibilidad es cruzar la montaña.

—Recuerda que...

—Calla y escucha. Dejaremos a los partisanos las ametralladoras Bren y la munición. Los boches pensarán que seguimos aquí. Charlie tiene gangrena y no

puede siquiera moverse. Siento un gran aprecio por ese tipo... es el mejor... pero ya sabes lo que voy a tener que hacer.

—No, papá.

—No hay más remedio, hijo, no hay más remedio.

Jake vio a su padre apretar los dientes. Peter, reclinándose, se retorció los dedos. Su estado de angustia saltaba a la vista.

Jake se aclaró la garganta.

—Papá, ya me ocuparé yo de eso.

—¿Cómo?

—De Charlie. Ya me encargo yo.

—No. De eso ni hablar. No y no, joder. Aquí soy yo el oficial de mayor rango y esa tarea me corresponde a mí.

—Ya lo haré yo por ti.

—No, ni hablar, es una orden. Es mi responsabilidad, no tuya. —Peter clavó la mirada en él y Jake, quizá por primera vez en su vida, comprendió hasta qué punto su padre era una persona feroz y resuelta.

—Tú no puedes moverte —dijo Jake por fin—. Estás aquí postrado. Voy a hacerlo yo con tu permiso o sin él.

—Ni se te ocurra, hijo. Ni se te ocurra.

—Voy a hacerlo, voy a salir ahora mismo por esa puerta.

Peter montó en cólera. Haciendo caso omiso de las protestas de su padre y de todas las obscenidades que las acompañaron, Jake se levantó, salió de la habitación y cerró la puerta. Desde allí, oyó bramar a su padre: «Vuelve aquí, mierdecilla», y demás. Jake exhaló un profundo suspiro y se pasó las manos por el pelo. Una enfermera guapa lo miró desde el mostrador. Él cruzó los brazos y se quedó de espaldas a la puerta cerrada durante unos tres minutos.

Pasado ese tiempo, volvió a entrar. Su padre, ya más tranquilo, lo miró con actitud expectante.

—Ya está —dijo Jake.

—No he oído el tiro.

—He silenciado el arma. Charlie está muerto. Asunto resuelto.

Peter se quitó las gafas y se pellizcó el caballete de la nariz.

—Un buen hombre, joder. Uno de los mejores.

Luego volvió a mirar alrededor. Posó la vista en la botella de coñac que estaba en el aparador, y en las uvas, y finalmente en Jake.

—Jake, ¿qué demonios haces aquí?

—He venido a verte, papá.

—Pero tú no deberías estar aquí. No entiendo nada. Tú no deberías... Dios mío, qué confundido estoy. Qué confundido.

Jake percibió un temblor en su voz, un temblor que nunca había oído. Era la primera señal de fragilidad emocional que advertía en su padre, y le traspasó el corazón. Se levantó e hizo ademán de abrazarlo, pero Peter casi pareció sentir repugnancia. Lo abrazó, pues, solo a medias, e interrumpió el abrazo fingiendo que arreglaba la almohada y estiraba las sábanas.

—¿Dónde está Zoe? —preguntó Peter.

—¡Ah! Vendrá mañana.

—Quiero ver a mi Zoe. Es una chica encantadora. Quiero verla.

—Claro, papá. Vendrá mañana.

—Hoy ha preguntado por ti —dijo Jake a Zoe esa noche.

—¿Me ha llamado por mi nombre? No puede estar tan mal si ha preguntado por mí llamándome por mi nombre.

Jake le había hablado de los delirios de Peter, de que creía hallarse otra vez en los montes italianos.

—Está retrocediendo en el tiempo. Va y viene.

—¿Por qué crees que ha vuelto a esa época concretamente?

Jake movió la cabeza en un gesto de negación.

—Puede que haya sido la etapa más angustiada de su vida. Además, siente culpabilidad. Tuvo que matar a uno de sus hombres.

—¿Eso te lo ha contado él?

—Digamos que ha salido a relucir. No sé si conviene que vengas mañana. Conmigo estaba bien, pero cada vez que entraba una mujer en la habitación se ponía como loco: todo eran sapos y culebras.

—Eso a mí no me asusta.

—No, eran sapos y culebras de rabia. Sapos y culebras descontrolados.

—Tengo que ir. Además, ha preguntado por mí, ¿no? Tengo que ir.

Al día siguiente por la tarde fueron los dos. La enfermera del mostrador les dijo que Peter había pasado un mal día. Cuando entraron, Jake creyó percibir un miasma, una nebulosidad en la habitación que no había detectado la tarde anterior. Al principio dio la impresión de que Peter dormía, pero de pronto abrió los ojos.

—Esto pinta mal —anunció Peter.

Jake no supo si se refería al cáncer o a sus posibilidades en los montes.

—Eres un luchador, papá —dijo—. Siempre has sido un luchador.

Peter pareció detenerse a pensarlo.

Zoe se acercó a él.

—Hola, papá. —Lo llamaba «papá», igual que a Archie, cosa que a Peter le complacía.

—Zoe —dijo él, aceptando un beso—. No sabes las ganas que tenía de verte.

—Pues aquí me tienes. ¿Cómo te encuentras?

—Con mucho dolor. No se me va ni con la morfina. Y a veces no sé dónde estoy. Y me entran ganas de llorar. Pero ahora eso no lo vamos a permitir, ¿verdad que no?

—Claro que no —respondió Zoe. Se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo—. Ahora estamos aquí a tu lado.

—En fin, dejémoslo. Tenía algo importante que decirte, pero se me ha ido de la cabeza por completo. Ya no sé ni para qué me sirve.

Esperaron en silencio mientras él rebuscaba en su memoria.

Jake se sentó en la silla de plástico y dijo:

—¿Anoche pusiste la emisora del hospital?

—¿Cómo?

—Tenían una petición tuya. Frank Sinatra. Pusieron la canción especialmente para ti.

Peter miró a Zoe y se echó a reír, pero al hacerlo sintió una punzada de dolor.

—¿A que está como un cencerro? ¿De qué demonios habla? No me explico cómo se te ocurrió casarte con él.

—Es un misterio, papá —contestó ella.

—Ah, sí, ya me acuerdo de lo que quería decirte. Quédate con él, por su bien. Hasta que la muerte nos separe y todo eso. Quédate con él. Has sido una pieza clave en la vida de este chico. Lo digo en serio.

—¿Ah, sí?

—Era eso. Y también quería pedirte una cosa. Un pequeño abrazo. Tuyo. Un pequeño abrazo.

—Eso no es problema, Peter.

Zoe se deslizó hacia él por la cama con cuidado tanto como le fue posible, lo rodeó con los brazos y apoyó la cara en su áspera mejilla sin afeitar. Jake los miraba desde la silla de plástico. El abrazo duró diez o doce segundos, durante los cuales Peter acarició ligeramente con un dedo el pelo de Zoe.

—Con eso ya es suficiente —dijo.

—¿Y para mí no hay ningún abrazo?

—Eso no es cosa de hombres.

—Como tú digas.

A Peter no le quedaban ya muchas ganas de charla. Zoe y Jake se cansaron de buscar temas de conversación, desenterrando noticias en las que acaso él estuviera interesado. Pero no parecía estar ya en las garras del pasado, y Jake lo agradeció. No quería tener que salir a pegarle un tiro a Charlie por segunda vez.

Al cabo de un rato Peter se durmió, y se marcharon. El hospital los informaría si se producía algún cambio en su estado. En el camino de vuelta a casa, condujo Zoe.

—¿Has notado ese olor? —preguntó Jake mientras ella iba al volante.

—¿Qué olor?

—Quizá no fuera nada.

Llegaron a casa, y Jake, antes de meter la llave en la cerradura, oyó sonar el teléfono. Llamaban del hospital para anunciar que Peter había fallecido hacía menos de una hora.

Jake estaba ante la ventana de la habitación del hotel.

—¿Qué miras? —quiso saber Zoe.

—Nada.

Zoe se acercó para verlo con sus propios ojos, pero él se apresuró a volverse y cortarle el paso. Ella se rió, y cuando intentó esquivarlo, él se lo impidió de nuevo.

—¿Qué haces?

Jake no contestó. Se limitó a sujetarla para evitar que se aproximara a la ventana. Zoe trató de apartarle los brazos, pero él la estrechó contra sí, la llevó hacia la cama y la derribó en ella.

—¡Suéltame, Jake! Quiero ver qué hay.

Lo hizo a un lado de un empujón, se levantó como pudo y corrió a la ventana. Observó el paisaje nevado. El cielo, ya encapotado, presagiaba la aparición de negros nubarrones. La calle se curvaba a lo lejos, flanqueada a ambos lados por árboles como centinelas helados en una guerra olvidada. No había nada que no hubiera visto antes.

Jake, colocándose detrás de ella, miró por encima de su hombro. Rodeándole el vientre con un brazo, la acarició.

—¿Qué era? —preguntó Zoe, exigiendo una respuesta.

—Nada.

—Mientes.

—Sí.

—Pues dímelo.

—No.

Zoe se estremeció sin saber por qué. Se volvió y le apretó la mandíbula con la mano.

—¿Estás protegiéndome? No quiero que me protejas. Debes decirme todo lo que haya que saber sobre este sitio.

Jake le apartó la mano de su boca.

—Era un caballo.

—¿Un caballo?

—Sí, un caballo. Y un trineo. Estaba esperando ahí. Ya se ha ido.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Ya lo había visto antes. Me da miedo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que lo has visto antes?

—Sí. Varias veces.

—Yo también lo vi.

—¿Cómo? ¿Lo viste? ¿Viste ese caballo y no me lo dijiste?

—Sí. Un caballo negro enorme con un penacho rojo, que tiraba de un trineo gigantesco.

—¿Cómo es posible que no me lo hayas dicho, Zoe? ¿A quién se le ocurre?

—Mira quién habla. Hace un momento ni siquiera me has dejado mirar por la ventana.

Jake movió la cabeza y se hundió en una silla.

—De acuerdo. Hagámonos una promesa. No intentemos protegernos el uno al otro. Aquí, en este lugar. Lo digo sinceramente.

Jake escuchó atónito a Zoe mientras le contaba que había salido furtivamente en plena noche y se había acercado al vaheante caballo, que le había acariciado los costados e incluso había intentado subir al trineo. Le dijo que el caballo y el trineo eran enormes, pero cuando ella trató de subir al trineo, este se agrandó de repente hasta alcanzar un tamaño descomunal; o tal vez ella se había encogido, como Alicia.

Decidieron salir y echar un vistazo al lugar donde poco antes estaba el caballo.

Se veían huellas en la nieve, las de los patines del trineo y los cascos del caballo. Había también algo de bosta.

—Bueno, eso demuestra que era real —dijo Jake—, pero mira esto.

Cogió un poco de bosta con la mano enguantada y se la acercó a Zoe para que la viera.

—Muy bonita. Gracias.

—Mírala.

Tenía la forma y la textura corrientes de la bosta de caballo. Sin embargo emitía ondas de luz iridiscente. Destellaba. En medio del remolino de su propia luz, despedía un resplandor azul, verde, rojo y violeta.

—¿Estamos soñando? —preguntó Zoe—. ¿Es un efecto óptico?

—No.

Pero mientras Jake sostenía la bosta resplandeciente en su mano enguantada, esta se desvaneció, se desintegró, se convirtió en arena, desapareció. El resto de la bosta caída en la nieve se esfumó también, y lo mismo ocurrió con las huellas de los cascos y los surcos como raíles de tranvía dejados por los patines del trineo.

—Y yo que iba a proponer que siguiéramos el rastro... —comentó Jake.

—Jake, hace días que no lo intentamos.

—Intentar ¿qué?

—Marcharnos a pie.

—No.

—¿Por qué no lo hemos intentado?

—Porque estamos en un sitio donde la mierda de caballo brilla como el arco iris.

—Ya.

Regresaron al hotel. Seguía sin luz y sin calefacción, y la temperatura descendía

rápidamente. Era asombroso lo deprisa que podía perder el calor un hotel de aquellas dimensiones. Jake recordó que había visto un hacha clavada a un tronco en la casa donde habían entrado. Anunció que iba a salir a cortar leña menuda. Añadió que si era necesario, dormirían ante el fuego.

Mientras Jake estaba fuera, Zoe barrió y preparó la chimenea para cuando él volviese. En un hueco del faldón de piedra encontró un mazo de naipes. Lo sacó. Eran una especie de cartas del Tarot. Zoe ya había visto barajas de cartas así antes, y esa era una versión de la Europa continental, con los títulos de los Arcanos Mayores en francés. Casi todas las cartas mayores eran como las de la baraja clásica del Tarot, *La Lune*, *Le Soleil* y demás, pero incluía algunas distintas. Una se llamaba *La Montagne*, la montaña, y otra representaba una brújula, tal vez en sustitución de la convencional Rueda de la Fortuna. Otra era *Le Chien*, y ella no recordaba ningún naipe con un perro en el Tarot. Otra de las cartas que descubrió le cortó la respiración.

Eran dos grandes aves negras, posadas en sendos postes a los lados de una verja. Le recordaron los dos enormes cuervos que había visto la mañana que regresó al coche patrulla atascado en la nieve. Se estremeció.

Examinó la baraja lentamente, buscando la carta de la Muerte. A cada naipe que volvía, movía la mano más despacio, consciente de que esa carta tenía que estar allí. De pronto decidió que, fuera cual fuese su aspecto, prefería no verla. Recogió el mazo y lo dejó de nuevo en el hueco de la chimenea donde lo había encontrado.

Cuando Jake regresó con la leña menuda, lo ayudó a preparar la hoguera. Ya solo faltaba prender la cerilla, pero no la encendieron todavía. En cuanto a la baraja, Zoe no dijo nada.

La comida dispuesta en la encimera de la cocina se había podrido. Jake la tiró. Venía observándola como quien observa un reloj, pero empezaban a asaltarlo imágenes desagradables de gusanos y descomposición, así que la echó toda a una bolsa de basura y sacó la bolsa a la parte de atrás del hotel. Limpió la encimera con lejía.

Tenían cortado tanto el suministro eléctrico como el de gas, con lo que no era posible cocinar. Buscaron, pues, queso y galletas y fruta. Además de una botella de excelente vino tinto, por supuesto. Jake pensó que se les acabaría el alimento mucho antes que el vino.

—Nunca nos quedaremos sin pecado —dijo a la vez que descorchaba la botella.

—¿Cómo?

—He dicho que nunca nos quedaremos sin vino. —Le entregó una copa—. Ten.

—No, no has dicho eso. Has dicho que nunca nos quedaremos sin pecado.

—Sin vino. He dicho sin vino.

—No, no es así. Has dicho pecado. Has dicho que nunca nos quedaríamos sin

pecado.

—¿Eso he dicho?

—Sí.

—Debe de haber sido un lapsus.

—Sí. ¿Vas a encender el fuego?

Jake lo encendió, y lo contemplaron atentamente mientras las llamas lamían la leña menuda, como si fuese un espectáculo de desenlace incierto. Pero la llama consumió la leña menuda y Jake añadió al fuego troncos pequeños, y las llamas los envolvieron como dedos para llevarlos a una boca devoradora. A continuación puso troncos de mayor tamaño en el camino de las llamas y pronto el fuego ardía intensamente en el centro de la chimenea.

El crepúsculo descendió sobre ellos como un manto, una invasión silenciosa, una horda de criaturas reptantes que rodeaban el hotel. Jake acercó a rastras un par de colchones de las habitaciones más próximas y regresó a buscar edredones mientras Zoe colocaba y encendía velas en el mostrador de la recepción y por todo el vestíbulo. Fuera, el crepúsculo se espesó hasta convertirse en oscuridad.

Jake observó a Zoe sin decir nada mientras ella echaba el cerrojo en la puerta lateral del hotel. Para atrancar las puertas de cristal cilindrado del vestíbulo, descolgó de la pared un par de esquís antiguos decorativos y los insertó a través de los tiradores.

—¿Quién crees que va a venir? —preguntó Jake con una media sonrisa.

—Nadie.

—¿El diablo?

—No.

—¿Dios?

—No.

—¿Alguna otra cosa?

—Calla. Simplemente me quedo más tranquila con todo bien cerrado, ¿vale?

Bebieron dos botellas de vino. Jake echó más leña al fuego. Zoe se acomodó bajo los edredones y contempló las llamas. Vio formas en ellas. Se durmió.

En plena noche oyó a unos hombres. Caminaban ruidosamente alrededor del hotel. Oyó sus voces. Oyó los crujidos y las patadas de sus botas en la nieve. Se llamaban en susurros unos a otros. No comprendió lo que decían, ni se vio capaz de ir a mirar por la ventana. Estaba paralizada tanto por el terror que le inspiraban aquellos hombres como por el duermevela que la tenía atrapada entre sus brazos. Cuando intentó levantarse, no pudo hacerlo. Era como si estuviese drogada. Era incapaz de mover una mano o un pie. Era incapaz de pestañear. No podía hablar ni llamar a Jake, porque tenía los labios y la mandíbula trabados. Solo podía contemplar el fuego y presenciar el indistinto movimiento de los troncos en llamas.

Cuando despertaron, el fuego se había apagado. Era imposible ver nada desde las ventanas del hotel por la espesa niebla que había descendido sobre el valle, trayendo consigo más nieve. Zoe se hallaba de pie ante las puertas de cristal del vestíbulo, arrebujada en su edredón. Las puertas seguían atrancadas con los esquís antiguos. No sabía si hablar o no a Jake de los hombres que se paseaban en torno al hotel esa noche pasada.

Seguía protegiéndolo, del mismo modo que él intentaba protegerla a ella. Pero ¿de qué? ¿De qué? Se contaban ya entre los muertos. ¿Qué podía ya representar una amenaza para ellos?

Lo oyó moverse a sus espaldas. Sin volverse a mirarlo, dijo:

—Anoche había hombres ahí. Dando vueltas y vueltas alrededor del hotel. A no ser que estuviera soñando. Pero si he soñado, sería la primera vez que sueño aquí.

Jake se acercó desde atrás. Se sorbió la nariz y apoyó una mano en su hombro.

—Yo también los oí.

Ella se volvió al instante, con un destello en la mirada.

—¿Ah, sí?

Jake sacó los viejos esquís de los tiradores de las puertas de cristal y los apoyó en la pared. Acto seguido se vistió.

—No vas a salir.

—Sí.

—No quiero que salgas. ¿Qué oíste? ¿Qué oíste anoche?

—Oí las pisadas de unos hombres alrededor del hotel.

—¿Cómo sabes que eran hombres? —preguntó ella, ahora con un temblor en la voz.

—En realidad no lo sé. Pero los oí, y sus pasos me parecieron de hombres. Oí su respiración. También oí una tos.

—¿Intentaron entrar?

—No lo creo. Diría que se acercaron a la ventana pero no intentaron entrar.

—¿Y si no son hombres?

—¿Qué van a ser, si no?

—¿Y si son demonios?

Jake soltó un resoplido de desdén.

—Tú no crees en los demonios.

—Quizá ahora sí. No quiero que salgas.

Jake se calzó las botas con una enérgica patada en el suelo y se ató los cordones en silencio.

—No podemos quedarnos aquí dentro para siempre, eso desde luego. Me niego a

ser un prisionero. Si ahí fuera hay hombres, quiero averiguar qué hacen. Y si son demonios... en fin, quiero ver cómo son. ¿Vienes?

Le tendió la mano. Ella permaneció inmóvil.

—No pueden hacernos daño.

—Sí pueden.

—¡Zoe! ¡Estamos muertos! ¡Morimos hace unos días en un alud! ¿Qué pueden hacernos? ¿Qué crees tú que pueden hacernos? ¿Matarnos otra vez?

Zoe parpadeó. Sabía exactamente qué podían hacer. Algo que Jake no entendía. Pero no lo dijo. Se limitó a contestar:

—Espera.

Se vistió apresuradamente, poniéndose las botas y la chaqueta de esquí de las que se había apropiado en una tienda vacía. Jake aguardó pacientemente; por fin, cuando ella estaba lista, le aguantó la puerta abierta, y salieron.

El intenso frío hincó sus garras en ellos. La visibilidad se reducía a escasos metros. Sentían la humedad del aire en la cara y la niebla en la garganta. Nevaba intensamente en copos pequeños.

Circundaron el hotel en busca de las posibles huellas de botas dejadas por los hombres esa noche; o si no había huellas de botas, cualquier clase de rastro que pudiese revelar el carácter de lo que había rondado por allí fuera. O pudiera estar aún rondando. Pero no había huellas de botas, ni de garras, ni rastro alguno. Habían desaparecido, cabía suponer, del mismo modo que las marcas de los cascos y los raíles de tranvía dejados por el caballo y su gigantesco trineo.

Pero Jake sí encontró algo.

Lo sostuvo ante ella. Era una colilla. Tenía el filtro deformado como si lo hubiesen retorcido con los dedos al apagar el cigarrillo. Había más. Encontraron una cada tantos metros. Se preguntaron cuánto tiempo podían llevar allí, si parecían muy recientes o no, si el tabaco residual olía a rancio, si el papel se veía limpio y muy blanco o envejecido y gris. Se preguntaron si habían visto las colillas en la nieve antes de ese momento; no estaban seguros. Quizá llevaban allí desde el principio, y solo ahora, después de advertir la presencia de unos intrusos, se habían fijado en ellas. Olfatearon las colillas, abrieron y desplegaron los restos de papel, desmenuzaron el tabaco entre los dedos. Analizaron las colillas tiradas como si fueran los Manuscritos del Mar Muerto, textos en papiro en un idioma inaccesible, buscando en todo momento significado, significado, significado.

De pronto, detrás del hotel, Zoe descubrió otra colilla en la que destelló el ascua y se apagó. Una voluta de humo asombrosamente fina se elevó de la colilla. Zoe se agachó y la recogió. Sopló en el ascua, y esta chisporroteó.

Con la colilla entre los dedos, extendió el brazo para que Jake la viera, y él la contempló con expresión de horror.

Zoe se volvió y gritó en medio de la niebla arremolinada.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Quién hay ahí?

Pero la gélida niebla ahogó sus palabras, que parecieron caer ruidosamente a sus pies.

Jake formó un megáfono con las manos.

—¡Hoooooola! —bramó. Pero su voz no se propagó—. ¡Sabemos que hay alguien ahí! —gritó. Luego se volvió hacia Zoe y en un susurro añadió—: No, no lo sabemos.

Los dos escudriñaron la bruma, y Zoe vio, o creyó ver, una chispa minúscula, entre carmesí y oro, quizá el ascua reluciente de la punta de un cigarrillo encendido en el momento en que el fumador aspiraba el humo. Pero era tan pequeña, y el destello tan breve, que no habría podido asegurarlo.

Quizá Jake la vio también, porque se adentró en la niebla, desviándose un poco a un lado, como si se dirigiera a un punto concreto a media distancia. No había dado más de una docena de pasos cuando su silueta empezó a desdibujarse. Incapaz de disimular el pánico en la voz, Zoe lo llamó.

—Solo voy a echar un vistazo.

—¡Tengo miedo! Puedes perderte al volver.

—No me perderé.

—Jake, me has preguntado qué podían hacernos que fuese peor que morir. Voy a decírtelo. Podrían separarnos.

—¿Cómo?

—Podrían separarnos.

Jake, vacilante, se volvió a mirarla. Por lo visto, no había contemplado esa posibilidad. Regresó a su lado y la estrechó entre sus brazos.

—Eso no voy a permitirselo. Volvamos adentro.

Regresaron al hotel, y una vez dentro Zoe hizo ademán de volver a colocar los esquís antiguos a través de los tiradores de la puerta, pero Jake le quitó de las manos los esquís con delicadeza y los dejó a un lado. De pronto ella se estremeció. Le castañetearon los dientes, como cuando tenía la gripe. Jake fue a buscar el edredón y se lo puso sobre los hombros.

—Estás helada —dijo—. Encenderé otra vez el fuego.

—¿Tú no tienes frío?

Él negó con la cabeza, no. No había sentido el frío en ningún momento desde que estaban en aquel lugar. Pero a ella le castañeteaban los dientes y temblaba. Jake se arrodilló ante el fuego y encendió una cerilla. La leña chisporroteó y silbó y al cabo de un momento el fuego ardía otra vez y él lo alimentaba con troncos pequeños. Luego despejó la zona para que ella pudiera sentarse ante las reconfortantes llamas.

—Estos troncos no duran mucho —comentó él—. En algún momento tendré que

salir a por más.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Oye, solo son unos cien pasos cuesta arriba. Incluso con esta niebla es imposible que me pierda. Y tal como estás temblando, vamos a tener que alimentar ese fuego.

—No puedo evitarlo.

—Mira, me llevaré la lona y traeré a rastras otro cargamento de troncos. Después te prepararé el desayuno. Cocinaré en el fuego con una sartén, como antiguamente. Tendrá su gracia, ¿no te parece?

—Te llevarás la lona. Y luego una sartén.

—¿Cómo?

Ella lo miró parpadeando. No tenía el menor apetito.

—¿Podríamos desayunar antes? ¿Antes de que salgas?

Él sonrió.

—Claro.

Jake se colocó a su lado, le envolvió los hombros con el edredón y la rodeó con el brazo, intentando transmitirle parte de su calor. La estrechó con fuerza pero parecía con la cabeza en otra parte, abstraído en sus pensamientos.

Ella había dejado de temblar. Sentía ya el calor del fuego. Miró a Jake.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Te noto...

—Estaba a punto de hacer algo y ya no me acuerdo de qué era.

—Ibas a preparar el desayuno —recordó Zoe—. Con una sartén. En el fuego.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Es verdad. Eso iba a hacer. Es gracioso. Es gracioso que vuelva a venirme así a la cabeza.

Se levantó y se encaminó hacia la cocina. Ella lo observó alejarse. Había algo raro en su manera de comportarse. Zoe se preguntó si se habría dado un golpe en la cabeza durante el alud que lo había afectado. Tenía aún los ojos enrojecidos, de eso no se había recuperado. Era la clase de problema por el que uno debía acudir a un hospital. Pero allí no había hospital, ni médicos, ni enfermeras. Zoe ni siquiera sabía si en aquel lugar era posible hacerse daño o, en caso afirmativo, cuánto daño. Pensó en el bebé que crecía en su vientre.

Jake volvió con una sartén grande y untada de aceite, platos, beicon, huevos y pan, y dispuso los troncos encendidos en forma de lecho para calentar la sartén.

—La cámara frigorífica está apagada. Deberíamos consumir este beicon ahora que aún podemos. Todo va a descomponerse y dentro de unos días tendremos que

comer de latas.

Extendió unas lonchas en la sartén.

—¿Tienes hambre?

Ella fingió que sí.

—Es como ir de acampada —comentó él.

Ella lo observó atentamente mientras acercaba la sartén a las llamas y tuvo que contener las lágrimas.

Desayunaron en silencio, hasta que él dijo:

—Recuérdame, recuérdame el sabor del beicon.

—Bueno. Cuando te conocí, eras vegetariano.

—¿Ah, sí?

—Yo te convertí.

—¿De verdad?

—¿No te acuerdas de eso? ¿Lo dices en serio? ¡Tienes que acordarte!

Él pareció afligirse.

—Por lo visto, se me olvidan muchas cosas. Intento recordarlo, pero no lo encuentro en la memoria. Te oigo contar historias de cosas que hicimos juntos, y es como si me hablaras de otra persona.

—Hacía un par de meses que salíamos juntos. Habíamos pasado cuarenta y ocho horas en la cama en mi piso. Solo nos habíamos levantado de la cama para ir al baño. Fue asombroso. No podíamos despegarnos el uno del otro. Habíamos estado follando todo el día y toda la noche, y a la vez empujando el codo, sin comer nada. Hasta que dije: vale, ya está. Voy a comer un sándwich de beicon, y tú dijiste: imposible, soy vegetariano y tal. Yo contesté: lástima, tú mismo, y bajé a la cocina y me preparé un panecillo con beicon, que chorreaba grasa y salsa de tomate, y lo subí, y tú te quedaste mirándome mientras me lo comía, y cuando acabé dije: lástima que ahora no puedas besarme porque te llenarás la boca de grasa de beicon. Repugnante, dijiste, eso es repugnante, y me besaste. Y echaste atrás la cabeza y te relamiste y dijiste «Vale, ya está».

—¿Dije «Vale, ya está»?

—Dijiste «Vale, ya está. Esto pone fin a nueve años de vegetarianismo. ¿Puedes prepararme uno?». Y eso hice. Así fue.

—Debió de ser un beso de cuidado.

—Lo fue. Un beso carnal. Te encantó.

—¿Me convertiste a algo más?

—Eras abstemio.

—¡Me tomas el pelo!

—Sí, ahora sí. Es verdad que no te acuerdas de nada, ¿eh?

—Sí. No. No lo sé. Por lo que se ve, son muchas las cosas que he olvidado.

Zoe estaba muy preocupada por él, pero dijo:

—No importa. No importa, porque todo lo que oyes o ves o tocas o hueles está ligado a una historia, una historia que yo puedo contarte. Si dices «beicon», puedo contarte una historia. Si dices «nieve», puedo contarte una docena de historias distintas. Eso somos: una serie de historias que hemos compartido, que tenemos en común. Eso somos el uno para el otro.

Él la miró muy serio, con una honda expresión de amor y admiración en los ojos enrojecidos. De pronto se levantó.

—¿Adónde vas?

—Voy a buscar leña, para que no te enfríes. La que tenemos aquí no durará todo el día, y mucho menos toda la noche. Iré derecho hasta allí, cogeré los troncos y volveré derecho hasta aquí.

Se inclinó, la besó, y de repente se quedó inmóvil por un momento. Luego dio un paso atrás.

—¿Qué pasa?

—Tu sabor. Ha vuelto.

La besó otra vez y se irguió de inmediato. Agarró la lona por un ángulo e hizo rodar los pocos troncos que quedaban antes de enrollarla y metérsela bajo el brazo. A continuación salió por la puerta del vestíbulo y se adentró en la espesa niebla, flotando en torno a sus orejas pequeños copos de nieve.

Zoe echó unos cuantos troncos más al fuego y esperó. Se limitó a contemplar las llamas. Al cabo de un rato empezó a impacientarse. Tenía la sensación de que Jake tardaba demasiado. Llevó los platos del desayuno y la sartén a la cocina y los lavó. Cuando volvió al vestíbulo, estaba abarrotado de gente.

Eran los mismos de antes, pululando por el vestíbulo una vez más. Charlaban animadamente. Aquello estaba de bote en bote. Había gente en cola ante el mostrador de recepción, aguardando para registrarse. Las tres recepcionistas estaban de nuevo en pleno ajetreo, una al teléfono, otra pasando una tarjeta de crédito y la tercera, con la frente arrugada, esforzándose en oír lo que el director, el hombre del traje gris, intentaba decirle por encima del bullicio. La misma escena se reproducía con todo detalle.

Oyó el resoplido de los frenos neumáticos del autocar de lujo. Allí estaba el hombre que pasaba por su lado, guiñándole el ojo de manera insinuante. Allí estaba el olor a colonia.

Todo se repetía una vez más.

Zoe oyó que una mujer pronunciaba la palabra «alud» junto al mostrador de recepción. Alzó la vista y su mirada se cruzó con la del portero calvo, que le hacía señas con la mano, indicándole que cruzara el vestíbulo y se acercara a él.

—*Madame!* —llamó—. *Madame!*

Pero Zoe estaba paralizada. Era incapaz de mover un solo músculo. La escena, representada ante ella por tercera vez, comenzó a adquirir un cariz amenazador. Pese a que la gente parecía relajada, a ella se le revolvían las tripas viendo su animación y el entusiasmo de sus conversaciones.

El portero, con su librea granate y gris, advirtió que era incapaz de moverse. La alentó con una sonrisa. Luego cogió un sobre marrón y lo sacudió ante ella.

Zoe negó con la cabeza.

El portero dijo algo a otro huésped y se encaminó hacia ella a través de la muchedumbre, sin dejar de agitar el sobre.

—No es para mí —dijo Zoe—. No es para mí.

—¡Pero *Madame*! —insistió el portero mientras se aproximaba a ella.

Zoe cerró los ojos.

Cuando los abrió otra vez, el portero había desaparecido, y todos los demás huéspedes que charlaban en el vestíbulo habían desaparecido, y también las tres recepcionistas, y las inglesas, y el autocar con todos los recién llegados. Todos se habían esfumado.

Zoe volvió a cerrar los ojos, en esta ocasión para contar hasta diez. Cuando los abrió, vio con alivio que el vestíbulo seguía vacío, seguía desierto. Fuera lo que fuese lo que se le mostraba en esa visión repetida, ella no lo quería. Exhaló un profundo suspiro y, todavía temblando por el sobresalto de la visión reiterada pero absolutamente real, se acercó a la ventana y escrutó el exterior. La niebla parecía disiparse, aunque solo un poco. Las ráfagas de nieve no eran ya tan violentas, pero la visibilidad aún era escasa.

Volvió a su sitio frente al fuego. Al cabo de un rato se levantó y regresó a la ventana. Miró, y fuera vio un leve movimiento.

Costaba ver más allá de veinte o treinta metros. La niebla se estaba desplazando, y la visibilidad se abría aquí y allá por unos instantes gracias al viento racheado. Pero alcanzó a ver una silueta gris lobuna, y de nuevo un movimiento que inducía a pensar que allí fuera había algo.

Aguzó la vista a través de la niebla, deseando que Jake regresara. En ese momento el viento sopló otra vez, y cuando se levantó la niebla, vio a los hombres.

Eran tres, en grupo, aunque uno estaba acucillado, con el codo apoyado en la rodilla: la forma lobuna. Fumaba un cigarrillo y permanecía atento al hotel. Todos fumaban. La niebla los envolvió de nuevo, y Zoe vio avivarse el ascua de un cigarrillo cuando uno de ellos inhaló, y vio ascender los hilos de humo cuando los otros exhalaban. Todos fumaban y miraban el hotel. No a ella exactamente: no habían advertido su presencia. Los tres fumaban y observaban distintos puntos del hotel.

Agachó la cabeza. El corazón le latía como un pistón en el pecho y le faltaba el aliento. Se dejó caer lentamente en el suelo. Al cabo de un momento se serenó y, a

rastras, se acercó a otra parte de la ventana donde había cortina. Desde allí pudo observar a los hombres por la rendija entre la cortina y la pared.

Pero apenas se movían, salvo para llevarse el cigarrillo a la boca y expulsar el humo. Uno tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie. Poco después sacó un paquete de tabaco y extrajo otro cigarrillo, y uno de sus compañeros le dio fuego. El tercer miembro del grupo permaneció en cuclillas vigilando el hotel, siempre vigilando.

Zoe pensó en Jake, allí fuera. Regresaría de un momento a otro con la leña. Lo verían. Lo verían volver con la leña.

Intentó aplacar los latidos de su corazón. «Piensa —se dijo—. Piensa.» Debía encontrar una manera de prevenirlo, debía encontrarla sin revelar su presencia al grupo de hombres, sin que se enteraran de que estaban escondidos en el hotel. Tenía que llegar hasta Jake y prevenirlo.

Una salida por la parte de atrás del hotel. Tenía que haber una salida trasera, aunque ella nunca la hubiera utilizado. Quizá una salida de incendios. O una puerta en la cocina: sí, eso era. En la cocina había visto una puerta. Jake había salido por allí a tirar la basura. Podía usar esa puerta y rodear el hotel por ese lado. Desde allí podría llegar a la calle. Eso era; eso era lo que tenía que hacer.

Se agachó y avanzó a rastras bajo las ventanas, pegada a la pared. En cuanto dejó atrás las ventanas, pudo levantarse y atravesar el restaurante con la certeza de que no la veían. Desde allí cruzó la puerta de vaivén de la cocina.

En la cocina hacía aún más frío. Cayó en la cuenta de que había dejado la chaqueta junto al fuego.

Decidió prescindir de la chaqueta. Avanzó por el suelo embaldosado de la cocina y encontró abierta la puerta de atrás. Una vez fuera, se abrió paso entre los cubos y los contenedores de basura. Desde allí podía recorrer sigilosamente la fachada lateral del hotel y llegar a la calle.

Pero ya a la altura de la calle vio que había un trecho de unos quince o veinte metros entre el hotel y el edificio situado diametralmente al hotel en la acera opuesta, y en ese tramo quedaría a la vista. Veía a los tres hombres, inmóviles, vigilando aún el hotel, fumando aún sus cigarrillos. Era demasiada distancia para salvarla corriendo sin que la vieran. La detectarían fácilmente al cruzar la calle.

Pero cuando arrimó la nariz a la pared, procurando evitar que la vieran y al mismo tiempo observar a los hombres, se produjo otro cambio en la niebla, y los hombres quedaron casi por completo ocultos. La niebla se desplazaba ante ellos como humo: tan pronto estaban allí como no estaban. Sabía que si la niebla la favorecía, podría cruzar la calle sin ser vista.

Aguardó la ocasión. Era enloquecedor. La niebla flotaba en el aire como un unicornio saltarín o una quimera, tapando a los hombres parcialmente, pero no del

todo. Tan pronto se les veía las piernas, o las cabezas cubiertas, en función de los vaivenes de la niebla. Tenían una paciencia aterradora. Se limitaban a observar, esperar, fumar.

Por fin la niebla se cerró, a la vez que arreciaba la nevada por un instante, y Zoe agachó la cabeza y se echó a correr. Corrió por la nieve helada, resbaló, recuperó el equilibrio y siguió precipitadamente hasta el otro lado de la calle, donde los hombres ya no podían verla.

Jadeando, con el aliento condensado, apretó la espalda contra la pared. Desde allí se dirigió a toda prisa hacia la casa adonde Jake había ido en busca de leña. No tardó más de dos minutos. Cuando llegó a la pila de troncos ahora menguada, encontró la lona y los leños amontonados encima, pero no vio ni rastro de Jake.

De pronto temió que los hombres la vieran si abandonaban su puesto de vigilancia, así que entró en la casa con la esperanza de encontrar a Jake. Como la vez anterior, la puerta se abrió sin mayor problema y al otro lado apareció la oscura cocina. Una luz débil se reflejaba en el espejo antiguo situado encima de la repisa de la chimenea. La mirada se le fue hacia el taller del carpintero, con su ataúd disponible. Mientras avanzaba hacia el taller, se volvió repentinamente y vio a Jake. Estaba de espaldas a ella, con la mirada fija en la pared.

—¡Jake! Hay unos hombres.

Jake se dio la vuelta y se llevó un dedo a los labios, para hacerla callar. Luego miró de nuevo hacia la pared.

Ella se acercó a él sin pérdida de tiempo.

—Tres hombres.

—¿Estás segura? —Jake parecía en trance.

—¡Claro!

—Mira —dijo él, poco impresionado por la noticia—. Mira esas fotografías.

Zoe ahogó una exclamación.

—¿Cuánto hace? —preguntó Jake—. ¿Cuánto hace que estuvimos en esta casa?

—Fue... ayer. No. Espera, sí. Fue ayer.

—Tengo la sensación de que estuvimos aquí hace mucho tiempo. Hace semanas. Meses.

—¡No! Fue ayer.

Jake seguía contemplando las fotos enmarcadas. Allí donde Zoe recordaba las generaciones de familias representadas por retratos formales, en sepia, e instantáneas modernas y descoloridas, ahora no había ni una sola fotografía. Todas habían desaparecido de los marcos. Todos los marcos, tanto aquellos colgados en la pared como aquellos apoyados en las superficies planas, estaban vacíos. Sintió el aguijoneo del frío en la sangre. Sintió un hormigueo de calor en la piel.

—¡Los hombres, Jake! Hay unos hombres vigilando el hotel.

Jake no mostró el menor miedo.

—Vamos a hablar con ellos.

—¡No! ¡Debemos volver al hotel!

—De eso no estoy tan seguro. —Aún parecía aturdido. Casi arrastraba las palabras—. Si hay unos hombres, tengo que hablar con ellos.

Zoe lo abofeteó, con fuerza.

—No te lo permitiré. ¡No quiero ni oír hablar de eso! ¡Tú no vas a salir ahí fuera!

Jake la miró y sonrió. Luego acercó la mano ahuecada a la mejilla de ella, un tierno reflejo de la potente bofetada que ella le había propinado. Se volvió y salió, y ella lo siguió de cerca. Fuera, la niebla seguía tan espesa que la visibilidad se reducía a unos pocos metros. Jake cogió el ángulo de la lona cargada de troncos y empezó a tirar de ella de regreso al hotel.

—Déjala. No la necesitamos.

—Debemos evitar que pases frío —afirmó Jake, casi enajenado—. Debemos evitarlo.

—Podemos entrar por detrás. Por la puerta de la cocina. Si conseguimos cruzar la calle sin que nos vean, no nos pasará nada.

La niebla era densa, y Zoe rogó que fuera posible volver a la parte de atrás del hotel sin que aquellos hombres advirtieran su presencia. Era tal el ruido de la lona al deslizarse por la nieve que, pensó Zoe, los hombres por fuerza tenían que oírla. Agarró dos ángulos y pidió a Jake que la levantara por los otros dos para acarrearla en silencio.

Cuando llegaron al tramo al descubierto, la bruma era lo bastante espesa para ocultarlos, y aunque ella no veía si los hombres continuaban allí apostados, presintió que estaban cerca. Con el cargamento de troncos, la lona pesaba lo suyo y avanzaron torpemente; pero la distancia era corta y al cabo de un par de minutos se hallaban ante la puerta trasera del hotel y entraban la carga en la cocina. Una vez dentro, Zoe cerró de un portazo y echó el cerrojo de seguridad.

—¿Dónde están? —preguntó Jake.

—Vigilando la parte delantera. Son tres, atentos a cualquier movimiento.

—Tengo que ir a hablar con ellos.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡Por favor!

—Tengo que ir.

—¡No es necesario, Jake! ¡Podemos quedarnos aquí! ¡Aquí estamos a salvo! ¡Aquí no pasamos frío! ¡Tenemos comida suficiente! ¡No hay por qué hacer nada! Por favor, no vayas a hablar con ellos.

Sin hacer caso a sus ruegos, Jake salió de la cocina, atravesó el restaurante y llegó al vestíbulo; Zoe le tiró de la manga en todo momento. Jake se acercó a la chimenea y cogió el hacha del lugar donde había estado cortando la leña. Luego se encaminó

hacia la puerta. Zoe, echando a correr, se le adelantó para interponerse entre él y las gruesas puertas de cristal del vestíbulo, llorando, suplicándole que no saliera.

—¿Es que no entiendes por qué debo ir a averiguar qué quieren? ¿Es que no lo entiendes? Escúchame: todo irá bien. Puedes quedarte aquí o puedes acompañarme, pero creo que deberías quedarte, y dentro de un par de minutos volveré y te diré qué quieren.

Con la mano en la boca, Zoe lo observó salir y adentrarse en la niebla, cada vez más espesa, empuñando el hacha y balanceándola junto al costado. Desapareció en la niebla.

Zoe se quedó detrás de las puertas de cristal, con la mirada fija en el punto en el que se perdía la visibilidad, contando los segundos. Esperó un minuto, quizá dos, pero de pronto no pudo soportarlo más, no pudo soportar quedarse allí mirando y esperando. Salió corriendo tras él, llamándolo, avanzando a través de la niebla, hasta que por fin lo vio, de pie e inmóvil, con el hacha todavía a un lado.

Se abalanzó hacia él.

—¿Dónde? —preguntó Jake—. ¿Dónde estaban?

—Aquí mismo. Te lo juro. Aquí mismo. Uno apoyado en ese peñasco. Otro con el pie en esa roca. ¡Mira! ¡Aquí tienes el resto de uno de sus cigarrillos! Todavía humea. ¡Están aquí, Jake, están aquí!

Zoe cogió la colilla humeante y se la enseñó. El tabaco residual brillaba tenuemente en el aire gélido y arremolinado.

—Bueno, quizá estaban aquí, pero ya no están.

Jake se colocó el hacha bajo el brazo y volvió a ahuecar las manos como un megáfono.

—¡Dejaos ver! —bramó hacia la niebla—. ¡Dejaos ver!

Pero su voz, sin timbre, no se propagó en la fría niebla y cayó como un peso muerto en la tierra. Volvió a sopesar la empuñadura del hacha y avanzó unos pasos. La brisa glacial le agitó el pelo y la niebla se movió.

—¡No te pierdas de vista! —exclamó Zoe.

Pero él avanzó unos metros hacia la izquierda, escrutando la niebla densa como el humo, sin encontrar nada, avanzando en diagonal hasta casi desaparecer, enroscándose la niebla en torno a él. Zoe se volvió para mirar el hotel. Un rostro apareció junto a ella, a unos centímetros de su mejilla. Una bufanda le cubría parcialmente la boca. Los ojos miraban desde unas profundas cuencas. El aliento de aquella boca semejante a una hendidura por encima de la bufanda quedó cuajado ante su mejilla.

Zoe gritó.

Volvió en sí frente a la chimenea del vestíbulo del hotel. Jake le sostenía la cabeza e intentaba darle de beber. El agua se le derramaba por la barbilla. Se incorporó y

miró a derecha e izquierda, aún presa del miedo, lista para echar a correr.

—Te has desmayado —dijo Jake.

—He visto a uno.

—Has gritado y te has desmayado.

—¿Tú lo has visto?

—No.

—Estaba tan cerca que podía tocarme. Y yo podría haberlo tocado alargando el brazo.

—Ahí fuera no había nadie, cariño.

—Lo he visto.

—No sé qué has visto. Desde luego estabas muy asustada. Cuando estás asustada, puedes ver u oír cualquier cosa. Ahí no hay nadie. He mirado bien. No hay nadie.

Ella se estremeció. Le castañeteaban los dientes otra vez.

—Tienes frío. Voy a avivar el fuego.

Zoe se envolvió con el edredón y él le colocó otro sobre las rodillas. Ella tiritaba violentamente. Jake se puso manos a la obra de inmediato, separando con el hacha fragmentos de yesca asombrosamente finos y reuniéndolos todos entre las cenizas del fuego. Prendió las astillas delgadas y formó expertamente una pirámide con trozos mayores en torno a los troncos encendidos. Todo ardió deprisa. Pronto el fuego había cobrado intensidad y producía un agradable calor.

—¿No tienes frío, Jake?

Él no contestó. Siguió avivando el fuego.

Al cabo de un rato ella dejó de temblar. Dijo a Jake que tenía que ir al lavabo, pero en realidad sentía el abrumador deseo de verificar una vez más el estado de su embarazo. La aterrorizaba la posibilidad de que, con el sobresalto, su organismo hubiera podido perder el bebé. Había escondido su provisión de kits de la prueba del embarazo en distintos lugares del hotel. Tenía algunos detrás del mostrador de recepción, así que, envuelta en el albornoz, fue a coger uno y se lo llevó al cuarto de baño, donde echó el pestillo tras entrar.

Desenvolvió la tira, se bajó las bragas y, sosteniendo la tira bajo ella, orinó. Aguardó. Aparecieron dos rayas azules delgadas pero nítidas. Sabía que era pronto para averiguar si el desmayo y la caída debidos al sobresalto habían provocado la pérdida del bebé y que tendría que comprobarlo una y otra vez, pero de momento se quedó tranquila.

«Este bebé estará bien —se dijo—. Este bebé estará bien.»

Se deshizo de la tira, se subió las bragas y los vaqueros y fue a lavarse las manos. El grifo soltó un bufido dispéptico, pero no salió agua. Probó en otro lavabo, abriendo los dos grifos, sin mejor resultado. El suministro de agua se había interrumpido, o las cañerías se habían congelado. Oyó a través del grifo abierto el ruido de la burbuja de

aire atrapada en los tubos. Acercó el oído a la boca del grifo. El aire en la tubería producía un sonido tan parecido a la música que Zoe tuvo que aguzar su capacidad auditiva para convencerse de que no era música lo que oía salir de los grifos. Y finalmente llegó a la conclusión de que no era una burbuja de aire, sino música, una leve música transportada a través de las tuberías. Era música orquestal, ascendente y descendente; y después volvió a ser solo el sonido de una burbuja de aire.

Abrió la puerta del baño y se topó con Jake.

—¡Uy!

—¿Estás bien? Has tardado mucho en salir.

—Sí, estoy perfectamente.

—¿Todo en orden?

—Sí. Todo.

Jake la miró de una manera extraña.

—Mejor será que vengas otra vez junto al fuego.

Jake la rodeó con el brazo e intentó transmitirle algo de calor mientras la llevaba de regreso a la chimenea. Le preparó allí una cama y avivó el fuego, quejándose de la rapidez con que se consumían los troncos y había que añadir más. Zoe se acurrucó tan cerca del fuego como pudo sin que el edredón se prendiera.

Le comentó que no había agua.

—Quizá se ha congelado.

—O los generadores del pueblo ya no bombean. No te preocupes. Beberemos vino tinto.

Jake ya estaba bebiendo vino. Por más que empinara el codo, no parecía emborracharse. Zoe tenía sus dudas al respecto. Antes lo acompañaba gustosamente al probar las mejores botellas, pero ahora se mostraba más cauta. Estaban ocurriendo muchas cosas anormales y quería conservar la cabeza clara. Además, debía pensar en el bebé, incluso en ese mundo.

Disimuló su inquietud. Mientras Jake permaneció a su lado, hizo el decidido esfuerzo de actuar con despreocupación; pero cuando él se fue unos minutos, quizá en busca de otra botella de vino, ella se puso en pie y se acercó a las puertas de cristal de la recepción para escudriñar en la niebla, en busca del menor movimiento.

Y lo vio. O si no movimiento, sí al menos oscuras siluetas grises. La niebla ondeó y se desplazó, y Zoe volvió a verlos. A los hombres. Pero ahora eran seis. Todos en el mismo sitio que antes. Todos con la mirada fija en el hotel, y fumando, fumando, fumando.

—Ven, deprisa —dijo a Jake cuando él regresó con una botella de excelente burdeos—. Pero que no te vean.

Jake, situándose detrás de ella, la abrazó y miró por encima de su hombro. Zoe señaló el difuso contorno de los seis hombres, todos ellos esperando como cuervos o

como pacientes aves de presa, vigilando el hotel.

—¿Qué?

—Son seis. Ahora hay seis.

—¿Dónde?

—¡Tienes que verlos, Jake! ¡Tienes que ver sus siluetas en la niebla!

—No veo nada. ¿Adónde miras?

—¡Allí! ¡Y allí! ¡Y allí!

Jake escrutó la niebla con los ojos entornados. Movi6 la cabeza de manera casi imperceptible. Arrugó la frente.

—¡Jake, dime que ves seis siluetas grises! ¡Por allí!

Jake la obligó a volverse de cara a él.

—Creo que tienes alucinaciones.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Eso no es una alucinación! Están todos fumando, y nos observan. Tú has visto las colillas, es de ahí de donde salen.

—He visto las colillas, cariño, pero no veo nada ni a nadie. Ahí no hay nada. Oye, si vas a quedarte más tranquila, saldré a comprobarlo.

—¡Ni se te ocurra salir!

—Vale, vale, cálmate. Nos quedaremos aquí.

Jake la acomodó junto al fuego otra vez, pero no por eso ella dejó de lanzar miradas por encima del hombro hacia la niebla... y las figuras grises que distinguía fuera. Jake se sentó con ella y, cogiéndole las manos frías, la observó para buscar en su rostro signos externos de angustia.

Al cabo de un rato Jake preguntó:

—¿Todavía nos salen dos rayas azules?

—¿Qué?

Él asintió con la cabeza.

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé.

Zoe exhaló un gran suspiro y se rodeó la cintura con los brazos.

—¿Creías que podías ocultarme ese secreto? —dijo Jake—. ¿En este lugar, donde no ocurre nada excepto lo que hacemos tú y yo? —Sonreía.

—¿No estás enfadado?

—Jamás. Solo esperaba a que me dijeras tú misma que llevas dentro a nuestro hijo. —La miró con unos ojos rebosantes de rabia y compasión y amor desesperado. Le cogió la mano y se la besó. Tardaron un rato en hablar.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me parece que tienes más o menos un centenar de kits de esos escondidos solo en la habitación.

—Es verdad. Quizá quería que los encontrases. He estado haciéndome la prueba

varias veces al día. A veces cada hora. Quiero que cambie el resultado, y a la vez no quiero que cambie. ¿Te habrías alegrado si hubiese pasado antes? ¿Antes de todo esto?

—Si pienso en cómo me siento ahora, sí. No habría cabido en mí de alegría.

—¿Y ahora?

—Como sabía que llevabas dentro a nuestro bebé, te he estado observando con atención. No me importa decirte que estaba preocupado.

—¿Por el niño?

—Sí. Y por la madre. Tú tienes frío; yo no. Tú tienes hambre; yo no. Tú te asustas por todo; yo no.

Zoe lanzó una ojeada involuntaria hacia las puertas de cristal.

—¿Quieres decir que no tienes miedo? ¿No te da miedo lo que hay ahí fuera?

Jake movió la cabeza en un gesto de negación, no.

—No puede ser verdad —repuso ella—. Te he visto coger el hacha cuando has salido.

—Ha sido para tu tranquilidad, no para la mía.

—¿Y por qué tú no tienes miedo, Jake? A mí este lugar me aterroriza. Quiero saber qué va a pasarnos, a nosotros y a nuestro hijo.

—No puedo explicarte por qué no tengo miedo. Solo sé que mi obligación es cuidar de ti.

—¿Qué va a pasarle a nuestro hijo? ¿Qué va a pasar?

Jake dejó escapar un suspiro. Era el suspiro de alguien que no tiene respuesta. Abrió la boca como para hablar, pero cambió de idea. Al cabo de un momento formó una O con los labios como si se dispusiera a intentarlo otra vez. Pero algo lo interrumpió. Sonó el teléfono móvil de Zoe.

Sonaba en el bolsillo de su chaqueta, que llevaba puesta bajo el edredón. Casi se lo arrancó del bolsillo.

Jake se lo cogió.

—Déjame contestar a mí.

Pulsó el botón correspondiente y se acercó el móvil al oído. Permaneció inexpresivo. No dijo nada. Finalmente cortó la comunicación y se lo devolvió a Zoe.

—¿Quién era? ¿Qué han dicho?

—Lo mismo que la otra vez.

—¿Decía *la zone* esa voz? ¿Eso decía? ¿La zona?

—No se distinguía bien, pero dudo mucho que dijera *la zone*. Decía *laissez sonner*, que significa «déjelo sonar». *Laissez sonner*. Luego se ha cortado.

—¿Quiere que lo deje sonar?

—Eso ha dicho.

—¿Por qué habría de decir eso? *Laissez sonner*. ¿Por qué habría de pedirte que lo

dejes sonar?

—No tengo ni idea. —Jake consultó el nivel de batería—. No queda mucha carga, pero creo que hay que ponerlo en algún sitio, y si suena, dejarlo que suene sin más.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que él ha dicho.

—Pero ¿cómo sabes que eso es lo que más nos conviene? ¿Cómo sabes que no es alguien que pretende hacernos daño? Quizá contestando lo mantenemos alejado. ¿No te has parado a pensarlo?

—Nadie va a hacernos daño.

—Eso no puedes decirlo. ¡No lo sabes!

—Aquí donde estamos somos inaccesibles a cualquier daño.

Zoe se apretó el vientre con las manos.

—Ojalá pudiera creerlo. Pero no lo creo. ¿Quién nos telefonea? ¿Quiénes son esos hombres de ahí fuera?

—Tienes fiebre. Va, no te enfríes. —Eché otro par de troncos al fuego—. ¡Malditos troncos! ¡No duran ni cinco minutos!

Jake se levantó y puso el móvil de Zoe en el mostrador de recepción. Luego volvió a sentarse a su lado, y permanecieron atentos al teléfono, desde esa corta distancia, como si fuera a entrar en combustión, como unos fuegos artificiales de interior.

No sonó.

A Zoe le castañeteaban los dientes otra vez. Tenía fiebre, pero era una fiebre fría; le era imposible entrar en calor. Jake apiló edredones sobre ella y avivó el fuego, y Zoe, mientras él estaba de espaldas, miró hacia la ventana.

Allí estaba otra vez: una cara. Una bufanda ocultaba la mitad inferior. Unos ojos que miraban aquí y allá, el asomo de unos labios rojos por encima de la bufanda. Los ojos eran como minúsculos puntos de fuego, granos de luz; aquellos labios semiocultos se movían, formaban palabras inaudibles.

Estaba a punto de avisar a Jake cuando la ventana se hizo pedazos y una lluvia de fragmentos de cristal cayó en el interior. La presión del vestíbulo escapó hacia la oscuridad y un viento procedente del exterior rugió y ululó, haciendo circular una corriente de aire frío, agitando las llamas, amenazando con apagar el fuego. El viento ululó y la niebla irrumpió por la ventana rota como una sucesión de espectros liberados, siniestros, malévolos, escrutadores.

Jake se levantó de un salto y agarró un colchón. Lo arrastró hasta la ventana y lo empujó con fuerza contra la abertura, embutiéndolo hasta llenarla, ahogando el ululato del viento.

Zoe tiritaba, con tal violencia que era incapaz de hablar, de decirle qué había visto en la ventana antes de estallar el cristal.

—Voy a traerte un coñac —dijo Jake.

Aunque Zoe sabía que no hacía más de un minuto, dos a lo sumo, que él se había ido, en ese breve momento vio desvanecerse la luz exterior, gradualmente, como si la visibilidad se redujera por efecto de precisas órdenes matemáticas. En esos escasos instantes, los troncos resplandecieron en la chimenea, ardieron, se partieron, se deshicieron y se extinguieron.

Jake regresó con el coñac. Antes de dárselo, encendió dos velas y las colocó cerca. Luego sirvió una copa de coñac para cada uno. Ella tomó un sorbo. Él bebió también, pero se quejó de que no sabía a nada.

—Según la lista de precios, esto nunca podríamos permitirnoslo. Vas a tener que recordármelo.

—¿Qué ha pasado con la ventana, Jake?

—Recuérdamelo.

—¿Cómo voy a recordar el coñac?

—Aproximadamente.

Zoe bebió otro sorbo.

—Nuestro primer beso. Tú estabas un poco borracho.

Jake paladeó un poco más de coñac, sin apartar los ojos de ella.

—Te quiero, Zoe. Nunca abandones algo tan profundo.

—¿Cómo?

—¿Cómo que cómo?

—¿Qué es eso que acabas de decir? «Nunca abandones algo tan profundo.»

—¿Yo he dicho eso?

—Sí.

—No me acuerdo. He llegado a un punto en que no me acuerdo de lo que he dicho hace dos segundos. Fíjate en el fuego. Tengo la sensación de haber puesto esos troncos hace solo unos minutos y ya se han consumido.

—Y así ha sido.

—Y fíjate en las velas.

Jake señaló con el mentón una llama amarilla y vacilante. La vela ardía deprisa, tanto que se la veía menguar a la vez que la cera derretida se apartaba de la mecha.

—¿Qué está pasando, Jake?

—Parece que el tiempo se ha... Nuestro precioso tiempo se... No lo sé, cariño, ni siquiera puedo pensar hasta el final de una frase. Tiene gracia, ¿no?

—Estoy muy asustada.

Jake le dio la espalda y echó al fuego unos cuantos troncos más. Ardieron con llama viva. Fuera, el crepúsculo ya había dado paso a la oscuridad. Zoe se tendió en la cama y la invadió una sensación de somnolencia. Tan agotada estaba que se rindió a ella.

La despertó un ruido, algo que le pareció un aullido de lobo en las montañas. Sentía el aire helado en las mejillas y una inclemente brisa le alborotaba el pelo. Volvió a oír el aullido del animal: un ululato continuo que, nítido, lastimero, melancólico y sin embargo extrañamente dulce, se propagaba por el aire nocturno. Se incorporó para mirar por la ventana y, para su asombro, la ventana había desaparecido.

No solo había desaparecido la ventana, sino también las puertas de cristal. Dos paredes enteras del hotel se habían esfumado mientras ella dormía. Echó un vistazo alrededor, buscándole sentido a aquello.

Seguía al abrigo de dos paredes como antes, pero solo de dos; el fuego ardía con intensidad al pie de una de ellas, chisporroteando los troncos vivamente, brillando y retorciéndose las llamas en la chimenea. Pero todo el lado sur del hotel, junto con la pared este, había desaparecido; sin embargo el techo aún se sostenía. Ahora veía directamente la ladera de la montaña, con su aterradora extensión de refulgente blancura iluminada por la luna, como el ala o el hombro de un espíritu primordial de la naturaleza.

Jake encendía en ese momento otra vela. Sonrió a Zoe. Una ráfaga de brisa atravesó aquel espacio resguardado, y él protegió la llama con la mano para que no vacilase. Pese a vacilar, la vela se consumía deprisa, observó Zoe, más deprisa de lo que debía consumirse una vela, más deprisa de lo que era razonable.

Otro aullido llegó de la despejada ladera nevada que se extendía al este, donde Zoe no distinguía ya los contornos ni las formas del pueblo. Pero por un momento le pareció ver en la oscuridad los ojos del animal, dos puntos rojos, fijos en ella; luego vio más ascuas rojas. Una de las ascuas resplandeció brevemente y se extinguió. Después otra. Cayó en la cuenta de que no eran ojos, sino los cigarrillos encendidos de aquellos hombres, los fumadores. Se habían acercado a las paredes abiertas del hotel. Dos de ellos permanecían en cuclillas, rozando la nieve con los dedos. Uno señalaba la chimenea. Los otros lanzaban miradas al techo.

—¡Son esos hombres! —dijo a Jake—. Están fuera, ahí mismo.

—¿Dónde? —preguntó él.

—¡Allí! ¡Mira las luces! Esas luces pequeñas.

Jake se volvió hacia la oscuridad con indiferencia, recorriendo con la mirada la implacable inmensidad blanca de la nieve.

—Sí —dijo—. Los veo. Iré a hablar con ellos. —Pero algo en su voz delataba el hecho de que no los veía en absoluto, de que solo le seguía la corriente.

—¡No! —exclamó, horrorizada—. Eso nunca. Quédate aquí. Quédate.

—Eso: tú quédate —dijo él con tono tranquilizador, su voz extrañamente serena, no más que un susurro—. Quédate.

Se levantó y salió del rincón resguardado. Esta vez ni siquiera se llevó el hacha.

Zoe, a su pesar, casi hiperventilando, se puso en pie para ver a Jake mientras avanzaba por la nieve hacia ellos. No era más que una silueta surcando la nieve lentamente. A unos metros de los hombres, se sentó en cuclillas.

Los hombres empezaron a hablar y hacer animados gestos con las manos. Zoe no oyó ni una sola palabra. Por más que aguzó el oído para enterarse de lo que decían, su conversación quedó ahogada por el viento que azotaba las dos paredes del hotel aún en pie. Percibió también algo anómalo en la manera en que Jake se comunicaba con aquellos hombres. No los miraba. No estaba siquiera de cara a ellos. Hablaba, y de vez en cuando movía la cabeza en gestos de negación o asentimiento, como si se tratara de una negociación o algo así, pero daba la impresión de que estuviesen en mundos distintos, y de que él no los viese, ni ellos a él.

Esa peculiar negociación se prolongó durante largo rato, y en ese tiempo las velas se consumieron hasta quedar reducidas a cabos y el fuego se apagó.

Cuando Jake regresó, tenía una expresión seria. No contestó a ninguna de las preguntas de Zoe. Volvió a avivar el fuego y añadió troncos.

—¿Qué han dicho esos hombres? —exigió saber ella.

—Lo importante es que no te enfríes —dijo Jake, abrigándola con la pila de edredones.

—¿Sabes qué querían?

—¿Quiénes?

—¡Los hombres! ¿Han dicho qué querían?

—Sí. Pero me cuesta mucho recordar. Muchísimo.

Sirvió a Zoe otra copa de coñac y se negó a responder a ninguna otra pregunta hasta que se la bebiese. Exasperada y agotada, se la bebió de un trago y volvió a tumbarse. El cansancio pudo más que el miedo, y notó que se adormilaba otra vez.

En esta ocasión, cuando despertó, el resto de las paredes y el techo del hotel se habían esfumado, junto con el vestíbulo entero. Aún había fuego, pero ardía vivamente sobre la propia nieve, sin el faldón de la chimenea de ladrillo ni la repisa, o ni siquiera el propio hogar. Jake amontonaba troncos sobre el fuego, cogiéndolos de la pila ya menguada, y se consumían a una velocidad sobrenatural.

—Se han acabado las velas —anunció con una sonrisa cohibida, como un hombre que intenta quitar importancia a una situación difícil.

Zoe se incorporó de inmediato y buscó indicios de la presencia de los hombres: reveladoras ascuas encendidas en la oscuridad, el menor movimiento. No había nada. Miró al cielo abierto. Las estrellas permanecían inmóviles en una gélida cascada, millones y millones, titilantes, un ejército de deidades semiinmortales. Ahogó una exclamación, y su aliento se condensó en el aire frío.

De repente volvió a oírse el aullido, seguido de tres claros ladridos, y cuando Zoe miró por encima de la nieve, vio a un perro correr hacia ellos. Jake se irguió de

inmediato.

—¡Es Sadie! —gritó—. ¡Ha vuelto!

La perra se dirigió hacia Jake como una flecha y él corrió a recibirla. Sadie se irguió sobre las patas traseras para saludarlo, meneando el rabo, gimoteando, y le lamió la cara. Rodaron juntos por la nieve.

—Es Sadie —dijo Jake a Zoe, levantando la voz—. ¿No es increíble que haya vuelto?

Zoe los observó mientras el entusiasmo de la perra se apaciguaba. Jake se quedó sentado en la nieve mientras el animal le resoplaba al oído. Casi parecía que mantenían una conversación. Sadie estiró el cuello y señaló la luna con el hocico húmedo a la vez que Jake le rascaba entre las orejas. La perra volvió a resoplarle al oído.

Él dejó de acariciarla y se quedó inmóvil.

La perra le resopló al oído por tercera vez. Jake dejó caer la cabeza al frente. Se quedó inmóvil, con la palma de la mano en el costado de Sadie. Así permanecieron por un rato, y Zoe pensó que pasaba algo, pero poco después Jake volvió a animarse, y acarició a la perra en el costado y le hizo cosquillas donde más le gustaba, detrás de las orejas. Al final se levantó y se encaminó hacia Zoe con la perra.

Sadie se acercó a ella y se tumbó en la nieve a su lado. Pero cuando Zoe alzó la vista para mirar a Jake, vio que este tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué pasa?

Jake meneó la cabeza y se agachó junto a Zoe. La abrazó y la besó en el cuello.

—¿Jake?

—Sadie me lo ha explicado.

—¿Qué te ha explicado?

—Me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha contado?

—Bueno, es una perra y, como es lógico, no puede dar explicaciones detalladas, pero a su manera me ha ayudado a entender ciertas cosas. Y voy a contarte lo que ahora sé, pero lloraré, cariño mío, no podré evitarlo.

Ella le cogió la cara entre las manos y vio que unas gruesas lágrimas, cristales en los que se reflejaba la nieve, corrían ya por su rostro. Sadie, meneando la cola, se arrastró hacia él y le lamió las lágrimas. Riéndose, Jake la acarició.

—Verás, hemos engañado a la muerte.

—¿Tú y yo?

—Sí.

—¿Significa eso que estamos a salvo?

—Siempre hemos estado a salvo. Pero hemos engañado a la muerte, y como no estábamos dispuestos a separarnos, hemos encontrado un tiempo de más.

—No.

—Sí. Hemos encontrado un tiempo de más. Para nosotros, el sueño del momento presente quedó interrumpido. Estamos viendo todo esto a través de las fisuras entre la vida y la muerte.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Nuestro amor. Eso nos ha dado un tiempo de más. Hemos engañado a la muerte.

—Pero eso es bueno. ¿O no? ¿No es bueno, Jake?

—Sí. Sí lo es.

Llegó de algún lugar en las montañas un sonido mínimo y trémulo, tenue y lejano, todavía casi indistinguible, y a pesar de que aún no se habían dado cuenta, sin duda ya lo oían los dos.

—No —dijo ella con un enérgico gesto de negación—. No. Creo que no me gusta lo que estás diciendo.

—¿Porque sabes lo que va a pasar?

—No.

—Sí. Es porque sabes lo que va a pasar. Escucha eso.

A lo lejos sonaba un tintineo rítmico y uniforme, como el que se oye al batir hielo picado en una coctelera, o quizá como el resuello de una vieja locomotora de vapor al ascender por una empinada cuesta.

—¿Qué es eso, Jake?

—Tú ya sabes qué es.

—No. No lo sé. No quiero saberlo.

—No te preocupes, es algo bueno. Es algo bueno.

—¿Cómo puede ser bueno?

—Estoy reteniéndote aquí. Creía que mi misión era evitar que te enfriaras, pero en realidad estoy reteniéndote. Es nuestro amor. Nos retiene aquí.

—Aquí estaremos bien. Hasta ahora nos las hemos arreglado. El bebé.

—No. Esto se acaba. Hemos engañado a la muerte, pero solo por un tiempo.

El tintineo rítmico, una especie de murmullo en el aire frío y cortante, se acercaba. Y de pronto Zoe reconoció el sonido.

—¿Vas a abandonarme, Jake? ¿Vas a dejarme aquí?

—Escúchame. Todo lo que somos lo hemos construido a partir de todo lo que hemos hecho juntos. Si bebíamos un vaso de vino y decíamos que sabía así o asá, era así como sabía. Uno tiene que ayudar al otro a recordar.

El ruido aumentaba de volumen y lo acompañaba un temblor en la tierra, bajo la nieve, una especie de redoble de tambor. El redoble era el sonido de unos cascos y el tintineo procedía de los cascabeles de un arnés.

—No. Por favor, no me dejes aquí.

—Todo, nuestra vida entera, ha sido una sucesión de placeres y aflicciones que ya se han ido para siempre; se han ido a menos que nos los recordemos mutuamente.

Ahora el repique de cascabeles era más sonoro, y el gran caballo negro cuyo arnés adornaban surgió de la oscuridad: sus inmensos costados sudorosos relucían; su aliento ascendía y fluctuaba en el aire gélido; el enorme penacho rojo, rojo como el vino tinto atrapado en una copa con piedras preciosas engastadas o como la sangre en un cáliz de plata, temblaba ante él y cortaba el aire quebradizo.

—¡No puedes abandonarme en medio de la nieve! No vas a hacer eso. No lo harás.

—Hoy el rey del mambo soy yo, cariño mío, y solo hay sitio para uno de los dos.

—No, no lo acepto, Jake.

—Lo único que tienes que hacer es negarte a olvidar —aseguró él.

Ella lo agarró por las solapas y se aferró a él con vehemencia.

—Eso no va a ocurrir.

—Tú sabes cómo hacerlo, ¿no, Zoe? ¿Sabes cómo negarte a olvidar? —Alzando el dedo índice por encima de los brazos de ella, aún aferrada a él, la tocó con delicadeza en medio de la frente—. Solo tienes que mantener este ojo abierto. Y me verás en todas partes. En todas partes.

Se apartó de ella.

El gigantesco caballo negro se acercó al paso tirando del trineo, en una trayectoria curva que se desviaba de ellos. Jake se volvió y, avanzando con zancadas largas y resueltas, se encaminó hacia el caballo, decidido a cortarle el paso.

—¡Jake! —exclamó Zoe, y se levantó con visible esfuerzo, atónita, sin dar crédito a que él se alejara de ella.

Pero eso no detuvo a Jake. Siguió adelante a través de la nieve con determinación. El caballo aflojó la marcha al llegar a la cuesta. Cuando Jake ya había recorrido cierta distancia, Zoe echó a correr hacia él, pero notó que le fallaban las fuerzas. Jake tenía la intención de interponerse en el camino del caballo, y a pesar de que Zoe corría y él simplemente andaba con paso uniforme hacia el animal, quien se quedaba rezagada era ella. Zoe aceleró, pero la distancia irracional entre ambos aumentó aún más en lugar de acortarse. Cayó y volvió a levantarse, corrió, resbaló en la nieve, perdió el equilibrio.

Por un momento dio la impresión de que Jake no alcanzaría al caballo; pero de pronto, cuando se aproximaba al animal y a las imponentes vaharadas que despedía de sus costados, este pareció aminorar la marcha adrede, abandonando el trote y reduciéndolo a un paso brioso; Jake aprovechó ese instante para acercarse al trineo, pisó el estribo y saltó al interior, instalándose por fin en la seguridad de la tapicería negra de piel. El caballo sacudió la cabeza, reanudó el trote y, al llegar a un tramo llano, cobró velocidad.

Zoe siguió corriendo detrás de ellos, gritando a Jake, empeñada en no quedarse atrás. Por un momento incluso recortó la distancia y alargó los brazos hacia el gigantesco trineo, pero el estribo pareció elevarse y la portezuela alejarse de sus dedos extendidos mientras ella a duras penas conseguía mantenerse a su lado. El trineo se agrandó hasta que el estribo no estuvo ya a su alcance, o hasta que ella se vio reducida a un tamaño extraordinariamente pequeño. Cayó de rodillas en la nieve y llamó a gritos a Jake.

Sadie, que corría a la par del trineo, se detuvo y lanzó una mirada furtiva en dirección a ella. Acto seguido, la perra se alejó como una flecha por la nieve para seguir a su dueño y enseguida alcanzó al trineo, antes de que este y el caballo desaparecieran en la oscuridad arremolinada.

Zoe estaba aturdida por el shock y el frío. Jamás se le había pasado siquiera por la cabeza que Jake la abandonase. Al mirar alrededor, no vio más que una vasta extensión de nieve con la ladera de la montaña a un lado y oscuros pinares al otro. El pueblo, con todas las comodidades y recursos que antes prodigaba, había desaparecido. Comprendió que estaba allí sola, y embarazada.

Retrocedió hasta los parpadeantes rescoldos de la fogata, pero eso solo le sirvió para recordarle el penetrante frío que sentía. Quedaba poco más o menos media docena de troncos, los últimos de su provisión. Cogió uno, pero le pareció ligero e insustancial entre las manos, y cuando lo echó a las brasas, resplandeció y prendió de manera antinatural. Con una sensación de debilidad, se acurrucó junto a las llamas y se arrebujó hasta los hombros con el edredón, estremeciéndose por el dolor de aquel frío que era como unos dedos de cristal arañando su corazón palpitante.

Contempló entonces las estrellas del cielo invernal. Nunca en la vida le habían parecido a Zoe tan numerosas, tan incalculables. Las estrellas no la miraron a ella. Casi daba la impresión de que volvían la cabeza, con severa e indiferente energía.

El tronco que ardía en el fuego se partió y se deshizo. Colocó otros dos sobre las llamas y los observó consumirse rápidamente. El tiempo volaba, en busca de su velocidad real. Los troncos se consumían como rebujos de papel. Echó al fuego la poca leña que quedaba, casi deseando averiguar qué ocurriría en esa existencia fugaz cuando ya no quedara más, cuando ya no quedara ningún recurso. Sabía que no sobreviviría a ese frío. Se acarició el vientre y contempló los troncos mientras ardían.

Llegaría la muerte; una muerte verdadera, el olvido. Pero sospechó que ni siquiera eso aliviaría el dolor de la soledad que sentía por la traición de Jake.

Tuvo la impresión de que su mente se cerraba mientras ese último tronco se convertía en brasas. Pero de pronto los vio. Figuras que se acercaban a ella surgidas de la nieve. Formas, sombras, aproximándose. Eran vagamente humanas, no más que siluetas recortándose contra la nieve iluminada por las estrellas. Algunas llevaban trompetas. Una se llevó la trompeta a la boca y emitió un bocinazo largo y grave. Otras tenían silbatos de plata y empezaron a hacerlos sonar. Se oyeron más trompetas. La rodeaban y estrechaban el círculo en torno a ella.

Así era, pues, como se la llevarían. Quizá eran demonios que iban a por ella. Entre las trompetas y los pitidos de los silbatos, las oyó gritar una tras otra hasta que todas aunaron sus voces. Se acercaban cada vez más.

Al frente de aquellos seres avanzaban las figuras que ella había visto esperar ante el hotel. Hombres ataviados de negro, sus bocas parcialmente cubiertas con bufandas. Los fumadores. Aún ahora seguían fumando. Era como si hubieran esperado a que se extinguieran las brasas del último tronco para tirar sus cigarrillos y aproximarse a

ella.

Cuando alargaron los brazos hacia Zoe, cuando hundieron sus garras en ella, ya no le quedaban fuerzas para resistirse. Una soñolienta parálisis se adueñó de ella. Si iban a llevársela al infierno, que así fuera, ya que no tenía ánimos para luchar. Solo pensaba en Jake, y en el bebé que crecía dentro de ella.

Estoy muy abajo. Y sin embargo lo veo desde arriba. Ventisqueros blancos formados por la acumulación de cristales de nieve muy, muy tierna, cristales de seis puntas. Estos se entrelazan y forman una pared. Si consigo atravesar la pared, si consigo atravesarla...

De pronto los cristales cambian y empiezan a deslizarse rápidamente ante mis ojos como un complejo código máquina en la pantalla gris de un ordenador. No, es ADN. Cadenas de ADN pasando ante mí, flotando. No, son complejas fórmulas matemáticas, diminutos números en rotación ante mis ojos. Ahora son semillas blancas de algodón transportadas por la brisa, pero a una increíble cámara lenta. Es una corriente mínima, un remolino en el Tiempo. Ahí tienes: vuelven a ser copos de nieve.

Solo copos de nieve.

Tengo copos en las orejas, en la boca, en la nariz, como si fuera cocaína. Una vez la probé. Te la regalo: no tiene ni punto de comparación con lo que puedes sentir al enamorarte. La sangre de mis venas está helada pero canta una canción de amor.

Oigo rehilar en el aire la espada de un ángel. Zas. Zas. Zas. Ven ya. Siento la vibración en la tierra, la alteración en las corrientes de aire, el terror gélido en la hoja, el fuego vestigial en mi sangre.

Es una sensación muy agradable. Puedo dejarme llevar.

Puedo caer en un lugar atestado de gente. Sus voces son un placentero parloteo, y el aire de sus numerosas bocas se eleva y me sirve de colchón mientras caigo suavemente entre ellos. Muchas personas van y vienen. Reconozco a algunas. Hay dos mujeres junto al mostrador. Las conozco de algo. Conozco su idioma. Sé de qué hablan. Un hombre pasa a mi lado y me guiña el ojo. Tanteando el terreno. Percibo el olor de su colonia. Tres mujeres uniformadas trabajan detrás de un ancho mostrador, atendiendo a la gente. Una es joven, con el pelo recogido en una bonita coleta. Se lleva un teléfono al oído. Su compañera, de mayor edad, tiene el cabello del color del fuego. Usa unas gafas de montura negra. Pasa una tarjeta de crédito por la máquina. Otra compañera habla con un hombre de traje gris, esforzándose por oír lo que dice, debido al bullicio de las animadas conversaciones. Hay una cola ante el mostrador, gente que llega, gente que se marcha.

Ve al portero, con su elegante librea granate y gris. Él me ve y enarca las cejas en dirección a mí. Me hace una seña. Creo reconocerlo. Me hace otra seña, indicándome que me acerque a través del concurrido vestíbulo. Pero no puedo moverme. El portero susurra algo a otro hombre antes de coger un sobre de su atril de madera clara.

—*Madame!* —me dice—. *Madame!*

Agita el sobre hacia mí.

«No es para mí», deseo decir.

El portero me da miedo. Las potentes luces del techo iluminan su calva. El sudor brota a mares de su frente brillante. Se abre paso hacia mí a través de la muchedumbre del vestíbulo.

—*Madame!* —repite.

Me armo de valor y, con voz clara, digo:

—Pero si no es para mí.

—*Madame* —dice el portero, acercándose a mí con una sonrisa y poniendo el sobre en mi mano—, sí es para usted, *madame*.

Se queda ahí, todavía con la sonrisa afable en los labios, como si esperara a que yo abriera el sobre.

Me da miedo abrirlo. Pero con dedos trémulos lo abro de un tirón y meto la mano dentro. No encuentro nada. Mejor dicho, no nada, sino nada más que un naipe. Es como un naipe del Tarot, pero no se parece a ningún naipe del Tarot que yo conozca. Representa un árbol. Al pie se lee: «*L'arbre de Vie*». El árbol de la vida, lo sé. Pero no se parece a ningún árbol de la vida que yo haya visto. Se parece más a un árbol de Navidad, decorado con objetos curiosos y frutas inconcebibles.

Alzo la vista para mirar al portero con la intención de preguntar: «¿Qué significa esto?». Pero el portero ha desaparecido. Él y los demás, todo el mundo, todos. Todo ha desaparecido.

Zoe abrió los ojos ante un amplio espacio blanco. Sintió la seda y la miel del calor en las venas. Un olor a desinfectante. Una habitación bien iluminada. El amplio espacio blanco era unas sábanas de algodón y la funda de una almohada.

Una enfermera la miraba. Las dos parpadearon. La enfermera se alejó rápidamente y regresó al cabo de unos segundos con otra mujer, esta con bata blanca de médico.

La mujer se inclinó sobre ella.

—¿Zoe? —dijo.

—Sí.

—¿Sabes qué ha ocurrido? —hablaba con marcado acento francés.

—Un alud.

—Sí.

—¿Y mi marido?

La doctora se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Aún no lo hemos encontrado. Solo te hemos sacado a ti justo a tiempo. Lo siento muchísimo.

Zoe ladeó la cabeza y abrió la boca en un mudo lamento, dejando que unas lágrimas saladas y amargas corrieran por su cara. La doctora esperó pacientemente a que remitieran los sollozos y las convulsiones. Pero no remitieron. Dirigió unas palabras a la enfermera en francés, y la enfermera sacó una jeringuilla que entregó a la doctora.

—No —dijo Zoe—, no. No quiero volver a dormirme. Eso no.

La doctora movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Dejó la jeringuilla en una bandeja.

—Como prefieras. Pero si más tarde lo quieres, dímelo.

Zoe recorrió la habitación con la mirada. Tanto la doctora como la enfermera permanecían atentas a ella, como si aguardasen a que dijera algo.

—Quizá no lo veas así —dijo la doctora—, pero has tenido mucha suerte. Mucha suerte. Has estado a las puertas de la muerte. ¿Sabes que estás embarazada?

Zoe asintió con la cabeza.

—Parece que el bebé está bien —informó la doctora—. Lo seguiremos de cerca.

Zoe tuvo la sensación de que se ahogaba. Profundos sollozos intentaban abrirse paso desde su interior, pero ella los contuvo.

—¿Cómo te encuentras? Físicamente, quiero decir.

Zoe meneó la cabeza. Su pena era un dolor físico.

—Aparte de las magulladuras, no he encontrado nada anormal —dijo la doctora—. La rojez de los ojos ya desaparecerá. Se debe a la presión de la nieve, todo ese

peso encima de ti.

Zoe hizo el esfuerzo de hablar.

—¿Puedo verme?

La doctora pidió a la enfermera que fuese a por un espejo.

Zoe mantuvo en alto el espejo. En efecto, tenía totalmente enrojecido el blanco de los ojos, igual que Jake.

—Se te irá. Solo necesitas descansar. Tienes muchas cosas en qué pensar. —La doctora se puso en pie—. Oye, fuera hay un hombre. Es quien te ha encontrado. Te ha desenterrado de la nieve. Le gustaría hablar contigo, y lleva esperando desde que te han traído. Pero si ahora no te sientes con ánimos, puedo decirle que se vaya. Ya volverá.

—No, por favor, dile que pase.

La doctora dirigió un gesto a la enfermera, que salió de la habitación. Minutos después regresó con un anciano de piel curtida y correosa, surcada de arrugas. Llevaba muy corto el cabello cano. Lucía un bigote bien recortado y asombrosamente fino. Una sonrisa asomaba a sus labios, pero en sus ojos brillaba la compasión por el dolor de Zoe, como la luz del sol en la escarcha.

Fue un gesto natural que Zoe tendiera los brazos para estrechar al desconocido que la había salvado. La doctora se apartó para que él pudiera inclinarse sobre la cama y aceptar su abrazo.

—*Vous bénisse! Vous bénisse!* —dijo.

Apestaba a tabaco.

—Gracias gracias gracias.

El hombre retrocedió y le habló en francés, sin darle mucha importancia, aparentemente, a si Zoe lo entendía o no. La doctora tradujo.

—Dice que eres la tercera persona que ha desenterrado de la nieve, pero tú eras con quien menos esperanzas tenía.

—¿Puedes preguntarle cuánto tiempo he pasado bajo la nieve?

—Dice que unos veinte minutos, quizá más. La representante de vuestra agencia de viajes os ha visto subir temprano y ha podido dar tu número de teléfono al equipo de rescate. Estaban cerca, y han llegado al lugar muy deprisa. Pero todos los demás buscaban en el sitio equivocado. Este hombre dice que él ha escuchado la nieve.

—¿Que la ha escuchado?

—Eso dice. Dice que sus compañeros utilizaban sensores térmicos, pero se equivocaban. Él ha ido a otro sitio y te ha encontrado. Dice que les han dado tu número de teléfono enseguida y han intentado llamar. Dice que ha oído sonar tu móvil debajo de la nieve. Pero de pronto paraba de sonar, y él rogaba para que siguiera sonando.

—*Laissez sonner.*

—*Oui. Laissez sonner* —dijo el anciano.

Zoe reconoció su voz. Pero era imposible que, enterrada bajo la nieve, pudiera haber contestado la llamada.

El anciano le entregó entonces una tarjeta. Estaba mojada, casi desintegrándose, y era del tamaño de un naipe grande. A un lado mostraba la imagen de un árbol de Navidad, decorado con regalos. Ya lo había visto. Pero esta vez no se leía ninguna palabra en el naipe.

—¿Qué es esto?

El hombre habló y la doctora tradujo.

—Dice que lo tenías en la mano.

El hombre volvió a hablar a la doctora, tocándose las enormes orejas y sonriendo a Zoe.

—Dice que siempre ha tenido buen oído. Sus amigos le toman el pelo por eso. Y dice que ha oído unos ligeros movimientos bajo la nieve. Unos ligeros arañazos. Entonces ha sabido que estabas ahí, y ha avisado a los demás. Y han ido todos.

—¿Y él qué ha...? —intentó preguntar Zoe.

—No confía en los métodos nuevos. Dice que incluso te ha dado coñac al encontrarte, pese a que ahora está prohibido.

—Recuerdo el sabor del coñac.

La doctora tradujo y el anciano movió las cejas. Habló animadamente. De pronto el hombre se puso serio y se volvió hacia la doctora.

—Ahora dice que no quiere mirarte mientras se disculpa por no haber encontrado al otro.

Aun así, el anciano se volvió y dirigió un gesto de asentimiento a Zoe.

—Por favor, dile que sí ha salvado a otro. Sí lo ha salvado.

La doctora explicó algo al anciano. Él se acercó a la cama y, tendiendo tiernamente su mano curtida, la apoyó en el vientre de ella a través de las sábanas de algodón. Dejó allí la mano por un momento y de nuevo Zoe percibió el fuerte tufo a tabaco.

—Está muy contento —dijo la doctora—. Es carpintero, el que hace los ataúdes en el pueblo, y dice que se alegra de haber intervenido en la vida y no en la muerte.

Zoe sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. El hombre le deseó suerte y se despidió.

Una vez más la doctora le ofreció algo para ayudarla a dormir. Zoe lo rechazó. Tenía mucho en qué pensar durante los días siguientes, y mucho que hacer. Se recostó con la mano apoyada en el vientre. Se preguntó si Jake habría hecho un trato en algún lugar oscuro, llegado a un acuerdo no para abandonarla ni mucho menos, sino para salvarla; y si algo así era posible.

Oyó un ligero roce en la ventana y, al alzar la vista, vio los enormes y delicados

copos de seis puntas, como salidos de un libro infantil, impulsados por la brisa contra el cristal. Volvía a nevar.

Agradecimientos

Por su perdurable apoyo y amistad: Anne Williams, Pete Williams, Simon Spanton, Luigi Bonomi, Pete Coleborn, JulieAnne Hudson, Brig Eaton, Chris Fowler, Julie Flanders, Daniel Hanson, Julie Hanson, Helen y Tim Bennet. Vayan también mi gratitud y mis elogios a Lisa Rogers por su magnífica corrección. Por último, a la memoria de Robert Holdstock, una fuente de inspiración.

autor

GRAHAM JOYCE, se licenció en Ciencias de la Educación y trabajó en algunas asociaciones para la juventud hasta 1988. Ese año se marchó de Inglaterra y se instaló en una isla griega para escribir su primera novela, *Dreamside*. En 1991 volvió a su país natal y actualmente se dedica a la escritura. Vive en Leicester con su esposa y dos hijos e imparte clases de escritura en la Universidad de Nottingham. En sus novelas, que le han hecho merecedor de cuatro British Fantasy Awards y un World Fantasy Award en 2003, suele combinar todo tipo de influencias y géneros. Ha escrito guiones de cine y también desarrolla historias para videojuegos como *Doom*.